

OLAF SERRA

A person wearing a dark, hooded jacket is shown from the back, holding a wooden stick or handle. The background is a blurred, dimly lit indoor space with some light sources. The overall mood is mysterious and somber.

EL ASESINO DEL PATINETE

EL ASESINO DEL PATINETE

OLAF SERRA



Copyright © 2019 Olaf Serra

Todos los derechos reservados. Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, por cualquier medio analógico y digital, sin el previo permiso expreso del autor.

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios.
Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

ISBN: 9781093689723

Sello: Independently published

SINOPSIS

Andrew Morales es detective de homicidios en la Policía de Seattle. Deberá hacer frente a uno de los casos más complejos de su carrera, y hacer todo lo posible para detener a un asesino en serie que ha empezado a aterrar la ciudad. Su seña característica es atacar a sus víctimas montado en un patinete eléctrico. No deja rastro alguno, no existe relación entre las víctimas y es toda una incógnita su identidad. La investigación será toda una carrera de obstáculos, mientras importantes cambios en su vida personal le harán replantearse sus prioridades.

Nadie es lo que parece a simple vista, y en ocasiones, es necesario rebuscar en su interior para descubrir un oscuro secreto que lucha para salir a la luz.

CONTENIDO

CAPÍTULO 1. SEATTLE

CAPÍTULO 2. JOE EL OSO

CAPÍTULO 3. CAROLINE

CAPÍTULO 4. EL LAGO

CAPÍTULO 5. EL MENSAJE

CAPÍTULO 6. HEREDEROS

CAPÍTULO 7. PREMONICIÓN

CAPÍTULO 8. SOSPECHAS

CAPÍTULO 9. LA PRUEBA

CAPÍTULO 10. FERROVIARIO

CAPÍTULO 11. CAMPOSANTO

CAPÍTULO 12. ROTO

*Para Mari Paz, cuya noble y entregada profesionalidad ha servido de
inspiración para levantar uno de los pilares sobre los que se sustenta esta
novela.*

“Las emociones inexpresadas
nunca mueren. Son enterradas vivas
y salen más tarde de peores formas”

Sigmund Freud

(Príbor, 1856 - Londres, 1939)

“Soy lo que sobrevive de mí”

Erik Homburger Erikson

(Frankfurt, 1902 - Massachusetts, 1994)

CAPÍTULO 1.

SEATTLE

Lunes, 3 de diciembre

El invierno en Seattle es duro y el mes de diciembre en el que estamos, debido a las pocas horas en las que el sol nos regala con su presencia, es el más frío y oscuro. No consigo acostumbrarme a este clima, aun llevando ya más de veinte años viviendo aquí. Nos mudamos con mi familia desde Miami, donde nací, junto con mis dos hermanos, Landon y Sophie. Tenía yo entonces quince años y fue todo un shock, no sólo por tener que cambiar de casa y de instituto, sino también por ser dos ciudades tan distintas en todos los sentidos. Pero con el tiempo le he cogido cariño a Seattle, tanto que decidí entrar en la Academia de Policía para poder formar parte de las fuerzas de la ley. No vengo de una estirpe familiar de policías, como ocurre con otros de mis compañeros, pero vi que podía ser una buena salida profesional. No fue un camino de rosas el trabajo de agente de policía, pero me sirvió para conocer cómo funcionaban las cosas en la calle y todo el complejo engranaje del sistema legal. Tenía claro que no quería pasarme toda mi vida patrullando las calles y en cuando tuve la oportunidad, me postulé para el puesto de Detective de Homicidios. Es un trabajo duro, pero creo que he nacido para esto. Además, me gusta poder ser quién lleva ante la justicia a todos aquellos que se ven atraídos por la oscuridad.

Por cierto, soy Andrew Morales. Nacido en Estados Unidos de familia cubana. Mis amigos me llaman Andy, aunque tampoco tengo mucho tiempo para socializar fuera del trabajo.

Hoy es un lunes cualquiera. Me levanto temprano como cada día, soy un animal de costumbres. Intento evitar que suene el despertador, he conseguido

controlar a mi subconsciente y de esta manera no tengo que abrir los ojos de manera abrupta por ese sonido infernal. No hay una mujer que me acompañe en mi cama, ni unos hijos a los que prepararles el desayuno. Vivo tan inmerso en mi trabajo, que aún no he podido encontrar a la mujer que logre hacerme perder la cabeza. Mi apartamento está en un edificio de tres plantas en la zona de Greenwood. No es gran cosa, pero, al fin y al cabo, apenas paso tiempo en casa, entre otras cosas porque es donde más presente se hace la soledad que me acompaña.

No me gusta desayunar en mi apartamento, soy de los que prefiere tener la cocina como un simple elemento decorativo. A sólo dos calles hay una cafetería a la que soy asiduo.

Mientras estoy cerrando mi puerta con llave, escucho como la vecina de enfrente saca el pestillo y abre parcialmente su puerta. Parece que estaba al acecho, esperando a que saliera. Sin acabar de abrir la puerta, saca la cabeza y me dice.

—¡Andrew! ¿Has podido averiguar quién está envenenando a mis gatos?

—Le tengo dicho que yo trabajo en la División de Homicidios. Eso es cosa del Servicio de Protección de Animales. Llámeles y se lo explica.

—No me hacen caso y no sé qué hacer. Estoy desesperada. No entiendo quién puede odiar tanto a estos lindos animales.

—Lo siento mucho, pero no puedo hacer nada, se escapa de mis competencias.

—Por favor. Piensa que son todo lo que tengo, son como mis hijos, mi vida, la razón por la que me levanto cada mañana. Seguro que conocerás a alguien que pueda ayudarme.

—Bueno. Intentaré hacer unas llamadas, pero no le aseguro nada.

—Muchas gracias. Que Dios te bendiga.

Mi vecina, Josephine, es una señora muy peculiar. Vive rodeada de gatos, creo que ni ella se ha parado nunca a contarlos. Está obsesionada con sus animales, parece que prefiere estar más con ellos que con personas. Ya hace días que me insiste en que hay alguien que está intentando envenenar a sus gatos. Intentaré ver si puedo conseguir que alguien pueda echarle una mano,

aunque también es posible que todo sea fruto de su imaginación.

Necesito mi primera dosis de cafeína del día. La cafetería está bastante llena para variar, pero siempre hay alguna mesa libre en la que poder sentarme. Mi lugar favorito es cerca del ventanal que da a la calle, en el que puedo observar la gente que va de arriba para abajo en el ajetreo matutino.

—Buenos días, Andy.

—Hola Caroline. ¿Cómo se presenta el día?

—Bien, todo tranquilo por el momento. ¿Te traigo lo mismo de siempre?

—Hoy, a parte del café bien cargado, me traes unos huevos con bacon.

—Perfecto. Ahora mismo te lo traigo.

Me gusta desayunar sin prisas, por eso me levanto bien temprano. Normalmente aprovecho para leer el periódico, pero ayer me compré el último libro que ha publicado mi hermano Landon y tengo curiosidad para saber qué historia retorcida se le habrá ocurrido esta vez. Es un tipo muy peculiar, pero hay que reconocer que es un artista de las palabras, todo un escritor de novela negra, ésta es la décima que publica. Tiene la suerte de poder vivir de su gran pasión, aunque, por otro lado, el escribir recluido en su casa, no le ayuda a poder abrirse al mundo y socializar, algo que le iría más que bien.

—Aquí tienes tus huevos con bacon y el café, Andy.

—Muchas gracias, guapa.

El café me está llamando a gritos. ¡Qué haría yo sin él! No puedo esperar más para que corra por mis venas la preciada cafeína, a sorbos cortos pero intensos. No duermo demasiado bien por las noches, seguramente porque me llevo los problemas del trabajo a casa, pero no puedo hacer nada para remediarlo. Me han dicho que me tome unos somníferos para poder conciliar el sueño, pero nunca me ha gustado llenar mi cuerpo de productos químicos que puedan llegar a joderme el cerebro. También me han aconsejado que haga ejercicios de meditación y relajación, como el Yoga o el Tai chi, pero todo eso no va conmigo.

Los huevos tienen muy buena pinta, junto con los trozos de bacon son todo un manjar y fuente de las calorías necesarias para empezar bien el día. Por el momento, el colesterol no es una de mis preocupaciones. Es más probable que me muera de un disparo, que de una angina de pecho o de un infarto.

Unos gritos perturban mi sosegado desayuno. Levanto la cabeza y observo una pareja que está sentada en la barra discutiendo acaloradamente. No me quiero meter en donde no me llaman, pero veo que Caroline los está intentando calmar.

—Hagan el favor de calmarse o deberé pedirles que se vayan de aquí.

—¡Tú te callas! Estoy hablando con mi mujer.

—Están molestando al resto de clientes.

—A mí también me molesta su presencia y no lo voy prodigando a los cuatro vientos.

—Vámonos John, por favor. — le dice su mujer con voz temblorosa.

—¡A mí nadie me dice cuándo me tengo que ir! Lo haré cuando yo quiera.

El escándalo llega a oídos del cocinero, que sale a ver qué sucede.

—Señor, le pido a las buenas que se vaya ahora mismo de la cafetería.

—¿Tú y quién más? — contesta el alterado cliente, que lo acompaña con un pequeño empujón al cocinero.

—¡Ni se le ocurra volver a tocarme! — le increpa el cocinero, ya claramente cabreado.

—¿O qué? ¿Me vas a pegar con la espátula de los huevos fritos?

—No me obligue a sacarle de aquí a la fuerza.

—¡Huy, que miedo! Estoy temblando.

—Usted lo ha querido.

El cocinero, agarra fuerte por el brazo al buscapleitos para acompañarlo a la salida. Pero no está por la labor de salir pacíficamente. Consigue soltarse y mientras gira su cuerpo, se prepara para lanzarle un gancho de derecha que impacta en la mejilla del cocinero, consiguiendo tirarlo al suelo.

Ya puedo seguir manteniéndome al margen, tengo que intervenir para evitar

problemas mayores. Me levanto rápidamente y agarro al tipo conflictivo doblegándole el brazo tras su espalda, mientras lo voy empujando hasta la barra para poder inmovilizarlo.

—Se acabó el espectáculo. — le digo.

—¡Déjame, joder!

—¿Cómo se llama?

—¿A ti qué te importa?

—Soy policía. Si lo prefiere, lo puedo encerrar en un oscuro calabozo para que pase la noche.

—No me lo creo.

Le sigo sujetando con un brazo y con el otro cojo mi placa de policía que llevo enganchada en el cinturón del pantalón. Se la muestro para que vea que no voy de farol.

—Tú ganas. Me llamo John. John Polowski.

—Muy bien John. Voy a soltarle y espero que se vaya de este local y no regrese nunca más. Si lo vuelvo a ver por aquí, no seré tan condescendiente. ¿Lo ha entendido?

—Sí, señor.

—Perfecto.

Le libero del bloqueo y como si de un corderito se tratara, se va cabizbajo del local acompañado de su mujer, totalmente avergonzada por el numerito. Parece que no he perdido mis dotes de persuasión.

Ayudo al cocinero a incorporarse, mientras unos tímidos aplausos resuenan en el local. Hay que reconocer que ha sido todo un espectáculo, en este caso con final feliz.

—Muchas gracias, Andy. — me agradece el cocinero.

—De nada, es mi deber.

—A estos locos habría que encerrarlos en una isla para que se matasen entre ellos.

—Pues es una muy buena idea. Tienes todo mi apoyo. Coméntaselo al

alcalde a ver qué te dice.

—Lo haré. — me contesta mientras sonrío.

Vuelvo a mi mesa sin sentarme y me acabo el café de un sorbo, mientras voy mirando fijamente la puerta de entrada, no vaya a ser que el tarado al que he invitado a irse se le ocurriera volver.

Ya es hora de ir al trabajo. Por desgracia el día ha empezado movidito, así que espero que se compense y el resto del día sea más sosegado.

—Adiós, Caroline.

—Muchas gracias por todo, Andy. Eres nuestro Ángel de la Guarda.

—Es lo mínimo que podía hacer.

—Que tengas un buen día.

—Igualmente.

Tengo mi coche en una zona de aparcamiento gratuito al aire libre. Mi coche es una de mis posesiones más preciadas, un Chevrolet Corvette del 1978. Es el único lujo que me he dado. Desde muy pequeño era un coche que me tenía alucinado y hace unos tres años pude hacer realidad mi sueño. El rugido del motor es toda una sinfonía para mis oídos y sus curvas me tienen completamente loco. Hay mucha gente que no puede comprender, la devoción que tenemos algunos con estos vehículos de cuatro ruedas.

Por las calles, el bullicio de las personas que van a trabajar es todo un concierto de sensaciones. Me acompaña un hilo musical de canciones de las de antes, cuando realmente se hacía buena música. La música moderna me supera y en ocasiones hasta me produce dolor de cabeza. Un atasco me retrasa, pero ya era de esperar. “Hombre previsor vale por dos”, por eso nunca voy con el tiempo justo. Es algo que se me quedó de cuando era pequeño, tras insistir mi padre en ello durante años, pero tengo que reconocer que tenía toda la razón.

El aparcamiento de la comisaría no está cubierto y tiene un muro que lo rodea. La puerta de entrada es metálica y se abre lateralmente en cuando la cámara de lectura de matrículas verifica que es un vehículo autorizado. La apertura de la puerta es un poco lenta y desde hace unos días va acompañada

de un chirrido muy desagradable. No me queda otra que subir el volumen de la música para poder mitigar ese ruido ensordecedor que se te mete en el cerebro. Tengo una plaza reservada y está bastante cerca de la puerta de entrada a comisaría. La fortuna me sonrió en el momento de asignación de plazas. Pero hoy, a alguien se le ha ocurrido aparcar en mi sitio. ¡Joder, otra vez! Me toca buscar otro lugar en el que dejar mi coche y parece que no va a ser una tarea fácil, porque el aparcamiento está hasta la bandera.

Estoy bastante cabreado. Al entrar en comisaría, se lo hago saber a uno de los agentes que hay en la entrada.

—Anthony, otra vez han aparcado en mi plaza.

—¿Y qué quieres que haga?

—Llama para que se lleven el coche del cabrón que ha aparcado donde no le tocaba. Así se lo pensará dos veces la próxima vez.

—Ya sabes que sólo pueden aparcar los que trabajamos aquí y las visitas autorizadas. Ya te lo comenté la última vez, estoy atado de manos y sólo puedo poner una nota en el tablón de anuncios.

—Está claro que las notitas no se las lee nadie.

—Es posible. Pero ese es el procedimiento.

—¿Según tú, debería quedarme de brazos cruzados mientras otros hacen lo que les da la gana?

—No sé qué decirte.

—Sólo te pido que se mire de tomar cartas en el asunto para buscar una solución.

—No puedo hacer más de lo que te he dicho.

—Ok. Pues la próxima vez tendré que tomar represalias. Está claro que es la única manera que funciona, para que los que hacen caso omiso de las normas entiendan el mensaje.

Me cabrea una barbaridad la gente que no respeta nada. Pero bueno, ya mejor me olvido por hoy, pero a la próxima tengo claro que no lo voy a dejar pasar.

Para llegar hasta mi mesa, debo pasar por un pasillo dónde están las salas

de interrogatorio y diferentes espacios polivalentes. Trabajamos en una amplia sala diáfana reservada para los detectives, llena de cubículos con separaciones no muy altas, pero lo suficiente para no ver al de enfrente cuando estás sentado. Me dirijo a mi mesa y veo que al lado ya está mi compañera.

—Buenos días, Chloe.

—Hola Andy. Te estaba esperando. Nos ha llamado el jefe, así que mejor no le hagamos esperar.

—Ni sentarme me dejan.

Nuestro Teniente, Mark Williams, es todo un saco de malas pulgas, pero tiene buen fondo cuando lo acabas conociendo. Por otro lado, entiendo que está en un puesto con mucha presión.

—Aquí estamos, Teniente.

—Primero de todo, buenos días.

—Buenos días, señor. — contesta Chloe.

—Me acaban de informar del fallecimiento de una mujer en el Parque Wolf Creek.

—¿Qué ha sucedido? — pregunto preocupado.

—Ha habido un testigo que vio a un hombre montado en un patinete eléctrico, que se acercaba a la víctima de cara. En cuando la tuvo cerca, sacó una especie de machete y la degolló sin contemplaciones.

—¿En un patinete eléctrico? ¿Seguro?

—Sí, sí. Yo también me quedé igual de extrañado que tú, pero ha sido confirmado.

—¿El testigo pudo ver la cara del asesino?

—No. Llevaba una chaqueta oscura con la capucha que le cubría la cabeza y no pudo ver su cara.

—Las mentes perturbadas capaces de algo así, no dejan de asombrarme.

—El caso es vuestro. Id al escenario del crimen y mirad de solucionarlo lo antes posible. Este tipo de asesinatos son los más golosos para los medios de comunicación y deberíamos cerrarlo cuanto antes.

Salimos del despacho del Teniente Williams aturridos por la noticia. Aunque veamos a menudo muchos crímenes, los que son tan despiadados como éste siempre nos afecta y nos dejan un poco tocados.

—Vamos en mi coche, Chloe.

—Ok. Ya sé que no te gusta como conduzco.

—Eso lo dices tú. Pero sí que es verdad que no soporto el ambientador que llevas en tu coche.

—Tienes el olfato atrofiado, que le vamos a hacer. Ya sé que es solo una excusa. Venga, vamos.

Pongo la sirena de mi coche para poder llegar más rápido, éste es uno de los privilegios de ser policía. Poder apretar el acelerador, mientras el resto de los coches te van dejando paso, aunque siempre hay alguno que otro que se hace el difícil o el sordo y te obliga a esquivarlo como buenamente puedes.

El Parque Wolf Creek ha sido completamente acordonado para evitar fisgones. Hay un puente que cruza todo el parque, con aceras para los peatones y dos carriles en ambos lados para los coches. A su alrededor, los árboles muestran todo su esplendor.

Nos encontramos a la víctima tendida y cubierta de sangre en medio del puente.

—Ryan. ¿Qué sabemos de la víctima? — le pregunto a uno de los primeros agentes que ha llegado a la escena del crimen.

—La víctima se llamaba Olivia Patterson, 37 años, casada y con dos hijos de 6 y 10 años. Trabajaba de profesora en la Escuela de Primaria Queen Anne. Hemos llamado al centro y hoy le tocaba trabajar, por lo que seguramente estaría de camino al trabajo.

—Qué mala suerte ha tenido la pobre. Nos han dicho que hay un testigo. ¿Dónde está? — pregunta Chloe.

—Está detrás vuestro, custodiado por dos agentes.

—Ok. Gracias, Ryan.

A unos metros está el único testigo, se le ve bastante abatido. Ser testigo de

un asesinato es algo difícil de olvidar. A su lado hay un perro de raza Beagle, acostado a sus pies. Nos acercamos para hacerle unas preguntas y ver si nos puede aportar un poco de luz en este caso.

—Buenos días. Somos los Detectives Smith y Morales. ¿Cómo se llama?
— le pregunto.

—Mi nombre es Joshua Garmin.

—Explíquenos qué ha visto.

—Tal como le he dicho a los otros policías, ha pasado todo muy rápido y no he podido ver la cara al agresor.

—¿Cómo han sido los hechos?

—Yo estaba paseando a mi perro, como cada día, cuando de repente veo a un hombre que iba a toda velocidad montado en un patinete eléctrico. Primero pensé que era un loco más, de los que les importa muy poco que haya otras personas a las que pueda molestar. Me extrañó que fuera cubierto con la capucha de la chaqueta, teniendo presente que hacía sol. No parecía que llevara un rumbo concreto, pero se encontró de cara con la pobre señora, que no tuvo tiempo a reaccionar. El del patinete sacó un machete y sin pararse en ningún momento, le cortó el cuello. Pensaba que algo así sólo se podía ver en las películas. El agresor siguió su camino y rápidamente le perdí de vista. Intenté ver si podía hacer algo para ayudar a la víctima, pero ya era tarde.

—¿Está seguro de que era un hombre?

—Por la ropa y la altura creo que era un hombre. Pero tal como les he dicho, no le pude ver la cara.

—¿Algún rasgo distintivo?

—No. Lo siento. Todo pasó muy rápido.

—¿Vio algún detalle característico del patinete? — pregunta Chloe.

—No. Tampoco soy un experto en patinetes, pero me pareció que era como el resto. Además, creo que en la parte del manillar llevaba una especie de funda, supongo que para evitar que se pudiera reconocer qué modelo de patinete estaba usando. Lo que sí me sorprendió fue la velocidad con la que iba.

—Perfecto. Muchas gracias por su colaboración. Ya se puede ir a casa. Nos pondremos en contacto con usted si necesitamos más información. — le informo.

Veo que el forense ya no está ocupado hablando por teléfono y aprovecho para poder hablar con él.

—Hola Jack. Hacía tiempo que no te veía.

—Andy, para vernos en sitios así, mejor no vernos.

—Gran verdad.

—Ya casi he acabado aquí.

—¿Qué has encontrado?

—No hay huellas dactilares, ni restos de ningún tipo. Fue muy escrupuloso y no dejó rastro. Tampoco hay huellas de las ruedas del patinete.

—¿Y el arma del crimen?

—No la hemos encontrado.

—¿No tenemos nada, entonces?

—Lo siento, pero no.

—Bueno, gracias Jack. En cuando tengas el informe nos lo haces llegar.

—Por supuesto.

Nos quedamos observando por toda la zona en busca de algún detalle que se nos pueda haber escapado.

—Lo que nos faltaba ver. Un loco montado en un patinete eléctrico, machete en mano, degollando sin motivo aparente. — me comenta Chloe.

—Lo que más me preocupa es que no hay un móvil claro. Será complicado poder dar con el asesino.

—Además, no hay cámaras por la zona que hayan podido grabar lo ocurrido.

—Estamos totalmente ciegos, sin ninguna pista que poder seguir. No nos queda otra que esperar a que tenga un desliz y podamos capturarlo. Por el

momento debemos solicitar que se amplíe la seguridad en todos los parques de la ciudad.

—Bien. Por otro lado, debemos solicitar al Teniente que haga una solicitud para que se envíe una notificación a todas las patrullas y estén alerta por si observan a un hombre que cumpla la descripción que nos ha dado el testigo.

—Por supuesto. ¿Te encargas tú de contactar con comisaría?

—Sí. Ahora mismo.

Lo primero es investigar el círculo íntimo de la víctima. Su marido se llama Nathan Patterson, trabaja como Director de Recursos Humanos en la empresa NanoScience, dedicada a la investigación traslacional y diagnóstico molecular. Es una empresa muy grande que cotiza en bolsa y su sede principal está aquí, en Seattle, concretamente en South Lake Union, una de las zonas de la ciudad donde se concentran los grandes edificios de oficinas.

Llegamos hasta las oficinas del marido de la víctima para darle la fatídica noticia y averiguar si puede ser sospechoso del asesinato. No podemos dejar pasar nada por alto. Ya se sabe que muchas veces, los más allegados son los responsables de los hechos. La entrada del edificio tiene una puerta rotatoria, de las ideales para que los despistados no consigan salir y entren en una espiral de vueltas y más vueltas. Por suerte, no es nuestro caso. Una vez dentro, nos dirigimos al mostrador de recepción.

—Venimos a ver a Nathan Patterson, somos de la policía. — le digo al chico que hay controlando los accesos.

—Déjeme ver si está en el edificio.

Se pone a teclear en su ordenador, parece que necesitaría unas clases de mecanografía, porque se lo toma con extremada calma.

—Sí. El señor Patterson está en su despacho. Lo encontrarán en la cuarta planta.

—Perfecto, gracias.

Nos abre uno de los accesos y nos acercamos al primero de los tres ascensores que tiene el edificio. No tenemos que esperar demasiado y

rápidamente se abren las puertas. Una vez en la cuarta planta, nos recibe en un mostrador la chica que se encarga de atender las visitas.

—El señor Patterson, por favor. — le comento.

—Sí. ¿Tenían una reunión concertada?

—No. Somos de la policía. Es muy importante que hablemos con él.

—Bien. Voy a llamar a su secretaria para ver si les puede atender ahora.

Coge el teléfono y se pone a hablar. La conversación es corta, la mención de la palabra policía, siempre lo acelera todo.

—Ahora viene la secretaria del señor Patterson para acompañarlos a su despacho.

—Esperamos, entonces. — le contesto.

Nos quedamos de pie esperando y observando las majestuosas oficinas que tienen. Se nota que no les va nada mal.

Me siento en una de las sillas y empiezo a hojear una revista de coches. No nos hacen esperar ni cinco minutos, cuando aparece una chica joven, alta, melena rubia y para mi gusto, excesivamente maquillada. Con lo guapa que es, no entiendo la necesidad de tener que ponerse tantos productos en la cara.

—Hola. Soy la secretaria del señor Patterson.

—Somos los detectives Smith y Morales de la Policía de Seattle. Tenemos que hablar con su jefe.

—¿Ha pasado algo?

—Disculpe, pero eso sólo lo podemos hablar con él.

—Bien. Acompañenme.

Empezamos a andar por ese laberinto de cubículos y despachos. Aquí la gente hace ejercicio con el mero hecho de ir de arriba para abajo. Nos paramos en la puerta de uno de los despachos, se nota que es un cargo directivo, ya se encargan muy bien de delimitar la posición de cada uno. La chica da un par de suaves golpes en la puerta que está entreabierta, para avisar a su jefe.

—Nathan, hay unos agentes de policía que quieren hablar contigo.

—Que pasen. — se escucha de fondo.

Nos hace la señal para que entremos en el despacho. Lo primero que me llama la atención, son las espectaculares vistas que se pueden ver por esos enormes ventanales. Todo un lujo al alcance de muy pocos. Su despacho es bastante grande y hasta se puede permitir tener un espacio para un gran sofá, en el que a saber qué usos le puede dar.

—¿Nathan Patterson?

—Sí, yo mismo.

—Somos los Detectives Smith y Morales del Departamento de Homicidios de la Policía de Seattle.

—¿Qué ha pasado?

—Sentimos informarle que su mujer ha sido víctima de una agresión en el parque Wolf Creek y ha fallecido. — le informa Chloe.

—¿Qué?! ¿Mi Olivia? ¿Seguro? — contesta con voz temblorosa.

—Sí, señor. Venimos ahora de la escena del crimen.

—Pero... ¿Qué le ha pasado?

—Parece que se dirigía a su trabajo, cuando un hombre, cuya identidad aún es desconocida, la degolló con un machete.

—¿Qué puto bárbaro es capaz de algo tan horrible?

—Lo averiguaremos, no le quepa duda. ¿Dónde estaba entre las 7:30h y las 8:00h? — le pregunto.

—¿Acaso piensan que fui yo?

—No podemos descartar ninguna opción.

—Estaba aquí en la oficina. Mi secretaria se lo podrá corroborar.

—¿Hay alguien que pueda querer hacerle daño?

—Soy el Director del Departamento de Recursos Humanos y en mi trayectoria profesional he tenido que despedir a mucha gente. Supongo que alguno que otro habrá que me guarde rencor, pero no sé quién podría ser capaz de llegar tan lejos.

—Le dejo mi tarjeta para que nos pueda llamar si tiene cualquier

información que pueda ser de utilidad para el caso.

—Así lo haré, detectives.

—Piense que estamos aún en los comienzos de la investigación, pero le puedo asegurar que detendremos al asesino, cueste lo que cueste. — le digo con voz firme.

—Muchas gracias.

Salimos del despacho. La secretaria está intentando disimular su inquietud, nos acercamos para corroborar la coartada del señor Patterson.

—Disculpe. ¿Cómo se llama? — le pregunto.

—Me llamo Alyssa Higgins.

—Bien, Alyssa. ¿Podría decirme a qué hora llegaron usted y su jefe hoy?

—Yo estaba aquí a las 7:00h y Nathan ha llegado a las 7:15h.

—¿Nathan? Veo que tienen mucha confianza.

—En esta empresa, somos todos como una gran familia. Al fin y al cabo, pasamos muchas horas aquí.

—Ok. ¿Y ese es el horario normal de entrada de cada día?

—Normalmente entramos un poco más tarde. Pero hoy teníamos que preparar unos detalles antes de una presentación que tenemos en una hora.

—Bien. Pues no la molestamos más. Qué tenga un buen día.

—Gracias. Igualmente. ¿Quieren que los acompañe hasta la salida?

—No hace falta. Creo que lo encontraremos bien.

Nos volvemos por la jungla de despachos hasta los ascensores, mientras intercambio impresiones con mi compañera.

—¿Qué te ha parecido? — le pregunto.

—La coartada es sólida. No creo que el marido tenga nada que ver.

—Es posible, pero no lo acabo de ver claro. ¿No has visto lo nerviosa que estaba la secretaria?

—Bueno, eso entra dentro de la normalidad. No todos los días te viene a visitar la policía a tu trabajo.

—Quizás tengas razón. Por cierto... ya casi es hora de comer. ¿Quieres que vayamos a algún sitio a entretener el estómago?

—Hoy no puedo, Andy. He quedado con mi hermana. Me tiene bien cansada con sus líos amorosos. A ver si de una vez sienta la cabeza y deja de liarse con tíos que la acaban tratando como un saco de mierda.

—¿Pero ella está bien?

—Sí. Sólo que necesita un hombro sobre el que llorar, para variar.

—Ok. Dale recuerdos de mi parte.

Salimos del edificio, ya empieza a haber más movimiento de gente en cuando se acerca la hora del almuerzo.

—¿Quieres que te acompañe a algún sitio? — le comento a Chloe.

—No te preocupes. Cogeré un taxi.

—Bien. Como quieras.

Voy a buscar mi coche en el aparcamiento que hay debajo del edificio, de esos en los que te podrías perder. Al salir con el coche, le muestro mi placa al que está en la garita para que me deje pasar.

—Lo siento. Pero si no paga, no puede salir.

—¿No has visto que soy policía? He venido por un caso. Venga, abre la barrera.

—Lo he visto. Pero aquí no hay tratos de favor, todos deben pagar lo que corresponde.

—¡No me jodas! En la vida me han cobrado en un aparcamiento estando de servicio.

—Pues deberá empezar a acostumbrarse. Los tiempos cambian. Además, si usted no paga, me lo harán pagar a mí.

—¡Lo que me faltaba por escuchar! No te lo voy a repetir. Abre la puta barrera.

—Si insiste, tendré que llamar a la policía.

—¡Serás tarado! ¡Yo soy la policía!

—Son cinco dólares, señor.

—¡Vaya timo! Voy a pagarlo, pero que sepas que me he quedado con tu cara.

Vaya cabreo me ha cogido con el atontado del aparcamiento. Encima que nos dejamos la piel por esta ciudad, tenemos que ver cómo nos tratan de esta manera. El mundo está lleno de desagradecidos.

Me voy para la comisaría y almorzaré en un restaurante que hay cerca. Me apetece comer una de sus espectaculares hamburguesas acompañada de una cerveza bien fría. Por el momento, el sobrepeso no es una de mis preocupaciones.

Tras mi pausa para comer, me vuelvo a la comisaría, tengo que ver cómo está avanzando todo. El Teniente Williams está en su despacho, situado al fondo de la sala de detectives. Veo que me hace una señal con la mano para que me acerque.

—Andy. ¿Tenemos novedades?

—El marido tiene coartada y no tenemos ninguna pista por el momento.

—Estamos jodidos.

—¿Se ha ampliado la seguridad en todos los parques de la ciudad?

—Así es. Ya he puesto hombres en las entradas de todos los parques. También hemos dado aviso a todas las unidades para que estén alerta y paren a cualquiera que coincida con la descripción del asesino.

—¿Se ha detenido a alguien?

—Aún no.

—Al final tendrá que salir y entonces lo pillaremos.

—Que sea pronto. No quisiera que volviera a matar.

—Esperemos que no.

Salgo pensativo del despacho del Teniente. Vuelvo a mi mesa y veo que Chloe ya ha llegado.

—¿Todo bien con tu hermana, Chloe?

—Con ella nunca nada está bien. Pero sí, todo dentro de su anormal normalidad.

—Bien.

—¿Alguna novedad?

—Nada de nada.

—¿Qué vamos a hacer?

—Es una gran pregunta. No nos queda otra que esperar acontecimientos.

Ha sido un día muy duro, estoy molido, pero ya hace tiempo que quedé con mi hermano Landon para cenar. Es muy difícil conseguir sacarlo de casa, para una vez que lo he logrado, tengo que aprovecharlo.

Hemos quedado en un restaurante en la zona de Phinney Ridge. Es uno de mis restaurantes preferidos, todo forrado de madera que le aporta una calidez especial. Para variar llego yo antes, me siento en una de las mesas y me pido una cerveza mientras espero.

En una de las mesas hay una pareja muy acaramelada. ¡Qué envidia! Quién pudiera estar en su lugar. Me encantaría poder tener una pareja estable, pero por mi trabajo, me temo que al final acabaría en divorcio, como la mayoría de los compañeros que se casaron. Horarios locos, sin poder planificar nada, teniendo que estar siempre disponible y noches sin aparecer por casa. Sin contar del peligro inherente de nuestro trabajo, que es fuente de angustias para quienes te rodean. Pero bueno, tampoco descarto nada, nunca se sabe qué nos puede deparar el futuro.

Por fin llega mi hermano. Lo veo entrar por la puerta con su pose melancólica que lleva consigo desde hace un tiempo.

—Hola Landon. Me alegro de que hayas venido, aunque te hayas demorado casi media hora.

—Tú y tus reproches, Andy. Haces que se me pasen las ganas y me vuelva por donde he venido.

—Tampoco te lo tomes así. Era sólo un comentario bienintencionado.

—Lo que tú digas.

—Bueno, te veo bien. ¿Qué tal va todo?

—Podría ir peor.

—Joder. Levanta ese ánimo, hombre.

—No tengo motivos para poder estar contento.

—A mí también me está costando asumir la muerte de mamá. Pero tenemos que poder pasar página y vivir nuestra vida.

—Quizás ella no te importaba lo suficiente. Para mí, nuestra madre fue un pilar fundamental en mi vida. Ahora que ya no está, siento que mi mundo se tambalea.

—Déjame que te ayude. No quiero que te encierres en ti mismo, eso no te hará ningún bien.

—Mamá fue la única persona que de verdad me entendía. Sin ella, estoy totalmente perdido.

—Tienes que buscar cosas que te ayuden a distraerte y eviten que pienses en los recuerdos tristes. Por ejemplo... ¿sigues escribiendo?

—Sí.

—He empezado a leer el último libro que publicaste.

—De eso hace ya un año.

—Cierto. Pero no encontré el momento. Tengo que decirte que me está gustando mucho. Tienes un don especial para plasmar emociones en las páginas de un libro.

—Es mi vehículo de comunicación.

—Son un poco oscuros, pero las tramas te enganchan desde el primer momento. Me tiene en vilo el que estoy leyendo, sobre unos asesinatos en serie en la ruta de los camiones de basura de la ciudad de Chicago, donde van muriendo uno a uno los conductores de los camiones. Aún no sé el final y tampoco quiero que me lo digas. ¡Eh!

—Ok.

—Bueno, comamos algo.

—No tengo mucha hambre.

—Algo tendrás que comer.

Hago la señal al camarero para que nos tome nota.

—¿Qué os apetece?

—Para mí unas quesadillas de pollo. — le contesto.

—A mí me traes un Beef dip, el sándwich caliente con rosbif y de beber una cerveza. — le indica Landon.

—Tráeme otra cerveza, por favor. — le pido antes que se vaya.

—Bien. Ahora os lo traigo.

Me quedo mirando fijamente a mi hermano, lo veo un poco demacrado.

—Te veo más pálido de lo normal.

—Será porque huyo del sol.

—Eso siempre ha sido algo que te ha definido. ¿Ya comes cada día?

—Como bien sabes, no me gusta cocinar, por eso siempre llamo para que me traigan la comida a casa.

—Deberías salir más. No es bueno quedarse recluido en casa.

—Habló el adalid de la sociabilización.

—Ya sé que no tengo una vida perfecta, pero al menos tengo una vida.

—Ya estamos con los sermones baratos. ¿Acaso tú vida tiene más valor que la mía? ¿Acaso tú vas a saber mejor, qué está bien y qué no?

—Ya sabes a qué me refiero.

—No, no lo sé. Déjame vivir la vida como a mí me apetezca.

—Yo sólo quiero lo mejor para ti.

—Pues entonces, déjame tranquilo.

—Nos tienes preocupados a tu hermana y a mí.

—Ya te he dicho que estoy bien.

—Deberías ir a algún especialista para que te ayude a superar ese vacío que hay dentro de ti.

—Antes de ir a un loquero me cortó las venas. No voy a permitir que nadie se meta en mi cabeza, ese es mi reino.

—Bueno. Pero ya sabes que estamos aquí para ayudarte y que me tienes a tu lado para cualquier cosa que necesites.

—Ok.

—Mira, ya nos traen la comida. Estaba hambriento y con el estómago que ya empezaba a protestar.

Empezamos a comer sin cruzar ni una palabra, el ambiente está tenso. Yo me acabo rápidamente mi plato, las quesadillas estaban en su punto. Pero Landon no se le ve con la misma pasión.

—¿No te gustó tu sándwich?

—No estaba mal. Pero no tengo más hambre.

—Bueno, al menos has comido algo.

—Ya. Bueno, Andy... me tengo que ir.

—¿Pero si aún es muy temprano?

—Tengo cosas que hacer.

—¿Qué cosas? ¿Encerrarte en casa?

—Me tengo que ir y punto.

—Vale, vale. No te me pongas así. Me ha gustado verte, espero que podamos repetirlo pronto, me encantaría poder saber de ti más a menudo.

—Ok.

Me levanto para darle un abrazo, pero sin ser correspondido. Mientras le rodeo mis brazos por la espalda, él se queda con los suyos totalmente inertes, como si estuvieran colgando.

—Cuídate mucho, hermano. — le digo.

—Lo mismo te digo.

Landon abandona el local como un alma en pena. No me gusta para nada verlo así. Me rompe por dentro, pero no sé cómo poder ayudarlo. Aun así, no desistiré en mi empeño.

Me acabo tranquilamente de tomar mi cerveza y me voy para casa. No estoy para muchos trotes y, además, tengo que reconocer que mi hermano ha logrado contagiarme su apatía.



CAPÍTULO 2.

JOE EL OSO

Martes, 4 de diciembre

Para variar no he podido dormir demasiado bien, el cruel asesinato de ayer me ha tenido en vela. Es verdad que estoy acostumbrado a ver muertes a mi alrededor, pero es la primera vez que me encuentro en una tesitura como esta. He estado dando vueltas en la cama toda la noche, visualizando al asesino montado en su patinete como si de un caballo desbocado se tratara, con su arma en mano, degollando a todo el que se encontraba por la ciudad.

Una ducha me ayuda a despejarme de una mala noche, parece mentira lo reconfortante que puede llegar a ser, quedarse un buen rato debajo de la cascada de agua que va cayendo.

Hoy no tengo el cuerpo para desayunos, pero necesito más que nunca mi dosis de cafeína. Me voy hasta mi cafetería de siempre y me pido un café.

—Caroline, ponme un café bien cargado para llevar.

—Buenos días, Andy. ¿No vas a querer desayunar nada?

—Hoy no, gracias.

—Bien, ahora te lo preparo. — me deja caer una miradita con caída de párpados incluida, acompañada de una media sonrisa bien pícaro.

—¿Todo tranquilo por aquí, hoy?

—Por el momento, sí. Esperemos que siga así. Pero si no estás por aquí, no podrás salir en nuestra ayuda.

—Ya verás como todo irá bien.

—¿Podrías venir a acompañarme cuando salga del trabajo? Cuando oscurece, me da un poco de miedo ir sola por la calle.

—Eso suena a cita.

—Bueno, quizás. — me regala una sonrisa pícaro.

—Pensaba que la noche que pasamos juntos hace unas semanas había sido un desastre.

—Me pillaste en un mal momento, pero fuiste un encanto. Las últimas semanas han sido un infierno, con problemas constantes con mi ex novio. Pero finalmente lo hemos dejado y he conseguido poder pasar página.

—Me alegra oír que no fue una noche para el olvido. Será un placer venir a buscarte cuando salgas del trabajo. Aquí estaré.

—Genial. ¡No te olvides, eh!

—En absoluto. — dejo que se refleje una sonrisa en mis labios, me ha gustado que lo remarcará.

—Aquí tienes tu café, guapo.

—Muchas gracias. Hasta luego, Caroline.

Parece mentira lo lanzada que es esta chica, pero tengo que reconocer que me encanta, los tiempos han cambiado y no tenemos que ser siempre nosotros los que debemos dar el primer paso. Quiero pensar que su proposición es debida a que la noche que pasamos juntos, no fue sólo un mero calentón.

Mientras conduzco, voy dando pequeños sorbos a mi café preparado con tanto cariño por Caroline. Me da tiempo a acabarlo, porque estoy constantemente parado por culpa de los cotidianos atascos.

Al llegar a la comisaría, la dicha me sonrío. Nadie ha aparcado en mi plaza de aparcamiento. ¡Empezamos bien el día!

Parece que hoy en la comisaría hay un poco de revuelo. Han detenido a diez manifestantes que estaban frente el Ayuntamiento armando escándalo y tirando tomates a las puertas del edificio. Está claro que no están muy contentos con una de las últimas decisiones del alcalde de cerrar un espacio en uno de los barrios más humildes de la ciudad. Hasta ahora, estaba reservado para que los jóvenes del barrio pudieran practicar deporte, en lugar de estar coqueteando con las drogas. En esa zona se quiere hacer un espacio comercial, que debe ser el punto de partida de una transformación general de

ese barrio. Si eso se lleva a cabo, mucha gente tendrá que ser desplazada al encarecerse poco a poco el precio de las viviendas del barrio.

Veo que están muy entretenidos hoy. Me voy para mi mesa y me fijo que Chloe está leyendo la sección del horóscopo en el periódico.

—Trabajando duro... ¿Verdad? — le digo a mi compañera.

—Hay que estar informada de todo. Quién sabe si hoy mi horóscopo me dice que vamos a pillar al asesino del patinete. — me contesta con una breve sonrisa.

—Sí, sí.

—¿Quieres que te lea lo que dicen de tu signo del zodiaco?

—Déjalo. Son palabrerías sin sentido.

—Por cierto... te estaba esperando.

—¿Por?

—Me he enterado de que hace unos días soltaron a Joe el Oso. Ya no está entre rejas.

—¿Qué?! Pero si le cayeron treinta años por matar a dos pandilleros.

Le llamaban Joe el Oso porque era una gran bola de pelos. Todo lo que tenía de grande, lo tenía de peludo. Era un tipo muy inestable y violento, todo un peligro para la sociedad. Precisamente logré detenerlo yo, aunque lo mío me costó.

—Llegó a un acuerdo con el FBI para delatar a uno de los mayores traficantes de droga del estado. — me comenta Chloe.

—¡Joder!

—No sería descartable que él fuera el asesino del parque Wolf Creek.

—Sí. Podría ser. No podemos descartar nada. Aunque no parece su modus operandi.

—Tendríamos que hacerle una visita.

—Por supuesto.

Veo que sale el Teniente Williams del despacho, con su porte serio, para hablar con nosotros.

—Hemos detenido a cinco hombres que encajan con la descripción del asesino. Ya he dicho que llamen al testigo para la rueda de reconocimiento.

—¿Cuándo lo haremos?

—Esta tarde.

—Muy bien. Nosotros ahora nos iremos a interrogar a Joe el Oso.

—¿Cómo? ¿Pero lo han soltado? — pregunta el Teniente extrañado.

—Parece que sí. Llegó a un acuerdo con el FBI, le han reducido la condena y como ya llevaba cinco años entre rejas, le han dado la condicional.

—Malditos burócratas del FBI. Bueno, id a buscar a ese malnacido y a ver qué os cuenta.

—Ok.

El Teniente tampoco es del club de fans de Joe el Oso precisamente. Se gira y se vuelve para su despacho.

—Chloe... ¿Sabes dónde podemos encontrarlo?

—Según su agente de la condicional debe estar en su casa. Me ha dado la dirección.

—Bien, vamos.

Salimos de comisaría esquivando los manifestantes que aún se lo están poniendo difícil a los agentes que intentan tomarles declaración. Todo un eslalon humano. Quién sabe si algún día lo instaurarán como deporte olímpico.

Cogemos mi coche para ir a las afueras, a la dirección que nos ha dado el agente de la condicional de Joe el Oso. Vamos a Shoreline, una población de unos 50.000 habitantes al norte de Seattle.

Llegamos a una pequeña casa de una sola planta, está un poco descuidada y el jardín todo pelado, lo que vendría a ser un césped alopecico. Damos unos golpes a la puerta, ya que no parece que haya ningún timbre, pero nadie nos abre.

—Quizás no esté. — me comenta Chloe.

—Tiene que estar. Aquí en la entrada hay un coche. Supongo que debe ser el suyo.

No me gusta que me tomen el pelo. Vuelvo a golpear más fuerte la puerta, mientras digo gritando.

—¡Joe! ¡Somos de la policía! ¡Abre!

Parece que los gritos han surtido efecto. Se entreabre la puerta y nos lo encontramos como si se acabara de levantar.

—¡Qué coño pasa!

—¿No te acuerdas de mí, Joe? — le comento.

—Cómo quieres que pueda olvidar la cara de un “panchito” como tú.

—Siempre tan educado. Déjanos entrar, te queremos hacer unas preguntas.

—¿Y si no quiero?

—Pues se lo diremos a tu agente de la condicional, no creo que le haga ninguna gracia.

—Vaaale. Pasad.

Entramos en su casa, lo primero que veo es un salón lleno de latas de cerveza tiradas por el suelo, una mesita frente a un gran sofá con unos platos sucios con restos de comida y ropa tirada por todas partes.

—Si que vives bien, Joe.

—No me jodas. Estoy así por tu culpa.

—Si eres un cerdo, no es mi responsabilidad. Podrías limpiar un poco, que huele a muerto aquí.

—Pues que se ponga tu compañera a limpiar y ya de paso que me limpie los bajos. — contesta con una carcajada bien desagradable.

—¡Va a limpiar tu puta madre, gilipollas! — le dice alterada Chloe.

—Ya veo que el paso por la cárcel no ha cambiado tu asquerosa personalidad. — le comento.

—La cárcel me ha dado una nueva perspectiva. Me ha ayudado a abrir mi mente.

—Vigila no te abras mucho, que acabarás otra vez metido en el agujero.

—Tengo claro que no puedo hacer tonterías o me volverán a encerrar.

—Lo llevas en la sangre, es imposible que te puedas reformar.

—Reformar no, pero sí transformar.

— Déjate de filosofía barata.

—¿Dónde estabas ayer lunes entre las 7:30h y las 8:00h? — le pregunta Chloe.

—Estaba contigo, guapa. ¿No te acuerdas?

—¡Déjate de gilipolleces y contesta! — le increpo.

—Que poco sentido del humor que tenéis. A ver... ayer por la mañana estaba aquí en casa.

—¿Estabas solo? — le pregunta Chloe.

—Así es.

—¿Tienes algún patinete eléctrico?

—¡Qué tontería es esa! Eso es para nenazas.

—¿Pero tienes o has robado alguno?

—Claro que no.

—La verdad es que no te creo, tu credibilidad está por los suelos.

—¿Lo llevamos a comisaría? — me comenta Chloe.

—Sí. A ver si allí está más receptivo para contarnos todo lo que sabe.

—Pero... ¿Qué se supone que he hecho?

—Déjate de tonterías. Ya lo sabes. Ponle las esposas bien apretaditas, Chloe, a ver si le sube así la sangre al cerebro.

—¡No me jodáis! ¡Dejadme tranquilo!

Se está resistiendo con sacudidas laterales y moviendo la cabeza como si estuviera protagonizando la famosa escena de la niña de la película “El exorcista”. Tengo que ayudar a Chloe, no vaya a ser que la cosa se ponga fea. Con un golpe brusco, lo empujo a la pared para inmovilizarlo, la sacudida hace temblar uno de los muebles, como si estuviera en un terremoto. No me había fijado que tiene toda una colección de pequeñas figuritas antiguas horripilantes. ¡Qué mal gusto! Con un poco de suerte, gracias a las sacudidas

hasta pueden caerse y romperse en mil pedazos. Mientras lo voy reteniendo, Chloe acaba de ponerle las esposas. Tengo que dar lo máximo de mí, porque el tío está fuerte y tiene muy mala leche.

Lo agarro como puedo y lo sacamos de su casa para meterlo en la parte trasera del coche.

—¡Sois unos cabrones! — nos va chillando Joe mientras lo metemos en el coche.

—¡Cállate! — le digo de manera tajante.

El viajecito hasta la comisaría está siendo bien entretenido, el cabronazo no se calla. El trayecto no es corto precisamente y taparle la boca está mal visto, así que no nos queda otra que aguantar el chaparrón.

Al llegar a comisaría, lo metemos en una de las salas de interrogatorio sin perder ni un minuto.

—¡Os he dicho que yo no he hecho nada!

—No te creo. — le digo con pose seria. — Estoy convencido que fuiste tú. Seguro que al salir de la cárcel te entraron las ansias de volver a tus andadas.

—Pero... ¿Qué se supone que he hecho?

—Lo sabes muy bien. Degollaste a una mujer en el parque de Wolf Creek.

—¿Y por qué iba yo a hacer eso?

—Porque eres un ser despiadado y sin escrúpulos.

—No me darán nunca el Premio Nobel de la Paz, pero yo no voy matando gente sin motivo. Es cierto que maté a dos drogatas, pero fue porque se habían interpuesto en mi camino.

—¿Por qué la mataste?

—¡Yo no he sido!

—¡Déjate de tonterías y habla!

—No me vais a poder endosar este asesinato.

—Eso ya lo veremos. — comenta Chloe.

—Por el momento vamos a dejar que reflexiones encerrado en una celda, a ver si mañana estás más comunicativo.

—¡Seréis cabrones!

Chloe sale de la sala de interrogatorios y llama a un agente para que se lleve a Joe a una celda. Mientras se lo están llevando le digo en tono irónico.

—Espero que descanses bien y mañana te levantes con las ideas más claras.

—¡Que te follen, “panchito”!

—Al menos yo puedo, pero a ti no se te acercan ni pagando.

No puedo disimular que me encanta ver cómo tíos como este son puestos bajo arresto, es chusma que no se merece estar con el resto de la gente.

Salgo de la sala de interrogatorios para ir a tomarme un vaso de agua, tengo la boca seca. Mientras se va llenando mi vaso, me quedo atónito viendo como las burbujas de agua van rebotando como locas por el depósito de agua. Por detrás se me acerca Chloe.

—Te he visto un poco alterado, Andy.

—Los tipos como Joe el Oso consiguen sacarme de mis casillas.

—Ya verás como mañana acabará cantando y podremos enviarlo de nuevo a prisión.

—¡Dios te oiga!

—Me voy a comprar algo para comer. ¿Quieres que te traiga algo?

—Me apetece comida china.

—Ok, no hay problema.

—Tráeme unos fideos fritos con carne y verduras.

—Perfecto, vuelvo en un rato. — me contesta Chloe mientras se aleja.

Necesito sentarme y pensar, la sala de descanso es el sitio ideal. Tengo que reconocer que, aunque le tengo muchas ganas a Joe el Oso, el asesinato del parque Wolf Creek no se ajusta a su manera de actuar y sinceramente no me lo imagino montado en un patinete eléctrico. Pero por desgracia es el único sospechoso por el momento.

Chloe llega con la comida.

—Aquí tienes tus fideos fritos, Andy.

—Gracias. Huelen muy bien.

La comida viene en un receptáculo de cartón, todo pringado de aceite. Cojo los bastoncillos, con los que, por cierto, tengo bastante destreza al comer y empiezo a tragar casi sin respirar. Un día de estos me voy a atragantar por el ímpetu.

Acabo rápidamente, hago una bola con el contenedor de cartón en el que iba la comida y la lanzo a la papelera. ¡Yeah! ¡Tres puntos! La bola se hace de rogar, rebotando por el borde de la papelera, pero al final acaba entrando llevada por la gravedad. Me levanto e imagino que estoy en la pista de un estadio y el público está aclamándome, llenándome de aplausos y coreando mi nombre.

—¡Andy! Vuelve al mundo terrenal.

—¿No has visto el pedazo de canasta que he metido?

—Eres como un crío.

—¡Envidiosa! — me sale una carcajada irónica.

Tras la descarga de adrenalina imaginaria, me apetece un café. Tenemos una cafetera que tiene más años que yo. Me sirvo el café en una taza que encuentro por allí, la mía se me rompió hace unos días, en un momento de alteración transitoria. Me sacó de mis casillas la decisión de un juez, al dejar en libertad sin cargos a Billy Jacobson, un cabrón que estuvo a punto de cargarse a su mujer con un cuchillo en plena calle, si no fuera porque un vecino consiguió contenerle. Según el juez, se rompió la cadena de custodia de las pruebas. ¡Tiene cojones la cosa! La rabia me llevó a tirar mi taza contra la pared, quedado reducida en mil añicos.

Mientras estoy bebiendo tranquilamente el café, veo que el Teniente Williams se acerca.

—¿Dónde está tu compañera?

—Creo que está en el baño. — le contesto.

—Ya ha llegado el testigo para la rueda de reconocimiento. Cuando salga Chloe de hacer sus cosas, quiero que vengáis a la sala habilitada para las ruedas de reconocimiento.

—Ok. Así lo haremos.

Sigo con mi taza de café en la mano, saboreando sorbo a sorbo. Aparece toda alterada Chloe, que acaba de salir del baño.

—¿Qué te pasa? — le pregunto.

—Me cabrea la gente guarra, y en esta comisaría hay unas cuantas.

—¿Por qué lo dices?

—Estoy harta de encontrarme compresas con sorpresa en el inodoro.

—Suena muy asqueroso, sin duda. Por desgracia hay gente para todo. Por cierto... el jefe nos espera para la rueda de reconocimiento.

—¿Ya? Bueno, pues vamos para allá.

Al testigo lo llevan hasta una habitación con un gran cristal que le permitirá ver a los diferentes detenidos, pero sin que estos puedan saber la identidad del testigo. En la sala junto con el testigo de los hechos, estamos, el Teniente Williams, Chloe y yo.

—¿Estás preparado? — le pregunta el Teniente.

—Sí. Adelante. — contesta el testigo.

—Ya pueden pasar. — dice el Teniente desde un interfono que comunica con uno de los agentes que hay al otro lado.

Empiezan a entrar en la sala anexa los cinco detenidos y se van colocando uno al lado de otro tras una pared blanca, mirando hacia el cristal. Los cinco tienen antecedentes y no son para nada unas hermanitas de la caridad. Debe ser una sensación extraña para ellos, estar mirando un cristal en el que se ven todos reflejados, siendo conscientes de la gravedad de una situación que puede llevarlos a la cárcel, sobre todo para los que son inocentes. Pero, por otro lado, no hay otra manera de poder salir de dudas.

Mirándolos a todos, hay que reconocer que tienen un curioso parecido. Los cinco hombres van vestidos con una chaqueta oscura con la capucha puesta y su correspondiente patinete sujetado con la mano.

El testigo empieza a mirar a los detenidos meticulosamente, pero por su

rostro parece que no acaba de tener claro si es alguno de ellos.

—¿Reconoces a alguno de ellos como el autor del crimen del parque Wolf Creek? — le pregunta el Teniente.

—Creo que no.

—Vamos a hacer que los puedas ver en diferentes posiciones.

El Teniente pide por el interfono que los sospechosos se pongan de perfil.

—¿Y ahora? — le pregunta.

—Es difícil de decir.

Vuelve a acercarse al interfono y esta vez pide que los diferentes sospechosos se pongan de cara a la pared.

—¿Quizás ahora? — le pregunta.

—Igual que antes. Nada.

—¿Estás seguro de que no es ninguno de estos sospechosos el que viste en el parque?

—Sí. No creo que esté aquí el hombre que mató a la mujer en el parque.

—Míralos bien, por favor.

—Lo siento, pero no es ninguno de ellos.

—¡Pero si era de día! ¿Cómo puede ser que no lo vieras con claridad?

—Ya se lo dije a los agentes, iba bastante rápido y totalmente cubierto con la capucha, por eso no pude verlo demasiado bien.

—Bueno, pues nada. Al menos lo hemos intentado. Ya puedes irte. Gracias por tu colaboración.

El Teniente Williams ordena que los cinco hombres salgan de la sala y sean puestos en libertad, excepto uno que está pendiente de pasar a disposición judicial por un delito de robo con fuerza.

—No ha habido suerte. — comenta Chloe.

—Seguro que el asesino del patinete cometerá algún error y entonces lo capturaremos. — nos dice el Teniente.

—Esperemos que sí, por qué por el momento no tenemos más pistas. —

contesto.

Salimos de la sala habilitada para las ruedas de reconocimiento y junto con Chloe nos vamos hasta nuestra mesa.

—Yo ya he tenido suficiente para hoy. Además, tengo lo que se podría llamar una cita.

—¿Quién es la afortunada?

—La camarera de la cafetería donde desayuno todos los días.

—Vaya, vaya. Pues mucha suerte.

—Gracias.

Tengo ganas de poder desconectar del trabajo y de los problemas que perturban mi tranquilidad. Creo que me lo merezco.

Por la calle, la oscuridad tiñe el ambiente, el sol ya hace rato que se ha retirado a sus aposentos. Me voy hasta el aparcamiento para coger mi coche, pero parece que la suerte no me acompaña. ¡Están las cuatro ruedas pinchadas! ¿Pero quién ha podido hacer tal cosa? ¡Joder! Me vuelvo a la comisaría y le pregunto al agente que está en la recepción.

—¿Habéis podido ver quién ha pinchado las ruedas de mi coche?

—No he visto nada, Andy.

—Pero... ¿Cómo puede ser que alguien haga eso sin que ningún policía lo vea?

—Alguien muy tonto o muy desesperado. ¿A quién has cabreado esta vez?

—¿Qué gilipollez es esa?

—Eso de pinchar las ruedas del coche, es una señal que te está enviando alguien. Seguramente debe estar resentido contigo.

—Pues ahora no caigo quién puede ser. ¿No hay cámaras en el aparcamiento?

—Sí, pero la que controla la zona dónde aparcas, ha dejado de funcionar y tenemos que esperar a que la arreglen.

—Vaya suerte la mía.

—Si quieres puedo decir a alguien que te arregle las ruedas. Al fin y al cabo, los daños son en zona propiedad de la Policía de Seattle.

—Bien, gracias. Cogeré un taxi para irme y espero que mañana ya esté mi coche listo.

Mi gozo en un pozo. Me cabrea mucho lo sucedido, no puedo soportar ni que me rayen el coche, menos aún que me jodan las ruedas. No sé quién puede estar tan loco para entrar en las instalaciones de la policía y causar daños en uno de los coches.

No me queda otra que ir en taxi. Levanto la mano para intentar parar uno, pero no hay manera. Nunca he tenido demasiado buen feeling con los taxistas y creo que eso lo perciben a distancia. Sigo esperando, pero no consigo ver ninguno que esté libre, cuando de repente me percato que un taxi se detiene al otro lado de la calle y del que se baja un tipo trajeado con todo el pelo engominado. Tengo que correr para que no se me escape, pero el resto de los vehículos no van a detenerse por el simple hecho que yo esté cruzando la calle y me toca esquivar a una moto que iba como si se estuviera preparando para un campeonato de velocidad, me pasa casi rozando y su rebufo por poco no me hace perder la verticalidad. Consigo llegar hasta el taxi a tiempo.

El taxista es de origen latino. Se le ve buena gente. Le digo la dirección dónde me espera mi cita y me contesta.

—¡Oído cocina!

—Veo que estás de buen humor.

—La sonrisa es mucho mejor medicina que hincharte a tomar Prozac.

—Sin duda.

—Perdona mi indiscreción, pero... ¿eres cubano?

—Mis padres eran de allí, pero yo nací en Miami.

—¡Qué grande es Miami! La pequeña Cuba. Pero en absoluto se puede igualar a nuestra tierra.

—No he ido nunca a Cuba.

—¡Hermano! Debes conocer la tierra de tu familia, es un sitio único en el mundo.

—Lo tengo en mi lista.

—A mi encantaría poder volver, pero si piso suelo cubano, me llevarán preso. Digamos que no soy muy bien recibido allí.

—¿Problemas de discrepancia política?

—Algo así. Hace quince años, como muchos otros, tuve que subir a una patera para huir de la opresión.

—Supongo que fue un trayecto duro.

—No te lo puedes llegar a imaginar. No se lo deseo ni a mi peor enemigo. Pero gracias a Dios, pude llegar hasta suelo estadounidense.

—¿Y cómo has acabado en Seattle?

—Yo, en Miami, que es donde aterricé, me encontraba como en casa, pero conocí a una mujer que me hizo perder el norte. Blanca como la leche, ojos azules en los que uno podía perderse, una larga melena rubia y unas piernas de escándalo. Conseguí que se fijara en mí, lo mío me costó y finalmente nos casamos. Ella es nacida en Seattle. Trabajaba en una empresa de seguros y la habían trasladado a la oficina de Miami. Pero su madre enfermó y tuvo que dejarlo todo para poder ir a cuidarla. Eso me incluyó a mí, de lo contrario la habría perdido. Y... ya ves, aquí me tienes, sobreviviendo en Seattle.

—El amor mueve montañas.

—Y también te hace salir de tu zona de confort. Por amor se deben hacer sacrificios, de lo contrario no sería amor, sería interés.

—Estás hecho todo un filósofo.

—Tantas horas en el taxi, te permiten reflexionar.

—Pues sigue así.

—Bueno... ya hemos llegado.

—Genial.

—Son 18 dólares.

—Aquí tienes. Quédate el cambio.

—Gracias, hermano.

—Ha sido un placer, espero que podamos coincidir en otro momento.

—Por supuesto.

Al bajar del taxi veo que Caroline está esperando en la puerta de la cafetería, parece que he llegado un poco tarde, empezamos bien la noche. Me acerco a ese bombón y le doy un beso en la mejilla.

—¿Hace mucho que te esperas?

—Un ratito.

—Perdona. Pero me han jodido las ruedas del coche y no había manera de encontrar un taxi libre.

—No te preocupes.

—¿Quieres que vayamos a comer algo?

—Pues sí, hoy he comido bastante mal.

—¿Has tenido mucho lío?

—No he parado. Ha sido una locura. Hasta me ha tocado ayudar en la cocina. ¿No crees que mi pelo huele a frituras?

Me acerco a oler su pelo.

—Yo lo huelo bien.

—Serán cosas mías, entonces.

—Vamos a un sitio que está cerca de aquí que hacen unos Hot Dogs espectaculares. ¿Qué te parece?

—Bien.

Empezamos a andar. La veo un poco distante, no sé si será por mi demora o porque ha tenido un día duro.

—Por cierto... estás especialmente radiante. Tienes un brillo especial en tus ojos.

—Vaya, gracias.

—No es un simple cumplido para quedar bien, lo digo de verdad.

—Te creo.

—Aunque te veo un poco triste. ¿Te ha pasado algo?

—Hoy se ha presentado en la cafetería mi ex novio.

—¿Te ha montado un espectáculo, acaso?

—Sí. Insiste en que quiere que volvamos a estar juntos. Realmente fue él quien me dejó por otra. Pero parece que ya se cansó de ella y quiere volver conmigo. Ya le he dicho que no soy ningún juguete, al que puede guardar cuando se aburres y volver a sacar del armario cuando le apetece.

—¡Qué cabrón!

—Es muy pesado. Al final he conseguido que me dejara tranquila, pero creo que seguirá insistiendo.

—Si necesitas que lo ahuyente, sólo tienes que decírmelo.

—No, tranquilo.

Llegamos al sitio de los Hot Dogs. Es una pequeña camioneta plateada con unas mesas enfrente. No hay nadie en la cola y nos atienden rápidamente. Los perritos tienen una pinta espectacular y huelen aún mejor. Nos sentamos en una de las mesas para hincarle unos bocados.

—Están geniales estos perritos. ¿Verdad? — le digo.

—Sí, están bastante buenos, aunque te pringas bastante.

—Bueno, al menos he conseguido que una sonrisa vista tu rostro. Los perritos calientes pueden ser toda una inyección de buen rollo.

—Siento no ser la mejor de las compañías hoy.

—En absoluto. Ya verás cómo nos lo pasaremos bien y así te olvidarás de todo lo malo.

—Gracias, Andy.

De repente se nos pone delante un tipo que parece muy alterado.

—¿Quién coño es éste, Caroline?

—¡Joder, Malcolm! Te he dicho que me dejes tranquila.

—¡Tú eres sólo mía! ¿Qué estás haciendo con este gilipollas?

Me levanto cabreado para interponerme. Pongo mi cara junto a la suya en posición intimidatoria.

—No sé quién eres, pero ya te estás yendo, a no ser que quieras problemas.

—¿Problemas? Apártate, si no quieres que te haga daño.

—No te lo voy a repetir. Deja a Caroline tranquila.

—¡Y una mierda!

—Por favor, calmaros. — dice Caroline con voz temblorosa.

Está en modo perro rabioso. Intenta intimidarme lanzándome un golpe de derechas con su puño, pero ya estaba preparado y lo esquivo sin problemas. Le agarro del brazo para doblárselo y hago que se dé la vuelta para inmovilizarlo contra la mesa.

—O te vas, o te retuerzo el brazo hasta escuchar cómo se rompe.

—¡Suéltame, gilipollas!

—No voy a soltarte hasta que oiga cómo te disculpas y te vas por donde has venido.

—¡Una mierda!

—Si sigo apretando te vas a ir con el brazo colgando.

—No sabes con quién te estás metiendo.

—Tú tampoco. Soy policía y si quieres te llevo a comisaría para que duermas en el calabozo esta noche.

—¡Vale! Tú ganas.

Lo suelto y se gira bruscamente.

—Aquí no acaba todo. Caroline es mía y no voy a dejar que un tonto del culo como tú, esté con ella.

—No te lo voy a repetir más. O te marchas, o te vas a meter en un lío.

—Me he quedado con tu cara.

—Pues como vuelva a verte, te aseguro que te arrepentirás.

Se gira y se va alejando mientras va hablando solo. Me ha quedado claro que está para que lo encierren.

—¿Estás bien, Caroline?

—No. A nadie le gusta que le monten estos espectáculos. No tenías que haberte interpuesto, lo podía solucionar sola.

—Lo siento. He visto que se estaba poniendo violento y no quería que te hiciera daño.

—Bueno, está bien. Olvidémoslo.

—Creo que será mejor que nos vayamos, no sea que se le ocurra volver. ¿Vamos a tomar algo?

—Creo que prefiero irme a casa.

—¡No, mujer! Tienes que distraerte para sacarte el mal rollo del cuerpo.

—Bueeeeno. Sólo una copa.

—Vamos al bar que hay al otro lado.

Cruzamos la calle, está totalmente desierta, por lo que no hay que preocuparse de que nos puedan arrollar. El bar no está muy lleno, mejor, así estaremos más tranquilos.

—¿Te pido una cerveza? — le pregunto.

—Sí.

Me acerco a la barra. Hoy está Paolo, es el dueño, un italiano que lleva ya cinco años viviendo en Estados Unidos, pero al que el inglés aún se le resiste un poco.

—Hola Paolo.

—¡Ciao, Andy! Cuánto tiempo sin verte.

—Ando muy liado.

—Ya veo que vas muy bien acompañado. ¡È bellisimma!

—Pues sí. ¿Me pones dos cervezas?

—Bene.

Cojo las cervezas y le hago una señal a Caroline para que vayamos hasta la mesa de billar.

—¿Hacemos una partida? — le pregunto.

—Ok. Pero te aviso que soy muy buena.

—Jajaja. Eso habrá que verlo.

Coloco las bolas de billar en su sitio para poder empezar la partida.

—Las mujeres primero.

Hace la salida con un gran golpe. Las bolas empiezan a dispersarse por la mesa, pero hay una que parece que ha cobrado vida propia, va lentamente, pero sin desfallecer hasta el agujero de la esquina derecha, un pequeño momento de incertidumbre y... para adentro.

—Bueno, bueno. No está nada mal. Aunque quizás ha sido sólo un golpe de suerte.

—Ya te digo yo que no.

Continúa su recital, tirando una a una las bolas.

—¡Oye! Qué no vas a dejar ni que toque una yo.

Empieza a reír a carcajada limpia.

Me deja alucinado, las ha metido todas y yo parado con cara de pasmado, con el palo de billar usándolo como si de un bastón se tratara.

—¡Uaaaau! Eres toda una profesional del billar. Me has dejado alucinado.

—Ya te lo dije.

—Está claro que no soy rival para ti. Así que mejor nos sentamos y charlamos un poco.

—¡Cobarde!

—Cobarde no, realista.

Nos sentamos en una mesa con la compañía de nuestras cervezas.

—La noche en la que coincidimos en un bar, hace unas semanas, los dos estábamos un poco tocados, cada uno con sus cosas. Pero creo que la pasión desenfadada que nos llevó a dejar liberar nuestros instintos en los baños del bar no fue simplemente algo pasajero y puntual. Al menos por mi parte. Pero como vi que, tras ese día, siempre que iba a la cafetería te mostrabas distante conmigo, preferí no insistir. — le comento.

—Pues sí que te rindes fácilmente.

—Tampoco quería que me denunciaras por acoso.

—Eres un exagerado.

—Bueno, eso es agua pasada. Me gustaría poder conocerte mejor. ¿Qué me

cuentas acerca de ti? — le pregunto.

—He tenido una vida un poco tortuosa. Vine a vivir a Seattle hace cinco años. Antes vivía con mis padres en Santa Barbara, California. Pero al fallecer, quise romper con todo y alejarme de todo aquello que me recordaba a ellos.

—Vaya, lo siento. ¿Qué les pasó?

—Tuvieron un accidente con el coche. Un camión perdió el control y se los llevó por delante.

—¡Ufff! Debió ser duro. ¿No?

—Sí. Ver como las dos personas a las que más quieres son expulsadas de la vida de una manera tan brutal, es todo un duro golpe.

—Entonces... ¿El venir a esta ciudad te ayudó a pasar página?

—Algo así. Pero, por otro lado, parece que soy un imán para los hombres problemáticos, como el que has conocido antes.

—Ya. Bueno, yo soy como un libro abierto, así que conmigo no tendrás problemas.

—Veremos, veremos.

—¿Y qué planes vitales tienes?

—Nada en concreto. Mi trabajo actual me gusta y con eso ya me conformo, la verdad.

—Eso está bien. ¿Y tienes alguna afición?

—Tengo una cobaya en casa que es mi soporte emocional. Hace un tiempo me apunté en una asociación donde nos juntamos con nuestras mascotas e intercambiamos impresiones y experiencias.

—Qué interesante. Yo no tengo mascotas, aunque me gustaría, pero estoy muy poco tiempo en casa.

—Para mí, Dexter, que es el nombre de mi cobaya, ha sido como una bocanada de aire fresco.

—Parece mentira como los animales pueden hacer tanto bien.

—Claro. Siempre están allí, nunca te decepcionan.

—Cierto. Pero, por otro lado, no hay que perder la fe en la humanidad.

—Eso ya no lo tengo tan claro. Las personas no paran de decepcionarte.

—Yo, por mi trabajo, a veces he llegado a creer que la humanidad está podrida y no tiene solución. Pero me resisto a seguir con ese pensamiento, de lo contrario sería mejor abandonar el barco y volverse un ermitaño.

—Tampoco es eso. No estoy diciendo que piense que las personas son lo peor. Conozco muy buena gente, pero otra cosa es para intimar, entonces vienen los malos rollos.

—Tiempo al tiempo. Pero nunca pierdas la esperanza, ya te digo que hay personas que seguro te pueden llenar de felicidad. Por ejemplo... yo mismo. — no he podido evitar que me provoque una pequeña carcajada al escucharme a mí mismo.

—Te vendes muy bien, eso no lo puedo negar. Aunque por el momento no puedo comprarte el producto.

—Pues es de máxima calidad, traído especialmente de Cuba, con los mejores ingredientes para hacerte gozar, mi amor.

—Jajaja.

—Me encanta verte reír y a la vez observar cómo te brillan los ojos.

—Tu táctica de ligoteo está un poco pasada.

—Quizás mi táctica esté pasada, pero no caducada.

—Eres divertido, eso es indudable. Y me gusta que me hagan reír, es la mejor de las medicinas.

—Me alegro. Pero no te contaré ningún chiste, soy muy malo para eso y no quisiera que salieras corriendo.

—Tampoco te cortes. Piensa que soy difícil de asustar, ya las he visto de todos los colores.

—Prefiero no arriesgarme. — sonrío irónicamente.

—¿Y qué tal por el trabajo?

—Me tiene un poco preocupado el asesinato de ayer en el parque Wolf Creek.

—No he escuchado nada.

—¿No ha salido en los medios?

—No soy mucho de leer periódicos. Pero en las noticias de la televisión no lo he visto.

—Ya me extraña que no se haya filtrado.

—Pero supongo que verás muchas muertes por tu trabajo. ¿Por qué te preocupa ésta en particular?

—Básicamente, porque no hay un móvil claro y eso es muy preocupante, ya que puede volver a repetirlo.

—Seguro que conseguiréis detenerlo.

—Esperemos que sí. Pero bueno, hablemos de cosas positivas. ¿Practicas algún deporte?

—Me gusta ir al parque a correr, mientras escucho música. Me ayuda para despejarme. ¿Y tú?

—No tengo demasiado tiempo para nada.

—Esa excusa no sirve. Siempre hay tiempo para todo, es cuestión de proponérselo.

—Quizás sí. Pero mi trabajo me tiene totalmente abducido.

—Ese es el cáncer de nuestra sociedad. Todo el mundo parece que vive para trabajar, en lugar de trabajar para vivir.

—En eso tienes razón.

—A mí me gusta viajar y conocer sitios nuevos. Tengo previsto hacer un viaje a Europa.

—¿Dónde?

—Seguramente por Italia o España. Son dos países que siempre me han llamado la atención y seguro que deben ser sitios muy interesantes, con una gastronomía espectacular.

—Ah, muy bien. Yo de viajar poco, pero tampoco lo descarto. ¿Sabes qué me gustaría conocer?

—Sorpréndeme.

—Me encantaría seguir conociéndote en la comfortable intimidad de mi apartamento.

—¡Uaaaau! Qué directo que eres.

—Por probar no se pierde nada. El no, ya lo tengo.

—Deberías venderte mejor.

—Desde el primer día en que te vi en la cafetería, no pude sacarte de mi cabeza. Mi imaginación volaba como si tuviera vida propia y no paraba de visualizarte acostada en mi cama, mientras recorría suavemente tus curvas con mis dedos.

—Eso ha sido precioso.

—Tú sí que eres preciosa. — aprovecho para poner mi mano encima de la suya.

—Ya veo que quieres que me derrita a tus encantos. ¿Verdad?

—No es ninguna táctica. Sinceramente, me tienes bien loquito.

—No puedo más que rendirme a tu propuesta.

—¿Nos vamos entonces de aquí y nos tomamos algo en mi casa?

—Sí.

No quiero que cambie de opinión. Nos levantamos de la mesa e intento cogerle de la mano en modo cariñoso, pero se me escabulle. Tampoco es cuestión de insistir. Poco a poco.

—Adiós Paolo. Hasta pronto. — me despido del propietario del bar.

—¡Ciao Andy! Ci vediamo.

Abro la puerta del bar para que pase el bombón que me acompaña.

—Gracias, Andy.

Intento poner mi brazo por encima de sus hombros y no encuentro rechazo por su parte. Vamos bien.

—Parece que conoces bien al propietario del bar. — me comenta Caroline.

—Sí. Alguna vez he venido como cliente. Pero nos conocimos por unos problemas que tuvo en su local. Encontró a una mujer muerta en su baño por

una sobredosis. No había testigos y fue todo un shock para él, porque estuvo durante un tiempo en la mesa de los sospechosos. Pero al final, el informe forense confirmó que no se había tratado de un asesinato y que simplemente la fallecida se había administrado una dosis de cocaína superior de lo que su cuerpo podía absorber. Yo en todo momento tuve claro que Paolo era inocente, pero necesitábamos pruebas que confirmaran mi intuición.

—Seguro que fue duro para él.

—Sí. Pero por suerte todo acabó bien.

—¿Y cómo llevas lo de estar siempre rodeado por la muerte?

—Es duro, pero creo que ayudo a que se pueda quitar de las calles a elementos cancerígenos para la sociedad.

—Bien visto. Tiene mucho mérito lo que haces.

—Gracias, guapa. Es mi deber, pero siempre es agradable escucharlo.

—Sin vosotros, estaríamos en el lejano oeste.

—Cierto. ¡Mira! Este es mi edificio. Espero que no nos encontremos a la pesada de mi vecina. Tiene la virtud de aparecer en el momento menos oportuno.

—Pobre señora. Seguro que estará sola y aburrida.

—Vive rodeada de gatos. Es una buena mujer, pero puede llegar a ser un poco pesada.

Llegamos a mi apartamento, abro la puerta y le invito a entrar.

—Bienvenida a mi humilde morada.

—Gracias, gentil caballero. — deja divisar una tímida mueca en sus labios.

—Puedes sentarte en el sofá. ¿Te traigo una cerveza?

—No. Ya he bebido bastante.

Nos sentamos los dos en mi sofá y nos quedamos un instante mirándonos fijamente, como si el tiempo se hubiera detenido. Mi mano derecha quiere tomar la iniciativa de los acontecimientos, como si tuviera vida propia y empieza a acariciar suavemente su pierna. Ella cierra los ojos, creo que

vamos por buen camino. Con la mano izquierda acaricio su mejilla que se ha puesto rosada. Voy acercando mis labios para besarla y noto como se estremece. Hemos roto todas las barreras, ahora ya nuestros cuerpos se ven atraídos como si de un imán se tratara. La fuerza es imparable y acabamos dando rienda suelta a nuestros instintos primarios.



CAPÍTULO 3.

CAROLINE

Miércoles, 5 de diciembre

Vaya noche loca la de ayer. Siempre es gratificante subir a bordo de tu cama a un pasajero más y poder zarpar en el crucero de las pasiones desenfundadas.

Al despertarme, estoy tal como mi madre me trajo al mundo. Miro por toda la habitación, pero no veo a Caroline. Me levanto y la busco por el apartamento, pero definitivamente ya se ha ido. No es una sensación muy agradable, sólo le faltaba haberme dejado un billete de cincuenta dólares en la mesilla de noche. Quizás se haya arrepentido, quién sabe.

Me toca recoger mi ropa de ayer que está repartida por diferentes puntos de la habitación, después de que nos la fuéramos sacando mutuamente. Al acercarme al armario, me percató que ya no me queda casi nada que ponerme que esté limpio. Soy un desastre. Tendré que ir cuanto antes a la lavandería si no quiero tener que ponerme ropa que ya debe tener vida propia.

Me voy para el baño para la micción matinal rutinaria y me meto en la ducha. Es todo un momento místico, quedarse un rato bajo la cortina de agua, notando como las gotas van resbalando por mi cabeza y en el que logro que mi mente se quede completamente en blanco.

Me visto y decido bajar a la cafetería para ver si encuentro a Caroline allí. ¡Bingo! La veo desde la calle por los ventanales de la cafetería, está radiante. Al entrar, me hago notar y veo como ella me lanza una mirada insinuante. Me acerco a la barra para poder intercambiar impresiones.

—Hola guapa.

—Buenos días, Andy. ¿Qué vas a querer tomar?

—Te quiero a ti.

—No estoy en el menú, lo siento.

—Vaya, pues es el único plato que realmente me gusta de por aquí.

—No sabría decirte si lo volveremos a poner en la carta.

—Sería toda una decepción, porque pierdo la cabeza por ese plato.

—Tomo nota.

—Oye... ¿Cómo que te has ido sin decirme nada esta mañana?

—Hoy me tocaba abrir la cafetería muy pronto, por eso he tenido que irme bien temprano. Te he visto durmiendo tan profundamente que no he querido despertarte.

—Ah, bueno. Me habías dejado preocupado al no verte cuando me he despertado.

—Pues, ya ves que estoy bien.

—Bien, no. ¡Estás muuuuy bien!

—Será que me ves con buenos ojos. Perdona, pero me reclaman, tengo que seguir con mi trabajo. — me contesta, mientras se le dibuja en el rostro una sonrisa de felicidad.

—Entonces... ¿Podrías ser tan amable de ponerme un café?

—Por supuesto. Dame un segundo para que atienda a un cliente y te lo sirvo.

Me voy hasta una de las mesas al lado de los ventanales. De un momento a otro, se ha puesto a llover de manera intensa y el cielo está oscuro, como si estuviéramos en plena noche. La calle se ha vestido con paraguas que resguardan a sus portadores que intentan no llegar empapados a su destino.

—Aquí tienes tu café. — me dice Caroline.

—Gracias, preciosa. ¿Te quieres sentar conmigo un rato?

—No puedo.

—Lo entiendo, no te preocupes. Por cierto, me encantaría que pudiéramos quedar otro día.

—Ya veremos.

Se gira con una leve sonrisa en sus labios carnosos. Me tengo que contener para no saltar a besarla, no la quiero incomodar en su trabajo.

No para de llover, pero tengo que irme al trabajo, me tocará mojarme. Además, tengo el coche en comisaría y tendré que ir en taxi. ¡Vaya suerte la mía!

Antes de salir de la cafetería, quiero despedirme de Caroline, veo que está atendiendo a una mesa. Me acerco por detrás sigilosamente y le digo.

—Hasta luego, guapa.

Me devuelve una mirada pícaro.

En la calle, la gente va de arriba para abajo huyendo de la lluvia, a nadie le apetece coger una pulmonía. Como era de esperar, conseguir parar un taxi será toda una proeza. Me parece ver uno libre a lo lejos y me acerco a la acera para que pueda ver las señales que le hago. De repente oigo el frenazo brusco de un coche, me giro preocupado por el estruendo y veo a un motorista estirado en el suelo, cuya moto ha cobrado vida propia y como si de un caballo desbocado se tratara, se dirige hacia mí arrastrándose y dejando escuchar el fuerte chirrido de la fricción de la carrocería con el asfalto. Por suerte, tengo los reflejos en perfecto estado y consigo evitar que me impacte por completo, pero al dar un salto para atrás para poderla esquivar, me resbalo y al caer al suelo, me acabo haciendo un corte en el brazo con la carrocería. ¡Joder! Estoy sangrando bastante, pero tampoco me moriré por esto. Presiono la herida con la mano, para intentar evitar que siga sangrando.

Me levanto para ver si el motorista está bien. No hay nadie más que se preocupe por el accidente. ¡Vaya mierda de sociedad en la que nos estamos convirtiendo! El accidentado motorista parece que está conmocionado, pero prefiero no tocarlo, lo mejor es llamar a emergencias para que puedan atenderle cuanto antes. Veo que se acerca el conductor del coche que hizo el frenazo brusco.

—¿Está bien, señor? — me pregunta.

—Sí, yo sólo tengo una herida superficial, pero el motorista tendremos que

ver qué nos dicen los paramédicos de la ambulancia que está al llegar. Por cierto... ¿Por qué ha frenado tan bruscamente?

—Un loco cruzó la calle sin mirar y si no llego a frenar, me lo hubiera llevado por delante.

—Bueno. ¿Usted está bien?

—Sí. Sólo el susto.

—Ya he llamado a emergencias y hay una ambulancia en camino. No debemos incorporar al accidentado para evitar daños mayores.

—Bien.

No se demora demasiado la ambulancia, hay que reconocer que en la mayoría de las ocasiones son bastante rápidos y eficaces.

Atienden al motorista y escucho que los de la ambulancia comentan que puede tener una conmoción cerebral y que deberán hacerle pruebas en el hospital. Lo colocan en una camilla con cuidado y lo suben a la ambulancia. Veo que baja uno de los paramédicos y se acerca hasta mí.

—Señor, ese brazo no tiene buena pinta. Suba a la ambulancia para que le haga una primera cura y una vez en el hospital, se lo podrán mirar por si necesita algunos puntos.

—No, tranquilo, seguro que no es nada.

—Por favor, no se haga el valiente. A primera vista, parece que necesitará que le pongan unos puntos y dónde mejor que en un hospital para que le atiendan.

—Ok. Me has convencido.

Me subo a la ambulancia, acompañando al motorista que sigue aún inconsciente. Me van haciendo una primera cura para limpiarme la herida y ponerme una venda. La sirena va sonando para que le abran paso, es un ruido que se te mete fuertemente en la cabeza. Voy sentado al lado del que me ha atendido.

—¿Cómo se presenta el día? — le pregunto.

—Es nuestro primer servicio del día. Pero los días de lluvia acostumbran a ser moviditos.

—Lo sé muy bien. Soy detective de homicidios y cuando la lluvia moja las calles sale la mierda de las cloacas. Nunca mejor dicho. — suelto una sonrisa irónica.

—Bien visto.

Llegamos al hospital y sacan rápidamente al herido de la ambulancia con la camilla, veo que se va alejando por los pasillos de Urgencias, rodeado de un médico y dos enfermeras.

El conductor de la ambulancia se dispone a subir al vehículo para despejar la zona de llegadas. El paramédico me acompaña hasta el mostrador de recepción y empieza a hablar con la mujer encargada de los ingresos.

—Hola Ruth. Este señor ha tenido un percance con el motorista que ya se han llevado para adentro. Está herido en el brazo y deberían revisarle la herida, porque seguramente requerirá de unos puntos.

—Que se espere y ya lo avisamos.

—¿Mucho lío hoy?

—Ni te cuento. — acompañado de un suspiro.

—Bueno, me voy a continuar con mi turno.

El paramédico se gira hacia mí y me comenta.

—Espérese allí y en nada lo llamarán.

—Ok. Gracias. Que vaya bien.

—Igualmente.

Está la cosa movidita por aquí, no paro de ver gente de arriba para abajo. Siempre me ha impresionado el trabajo que realiza el personal médico. Sin lugar a duda hay que ser de una pasta concreta, porque no cualquiera sería capaz de llevarlo a buen término. Me quedo allí esperando unos minutos, hasta que se acerca una enfermera para acompañarme a una sala llena de camillas y separadas por una cortina blanca. Me indica que me siente en la única que

parece que está libre.

—Buenos días. Vamos a ver qué tenemos aquí.

Me saca la venda y empieza a mirar la herida como si fuera un cuadro impresionista.

—Póngase cómodo mientras le pongo unos puntos.

—¿Tan profunda es la herida?

—Sí. Tiene un buen corte.

—Bueno. Si hay que hacerlo, adelante.

Nunca me ha gustado notar como una aguja atraviesa mi piel, así que intento pensar en otras cosas hasta que acabe de coserme.

—Si te hago daño, me lo dices.

—Estoy bien.

Por suerte, la enfermera que me ha tocado es muy eficiente, está haciendo un muy buen trabajo y parece que ya está acabando. Empieza a sonar mi móvil, lo cojo como puedo, miro la pantalla y veo que es de la comisaría.

—Perdona, me disculpas un momento... es del trabajo y tengo que cogerlo.
— le comento a la enfermera.

—Ok.

Atiendo al teléfono.

—Andy, soy Chloe. Ha habido un asesinato en la zona suroeste. ¿Dónde estás?

—En el hospital.

—¿Estás bien?

—He tenido un pequeño accidente y me están poniendo unos puntos en el brazo.

—¿Tardarás mucho?

—No, ya casi está. ¿Podrías pasar a buscarme?

—Claro. Voy para allá.

¡Joder! Otra muerte. Levanto la mirada y le pregunto a la enfermera cómo

va.

—¿Falta mucho?

—Ya están todos los puntos y sólo falta que te ponga una venda.

—Genial, porque tengo que irme, el deber me llama.

Acaba de ponerme el vendaje y me dispongo a salir del hospital. Me molesta bastante el brazo, más por la contusión que por los puntos, pero no soy muy de quejarme.

Ya me está esperando en la entrada del hospital Chloe en su coche, me subo sin perder ni un minuto.

—¿Todo bien, Andy?

—Aún sigo vivo.

—Tenemos que ir a la zona suroeste de la ciudad, en la Calle Raymond con la Avenida 33.

—¿Sabemos qué ha pasado?

—La víctima es un hombre de avanzada edad. No tengo más datos.

—Ok.

Llegamos a la escena del crimen. Está acordonada y llena de mirones curiosos resguardados con paraguas. Es una zona residencial, la víctima es un hombre mayor y estaba entre unos arbustos que hay entre dos casas, antes que se lo llevaran al hospital para intentar salvarle la vida. Según su carné de conducir tiene 72 años. Parece que venía de la biblioteca pública que hay a dos calles, ya que llevaba dos libros con su sello.

Sigue lloviendo a base de bien. Uno de los agentes nos informa sobre la situación.

—Hola Paul. Hacía tiempo que no te veía. ¿Dónde te habías metido? — le digo al agente.

—He estado un par de semanas hospitalizado por unos problemas renales. Pero ya estoy recuperado.

—Vaya, no lo sabía. Nunca es agradable tener que pisar un hospital.

Espero que ya estés al cien por cien.

—Poco a poco.

—Bueno... ¿Relacionado con el asesinato, tenemos algún testigo?

—No hay testigos de los hechos. Pero una vecina que vive en la casa de enfrente, cuando iba a coger su coche, vio pasar a un hombre con un patinete, cubierto con una chaqueta gris oscuro y la capucha puesta. Al girar la cabeza se percató que había un bastón en medio de la acera, se acercó y vio a la víctima tirada entre los arbustos.

—¿Podemos hablar con ella?

—Tenía que ir al trabajo. Le hemos cogido sus datos para que podáis llamarla y hacerle las preguntas que necesitéis.

—Ok. Gracias. ¿Sabemos algo acerca de cómo ha fallecido la víctima?

—Parece que el asesino, montado en su patinete, ha empujado al señor hasta unos arbustos que hay entre estas dos casas. En cuando la víctima estuvo en el suelo, se detuvo y con una jeringuilla le administró una sobredosis de heroína en el cuello. Debido a la avanzada edad de la víctima, le provocó un colapso y ha muerto mientras lo trasladaban al hospital. La agresión fue sobre las 11:15h.

—Otra vez el perturbado del patinete. — comenta Chloe.

—Gracias Paul. Me alegro de verte.

—Lo mismo digo, Andy.

Junto con Chloe, nos centramos a revisar toda la escena del crimen. No parece que haya nada relevante. Esperaremos al informe de la oficina forense, aunque tampoco creo que nos vaya a revelar nada nuevo. Está claro que el asesino es muy meticulado y evita dejar rastros que pudieran incriminarlo.

—Debemos ver si hay alguna relación entre esta víctima del asesino del patinete y la anterior. — me comenta Chloe.

—Dudo que haya relación. Estos asesinatos son despiadados y no parecen un ajuste de cuentas o alguna cosa por el estilo.

—Es posible, pero debemos salir de dudas.

—Por supuesto. ¿Te puedes encargar tú?

—¿Tienes algo mejor que hacer?

—Sí. Tengo que recuperar mi coche y quiero ir a poner en libertad a Joe el Oso. Nos equivocamos con él y está claro que no era el asesino.

—Cierto. Bien.

—Vayamos a comisaría, para que cada uno haga lo suyo.

Durante el trayecto, el silencio nos acompaña. Este segundo asesinato me está comiendo por dentro. Empieza a ser algo serio. Lo que más me cabrea es que parece que el asesino mata por matar, sin escoger meticulosamente a las víctimas, con el único fin de hacer daño a los demás y sin importar quiénes sean. Por otro lado, los dos métodos usados para llevar a cabo el crimen dejan claro que se trata de un enfermo mental agudo, despiadado y sin escrúpulos.

En cuando llegamos a comisaría, veo que hay un agente apostado en la entrada del aparcamiento, me acerco para hablar con él.

—Hola Tom. ¿Cómo tú por aquí?

—Buenos días, Andy. El Capitán me ha ordenado que vigile todo esto. Hace unos días que están habiendo desperfectos en los coches que hay aparcados y me ha tocado uno de los turnos de vigilancia.

—Vaya. Entonces lo que le pasó a mi coche no fue algo aislado.

—No. Ha habido como cinco coches a los que les han pinchado las ruedas.

—Ya me dijeron que la cámara que cubre la zona donde aparco mi coche está estropeada. Pero... ¿El resto de las cámaras tampoco funcionan?

—Los coches afectados están todos en la zona que abarca la cámara que está fuera de funcionamiento.

—Hay que estar muy loco para hacer eso en el aparcamiento de la Policía.

—Así es. Pero en esta ciudad estamos rodeados de gente enferma. Seguro que tenemos a alguien que está cabreado con el cuerpo de policía y nos lo quiere hacer pagar.

—Es posible. Déjame ver cómo está mi coche.

—Esta mañana han venido a cambiarte las cuatro ruedas, así que ya está como nuevo.

—Perfecto. Gracias.

Me dirijo hasta mi coche. Efectivamente ya está arreglado y con las ruedas tal como estaban antes del incidente. Eso me deja un poco más tranquilo, una cosa menos de la que preocuparme.

Entro en comisaría y voy directo al despacho del Teniente Williams, aunque veo que está hablando por teléfono. Le hago señales por si le queda mucho, pero parece que no me entiende, se tapa el auricular del teléfono y me dice cabreado.

—¡No ves que estoy hablando por teléfono! ¿Qué coño quieres?

—Vengo de la escena de lo que parece el segundo crimen del asesino del patinete. ¡Este tío nos va a joder las Navidades!

—Eso ya lo sé. Para decirme esto, ya podrías haberte esperado que acabara de hablar.

—Te estaba haciendo gestos para ver si te faltaba mucho. Pero también quería comentarte que deberíamos poner en libertad a Joe el Oso. Está claro que él no fue.

—Pues suéltalo y déjame tranquilo.

—Ok.

Vaya malas pulgas con las que anda el Teniente Williams de vez en cuando. Aunque tengo que reconocer que no me gustaría estar en su piel. Muchas presiones y ninguna gratificación.

De camino a los calabozos, me encuentro un tipo con el pelo largo y grasiento, ropa rota y llena de manchas que va corriendo delante dos agentes que lo persiguen. Al pasar por mi lado, un fuerte hedor me deja mareado, es nauseabundo. Me niego a perseguirlo, no quiero acabar cogiendo el síndrome de la mofeta. Lo persigo con la mirada y al fondo del pasillo, observo como

uno de los dos agentes consigue detenerlo tirándose encima, se va resistiendo y el otro agente aprovecha para ponerle las manillas. Está claro que ha querido ir de listo y escaparse del calabozo, que gran error, lo pagará caro. Entre los dos agentes, lo vuelven a llevar detrás de los barrotes de los que no debería haberse escapado. Les voy siguiendo de lejos, para evitar la estela de olores. En cuando se detienen delante del calabozo asignado al hombre mofeta, intento acelerar el paso y rodearlos cómo puedo. Ya pasó el peligro tóxico. De lejos veo a Joe el Oso. Lo encuentro sentado y mirando al techo con la mirada perdida, visto así parece la mar de inofensivo. Al verme, se levanta y se dirige hacia mí, como si de un perro rabioso se tratara, mientras intenta sacudir los barrotes con ambas manos para demostrar su enojo.

—Tranquilo. No he venido con ganas de guerra, sino a informarte que te vamos a soltar.

—Ya os dije que yo no había hecho nada. Pero no me quisisteis escuchar.

—Lo sé, pero entenderás que tienes poca credibilidad por aquí. Ahora sabemos con certeza que no fuiste tú.

—Ha habido otro asesinato. ¿Verdad?

—No puedo hablar de eso.

—No hace falta, seguro que es eso. ¿Cuándo me vais a dejar que me vaya a casa?

—En unos minutos, uno de los agentes te sacará de aquí y podrás volver a tu aburrida vida.

—Espero no volver a ver tu jodida cara nunca más, detective de pacotilla.

—Eso depende más de ti, que de mí.

—¡Una mierda! Soy la diana fácil cuando no sabéis a quien endosarle cualquier cosa chungueta que pase.

—Un punto de vista un poco simplón, pero estás en tu derecho de pensarlo.

Me acerco hasta uno de los agentes encargados de controlar los calabozos, para darle las indicaciones.

—Por cierto... ¿Qué pasó con el apestoso que casi se escapa? — le pregunto.

—Ufff. Ha empezado a mearse en la celda, manchando a los otros reclusos. Era como un aspersor de micción. Hemos decidido sacarlo de allí y ponerlo en una celda individual, cuando aprovechando el momento de incertidumbre por parte de los agentes que intentaban evitar ser salpicados, ha empezado a correr como un loco. Pero lo importante es que al final lo hemos podido devolver a la celda.

—¡Vaya historia! Apúntatela para contarla a tus nietos.

—Ya me gustaría verte a ti en una situación como esta.

—Ojalá no me toque nunca enfrentarme a un concierto de olores como este. Tenéis todo mi apoyo moral. — le comento acompañado de una breve sonrisa irónica.

—Supongo que no sólo has venido a cachondearte de nosotros. ¿Verdad?

—Cierto. Debéis soltar a Joe el Oso. Podéis empezar el papeleo, pero si lo demoramos unas horas, tampoco pasa nada.

—Bien, tomo nota.

—Perfecto, gracias.

Tengo que reconocer que lo acontecido en los calabozos, ha logrado hacerme olvidar durante un instante todos mis dolores de cabeza, pero por desgracia, es como un espejismo en medio del desierto.

Me ha dejado bien jodido este segundo asesinato, la víctima no tiene ningún tipo de relación con la mujer que mataron en el parque Wolf Creek, pero debido al testigo de este segundo asesinato, parece bastante claro que el asesino fue el mismo.

No puedo permitir que un loco aterre mi ciudad y quedándome encerrado en un despacho no conseguiré nada. Me subiré en mi coche y empezaré a patrullar por la ciudad, tomando especial atención a todos los que vayan montados en patinete eléctrico. Tengo que evitar por todos los medios que vuelva a matar de nuevo.



CAPÍTULO 4.

EL LAGO

Jueves, 6 de diciembre

Me he pasado toda la noche metido en mi coche dando vueltas por la ciudad. La cafeína ha sido mi única compañera. Sobre las tres de la mañana, he echado una cabezadita durante un par de horas, estirado en la parte de atrás de mi coche. Me he despertado con un horrible dolor de espalda.

Paso un momento por mi apartamento para una ducha rápida y poder cambiarme de ropa, de lo contrario podría llegar a ahogarme con mi propio hedor. Sin demorarme demasiado, vuelvo a mi coche para seguir con mi obsesiva patrulla.

Estoy parado frente a un semáforo esperando que se ponga en verde. Está cruzando el paso de peatones una señora mayor con la ayuda de un andador. Observarla es todo un evento hipnótico, a paso lento pero firme, levantando el andador para moverlo unos centímetros hacia adelante y dar un pequeño pasito, una y otra vez. Da la sensación de que no vaya a completar la tremenda proeza de cruzar la calle. Me hace sobresaltar el tono de llamada de mi móvil, miro la pantalla y veo que es Chloe, ahora que lo pienso, ayer no volví a hablar con ella desde que me dejó en comisaría.

—Andy. ¿Dónde te has metido?

—Estoy en mi coche, dando vueltas por la ciudad, para mirar de anticiparme al hijo de puta que está matando de manera indiscriminada.

—Eso es como buscar una aguja en un pajar. No conseguirás nada.

—Quizás sí, pero al menos me siento más útil que estando encerrado en un despacho.

—Pues te acompaño, entonces.

—No. Mejor, mira de seguir indagando y me vas informando si hay cualquier novedad.

—¡Qué cabrón! Siempre te quedas la mejor parte.

—Sí, claro. Ni que estuviera en una suite con jacuzzi en un hotel de cinco estrellas.

—Tampoco te pongas así. Bueno, cualquier cosa ya te cuento.

De vez en cuando me detengo con el coche, durante alrededor de una hora y me quedo observando la gente que va de aquí para allá, en el ajetreo diario. No tengo un criterio concreto para escoger mis puestos de vigilancia, me dejo llevar por mi intuición. Es toda una ardua tarea, monótona, pero alguien tiene que hacerla. En cuando veo a alguien montando en un patinete eléctrico, lo sigo sigilosamente sin que pueda percatarse de mi vigilancia. Pero hasta el momento no he tenido demasiada suerte.

Ya está llegando la hora de distraer al estómago. Hoy aún no he visto a Caroline, así que aprovecharé para ir a la cafetería donde trabaja para poder comer algo y disfrutar de su compañía.

Me extraña no verla por los ventanales de la cafetería. Entro y veo que en la barra hay otra chica.

—Hola. ¿Sabes dónde está Caroline?

—Hoy no ha podido venir.

—¿Qué le ha pasado?

—No lo sé. Ha llamado diciendo que no se encontraba bien y que no podría venir a trabajar.

—Qué extraño, ya miraré de hablar con ella. Por cierto... no te había visto nunca por aquí.

—Es la primera vez que vengo. Soy la hija del propietario. Mi padre me ha pedido que le ayude a atender la cafetería porque no tenía a nadie más.

—Muy bien. Yo soy un cliente fijo de esta cafetería. Encantando de

conocerle.

—Igualmente.

Cojo mi móvil, busco el número de Caroline y pulso la tecla de llamada. El teléfono va sonando, pero nadie descuelga al otro lado. Me está empezando a preocupar. Tengo que ir a su casa para asegurarme que está bien. No es normal que no venga a trabajar, espero que sea un simple catarro.

Vive en una casa situada en una zona residencial a veinte minutos en coche de su trabajo. Al llegar, la veo en la puerta, intentando evitar que entre el mismo tipo que nos increpó el otro día mientras comíamos. Se percibe la tensión desde lejos. Me acerco para poder ahuyentarlo, a la vez que me fijo en unos moratones que Caroline tiene en el ojo y el pómulos derecho.

—¡Déjala tranquila! — le increpo.

—¿Qué coño haces tú aquí?

—Te está diciendo que te vayas. Haz el favor de irte, si no quieres buscarte problemas.

—¿Acaso te crees que tu placa me infunde miedo alguno, policía de pacotilla?

—Miedo a pasar unos días en el calabozo, quizás sí. ¿Has sido tú el que la ha golpeado?

—Andy, por favor, no quiero problemas. — me dice Caroline con la voz rota.

—Te he preguntado si has sido tú el que le ha hecho esos moratones. ¡Contestas, joder!

—¡A ti que te importa!

—Me importa y mucho.

—Como no me dejes tranquilo te vas a ir calentito a casa. No estoy para hostias.

—¿Estás amenazando a un agente de policía?

—No. Te estoy amenazando a ti, pringado.

—Tú te lo has buscado. Pegar a mujeres es de cobardes y no puedo dejarlo pasar.

—Mira como el morenito se me está poniendo chulito. — me suelta una sonrisa burlona.

Sin pensármelo dos veces lo empujo hacia la pared para intentar inmovilizarlo, pero se escabulle y me suelta un puñetazo en el estómago que me deja doblado. Antes que pueda incorporarme, me golpea en la cabeza con su rodilla, un golpe bajo en toda regla. No me debo amedrentar o de lo contrario me enviará al hospital.

—¡Por favor, parad ya! — grita Caroline.

Me ha dejado un poco atontado por el golpe, pero consigo incorporarme, desenfundo mi pistola y lo apunto en la cabeza.

—Con la pistoletita ya te crees más hombre. ¡Eres una nenaza!

—La nenaza te va a llevar arrestado a comisaría.

Lo empujo a la pared y le pongo las manillas. No opone mucha resistencia, ahora que tiene un arma apuntándole.

—¿Y de qué me piensas acusar?

—De violencia de género y agresión a un agente de policía. ¿Te parece poco?

—¡Todo eso es mentira!

—Te voy a poner a disposición judicial y ya se verá por dónde sale el sol.

—Eres un puto rastrojo.

—Lo que tú digas.

Me lo llevo hasta mi coche y hago que se siente en el asiento de atrás.

—Ahora te quedas un momento aquí tranquilito.

—¡Suéltame, cabrón!

Voy hasta donde está Caroline para ver cómo se encuentra.

—Andy, podía ocuparme yo sola.

—¿Este trozo de carne te ha puesto la mano encima?

Baja la mirada, con los ojos mojados.

—Caroline, quiero ayudarte. Pero necesito que vengas conmigo a comisaría para poner una denuncia contra este tipo.

—Lo siento, pero no.

—No quiero que te vuelva a hacer daño. Al menos ves al hospital para que te hagan una exploración.

—Por favor, déjame sola.

—Bueno. No quiero insistir. Que sepas que estoy aquí para cualquier cosa que necesites.

Sin casi dejarme que acabe de hablar, se gira y cierra la puerta de su casa. Supongo que tendré que darle su espacio, pero tampoco tengo muy claro la mejor forma de actuar en estos casos.

El trayecto hasta comisaría es de lo más entretenido, con el atontado que llevo atrás sin parar de dar la murga. Quizás se crea que tocándome lo que no suena, vaya a ser más indulgente con él. ¡Pobre desgraciado!

Aparco el coche y al entrar en comisaría lo entrego a un agente para que haga todo el papeleo y lo encierren una noche en el calabozo, como mínimo. Ya será cosa del juez, decidir si debe estar más tiempo entre rejas o no. El hecho que Caroline no ponga una denuncia no ayudará, por desgracia.

Vuelvo a mi coche para proseguir con mi patrulla. Aunque no consigo quitarme de la cabeza todo lo acontecido en casa de Caroline. Realmente desconocía que estuviera siendo acosada y maltratada. Tengo que ver la mejor manera de poder ayudarla, porque seguro que lo estará pasando muy mal.

Ya es plena noche en Seattle, el sol nos abandona con facilidad. Siempre me ha parecido curioso observar a la gente que pasea tranquila por la calle sin saber la de peligros que acechan. Quizás es mejor así, de esta manera se vive más relajado. Ya se sabe el dicho de “ojos que no ven, corazón que no siente”.

Veo a lo lejos por el retrovisor de mi coche, a un tipo que va a toda velocidad en un patinete eléctrico, con el rostro cubierto. No es nada normal ir

a esas velocidades, por lo que tendré que mirar de detenerlo y hacerle algunas preguntas. Arranco el coche y me dirijo a interceptarlo, cruzándome en su paso. No consigo verle bien la cara, casi no hay luz en esta parte de la calle. No está para nada receptivo. Al verme, gira bruscamente ciento ochenta grados y entra por un estrecho callejón, por el que ni loco podría pasar con el coche. Bajo rápidamente del coche.

—¡Alto! Policía de Seattle. — le grito.

Ni puñetero caso. Empiezo a correr detrás de él, la ventaja de la velocidad del patinete le permite ampliar la distancia entre los dos. Pero no voy a tirar la toalla, cojo energías de donde no las hay para acelerar el ritmo. Mi corazón está como para salirse del pecho. ¡Que escurridizo que es el cabrón! Vuelve a cortar por otra calle, sigo corriendo como un poseído, no quiero que se me escape. Veo que se para y está plegando su patinete para cargarlo en la espalda. Parece que la maniobra la tiene muy bien entrenada, porque logra realizarla en cuestión de segundos, para acto seguido meterse dentro de un edificio de viviendas. Por suerte aún no lo he perdido de vista y consigo seguirlo por las escaleras del edificio. ¡Con lo que me cabrea subir escaleras!

Suena mi móvil. ¡Qué oportunos! Quien sea, tendrá que esperar. Veo que se quita de encima a una mujer que lleva un par de bolsas y hace que se resbale por las escaleras, rebotando por los escalones. No puedo detenerme a ayudarla, debo seguir y la esquivo como puedo.

—¡Detente cabrón! — le vuelvo a gritar.

Ya estamos en la tercera planta y veo que sale de la escalera para acceder al pasillo de entrada a las viviendas de esa planta. ¡Qué manera de marearme! Casi pierdo el equilibrio al girar para seguirlo, pero consigo mantenerme en pie. Se ha metido en un apartamento, empujando sin contemplaciones a una señora mayor que estaba intentando entrar en su vivienda. La veo tirada al suelo con su perrito que le está lamiendo la cara. Ahora creo que se ha metido en la boca del lobo, sin salida aparente. Empiezo a mirar por todos lados en el apartamento, pero no sé dónde se ha metido. Miro en el salón, la cocina y en el baño, pero nada. Me acerco a la única habitación que hay, pero tampoco está aquí. Miro por la ventana y veo que está bajando por la escalera de emergencia del edificio. ¡Jodidas escaleras de emergencia! Me meto por la

ventana para bajar por las escaleras, mientras me fijo en que el tipo escurridizo ha vuelto a abrir su patinete a una velocidad pasmosa, y se está alejando por una calle perpendicular. Bajo lo más rápido que puedo y voy corriendo hasta el último punto en el que lo he visto, pero ya es demasiado tarde, le he perdido el rastro. ¡Mierda! Con todo lo que me ha hecho correr, para nada.

Necesito recuperar el aliento, me ha obligado a dar lo mejor de mí. Miro mi móvil para ver quién me había llamado antes. Era Chloe, pulso el botón de devolver llamada para ver qué quería.

—¿Me has llamado?

—Sí, Andy. Ha habido otro asesinato. Esta vez en el Parque Magnuson.

—¿Cuándo?

—Hace no más de media hora.

—¡Joder! ¡Joder! ¡Joder!

—¿Qué pasa?

—Hace nada, estaba persiguiendo a un sospechoso que iba con la cabeza cubierta y montado en un patinete eléctrico. He intentado que se detuviera, pero no ha habido manera. Al final, el cabrón se me ha escapado después de hacerme sudar de lo lindo.

—¿Qué dices?! — exclama extrañada.

—Sí, sí. Estoy convencido que era el puto asesino y regresaba tras llevar a cabo la tercera agresión.

—¿Has logrado verle la cara?

—No ha sido imposible.

—¡Qué mala leche, joder!

—No te preocupes, conseguiremos atraparlo. No podrá escaparse eternamente.

—Dios te oiga.

—Bueno, yo voy ahora para allí. ¿Vas a venir tú?

—Por supuesto. Nos vemos allí.

Tengo que volver andando hasta mi coche. La persecución me ha dejado agotado. No paro de darle vueltas al hecho que he estado a punto de pillar al asesino. He estado muy cerca y me cabrea no haber, al menos, podido verle la cara.

¡La que me faltaba! Mi coche se había quedado atravesado ocupando parte de la acera y parte de uno de los dos carriles de circulación. Me encuentro a una camioneta de reparto de paquetería, empotrada en la parte lateral derecha de mi coche. Su conductor está fuera hablando por el móvil.

Mi coche está bastante magullado, pero a primera vista parece ser sólo cosa de la carrocería. No estoy ahora para hacer partes de accidentes. Mientras me dispongo a entrar en mi coche, le digo al conductor de la camioneta.

—Soy el Detective Morales, del Departamento de Homicidios de la Policía de Seattle. Hable con la central para cualquier dato que necesite.

—¡Oiga!

—Lo siento, el deber me llama.

Esta frase, por la de veces que la digo, debería grabarla con el móvil y reproducirla, en lugar de estar gastando saliva.

Arranco el coche, el rugido del motor me sirve para saber cómo está mi querido Corvette, todo correcto. Voy escuchando unos ruidos en la puerta del copiloto, pero entra dentro de lo normal, dadas las circunstancias. Por el retrovisor, veo al conductor de la camioneta corriendo hacia mí y gritándome, aunque no consigo escuchar lo que dice. ¿Acaso espera alcanzar un coche simplemente usando sus piernas? ¿Acaso se cree que es un hombre biónico? Como era de esperar, se cansa rápidamente y se detiene, no sin continuar haciendo unos movimientos bien ridículos con los brazos.

No estoy muy lejos del Parque Magnuson. Es un sitio precioso, rodeado de verde y con una parte de costa bañada por las aguas del Lago Washington. Es el segundo más grande de Seattle con unas 140 hectáreas. Cuenta con varios campos deportivos, un área de picnic, una playa en la que poder darse un buen chapuzón, veleros públicos y grandes extensiones de césped. Me trae muchos

recuerdos, porque nuestros padres nos traían aquí cuando éramos pequeños.

No veo el coche de Chloe, parece que he llegado primero. Me acerco a uno de los agentes que han acordonado las diferentes entradas al parque.

—Soy el Detective Morales de homicidios.

—Hola Detective. Me llamo Hassan.

—No te había visto nunca.

—Hace poco que estoy en Seattle. Me han trasladado desde Los Ángeles.

—Vaya cambio. No tengo muy claro si para bien o para mal.

—No sabría decirle.

—Bueno... ¿Dónde está el cadáver?

—No hay cadáver. La víctima, hasta donde yo sé, sigue viva. Está en uno de los senderos dentro del parque. Le acompaño, porque está complicado de encontrar.

—Vaya, buenas noticias entonces.

Nos adentramos en el parque y nos vamos metiendo por diferentes senderos que se van cruzando. ¡Como para perderse! Al final llegamos al lugar de los hechos.

—Gracias Hassan. Ya sigo yo.

—De nada, Detective.

Para empezar, no veo que haya ningún cuerpo, ni consigo ver la víctima por ningún lado. Me acerco a uno de los agentes que hay en lo que parece ser el sitio donde se perpetró la agresión.

—Éste también te ha tocado a ti, Paul.

—Ya ves que sí.

—¿Qué tenemos?

—Hemos encontrado a una mujer vestida con ropa deportiva, suponemos que estaría haciendo footing. Por la hora, había poca luz y menos por este sendero. Tiene 26 años. La han golpeado bruscamente en la cabeza con un

martillo de mazo y ha caído desplomada. Con un golpe tan brutal debería haber muerto en el acto, pero logró sobrevivir.

—Eso me han comentado.

—Sí. Ya se la han llevado al hospital.

—¿Hay testigos?

—Por el momento, nada.

—¿Tenemos el arma?

—Sí. La vamos a enviar al laboratorio para que analicen si hay huellas o cualquier otro tipo de rastro.

—Ok. Aunque dudo que encontremos nada. Si ha dejado el arma aquí, es porque quería que la encontráramos.

—Es posible.

—¿Quién ha encontrado a la víctima?

—Hemos recibido una llamada anónima a emergencias sobre las 19:30h, pero cuando hemos llegado ya no estaba el que haya llamado, sólo hemos encontrado a la chica tirada en el suelo. Los paramédicos la han estado revisando y rápidamente se la han llevado al Hospital de la calle Roosevelt Way.

—Pero si hay uno más cerca.

—Lo sé. Pero creo que tienen el servicio de Urgencias a medio gas por culpa de unas reformas que están haciendo en el Hospital.

—Bueno.

Veo que se acerca Chloe.

—Ya no hacemos nada aquí, Chloe.

—Pero si acabo de llegar. ¿Qué pasó?

—La víctima aún sigue viva y la han llevado al hospital. Hay que ir a informarnos de su estado.

—Si te parece, me quedo aquí para ver si consigo averiguar algo más. Cualquier cosa ya nos hablamos.

—Ok.

Vaya día más movidito. Me voy para el hospital, con mi coche llorando por su puerta maltrecha, no paro de escuchar sus quejidos. Estoy ansioso por saber si la víctima está consciente y nos pueda dar algún detalle sobre su agresor. Voy conduciendo con mi cabeza pensando en mil cosas, parece mentira como hay momentos en los que somos capaces de conducir sin ser conscientes de ello, tal cual como si tu subconsciente tomara el mando de tu cuerpo, mientras tu cabeza está en otros menesteres. Hay cosas de la mente humana que no dejan de sorprenderme día a día.

Al llegar al Hospital, aparco donde puedo y entro por Urgencias. Me acerco a recepción, pero por desgracia no puedo hablar con la víctima porque está en el quirófano. No me queda otra opción que esperar para poder hablar con el médico y poder saber si será posible que le pueda hacer unas preguntas a la víctima.

Dos largas horas dando vueltas en la sala de espera, café en mano y desgastando las suelas de los zapatos, hasta que al final se me acerca el cirujano que ha atendido a la víctima.

—Me han dicho que quería hablar conmigo.

—Sí, Doctor. Soy el Detective Morales, del Departamento de Homicidios de la Policía de Seattle. Quisiera que me informara sobre la evolución de la paciente que ha sido agredida en el Parque Magnuson.

—Su pronóstico es grave. La hemos intervenido de urgencia debido a que la fuerte contusión con la que ha llegado al hospital, le ha causado una lesión cerebral traumática grave, por culpa de un pedazo roto de cráneo que ha penetrado en el tejido cerebral.

—Pero... ¿Se recuperará?

—De momento está descansando en la Unidad de Cuidados Intensivos después de una dura intervención. No está claro que pueda despertarse y no podemos hacer otra cosa que esperar.

—Esperaremos entonces a tener noticias. Les dejo mi tarjeta. ¿Me podrán llamar en cuando se despierte?

—Sí, se lo diré a las enfermeras.

—Muchas gracias, Doctor.

Ya poco puedo hacer, solo me queda esperar. Confío que finalmente pueda recuperarse y nos aporte luz al caso que nos ocupa. Creo que esta noche dormiré en casa, necesito una cama para reponer fuerzas.



CAPÍTULO 5.

EL MENSAJE

Viernes, 7 de diciembre

Me despierta la dichosa musiquita de mi móvil. Nunca encuentro el momento de cambiarla. ¿Quién osa perturbar mi sueño de buena mañana?

—¿Detective Morales?

—Sí, soy yo.

—Llamo del hospital, para informarle que la chica que entró ayer con una lesión cerebral grave ha fallecido.

—¿Cuándo?

—Hace dos horas.

—¿No llegó a despertarse?

—No. Lo siento.

—Ok. Gracias por llamar.

—De nada. Que pase un buen día.

—Igualmente.

¡Mierda! La suerte no nos acompaña. Tenía fe en que se pudiera recuperar. Pobre chica, con lo joven que era. Es una lástima que haya tenido que acabar de esta manera tan cruel. Otra vida expulsada brutalmente del mundo, mientras el ruin agresor continúa libre para poder seguir perpetrando sus crímenes.

Empezamos bien el día. ¡Maldita sea!

Veo en mi móvil que tengo un mensaje del Teniente Williams de hace media hora.

“Ven cagando leches a la comisaría.”

No es nada normal que me escriba, estará pasando algo muy gordo. Una ducha rápida, me visto y me voy corriendo a mi puesto de trabajo. Hoy no podré ni tomarme un café en condiciones.

En comisaría está el ambiente muy revolucionado, más de lo normal. La tensión se puede cortar con un cuchillo y eso me tiene intrigado, por lo que no pierdo ni un minuto para poder hablar con el Teniente. Me acerco hasta su despacho, pero no está. A lo lejos escucho que me llaman.

—¡Andy! Contigo quería hablar. — es el Teniente que se acerca hacia mí con porte serio. — Entremos en mi despacho.

—¿Dónde está mi compañera?

—Ella ya está informada de todo.

—Ok.

—Lo del asesino del patinete se nos está descontrolado. Tengo a los medios de comunicación que no paran de incordiar y debemos mover ficha.

—¿Cómo?

—Vamos a dar una rueda de prensa para explicar lo que está pasando. De esta manera, mandaremos un mensaje de tranquilidad a la población y, por otro lado, nos puede servir para que el asesino se vea más presionado al saber que tendrá mil ojos en la calle que podrían delatar sus movimientos.

—No creo que sea una buena idea.

—No te lo estoy preguntando, sólo te hago partícipe de lo que vamos a hacer.

—Bueno, tú mandas. Yo sólo doy mi opinión. ¿Cuándo se hará público?

—Ya están viniendo los medios de comunicación para aquí.

—Pero... ¿Por qué tanta prisa?

—No es sólo cosa mía. Me están presionando de arriba. Quieren ver avances cuánto antes.

—Pues nada. Que sea lo que Dios quiera. — digo medio susurrando.

Ya están preparando un atril fuera de la comisaría donde poder atender a los medios. La Jefa de Policía, Amanda Moore, será la encargada de dar el mensaje. A todos los que estamos relacionados con el caso, nos indican que nos pongamos detrás suyo.

Todo está listo y los periodistas ansiosos para escuchar lo que tengamos que decirles. Empieza el discurso la Jefa Moore.

—Buenos días a todos y gracias por venir. Los hemos convocado para explicarles los acontecimientos de los últimos días y que deben ser tomados en consideración por la opinión pública. Hay una persona que aún no tenemos identificada, que ha perpetrado tres asesinatos hasta la fecha. En los tres ataques, ha ido montado en un patinete eléctrico y vestido con una chaqueta gris oscuro, con la cabeza cubierta. Este es el único punto de unión de las tres agresiones. No queremos que se cree ninguna alarma, pero pedimos que todo el mundo esté alerta. En caso de cruzarse con cualquier sospechoso que coincida con la descripción, se deberá llamar a la policía para que podamos actuar. Pero nunca entrar en contacto con él. Por el momento, esto es todo. ¿Alguna pregunta?

—Kira Burns, de Noticias 10. ¿Nos podrían decir qué pistas están siguiendo?

—No puedo hablar sobre eso, lo siento. Pero les puedo asegurar que el sospechoso acabará siendo detenido.

—Max Boyer, del Seattle Times. ¿Qué métodos usa el agresor para cometer los asesinatos?

—No podemos dar ese tipo de información. Creo que lo mejor será que lo dejemos aquí. Les tendremos informados si hay novedades.

La Jefa se da la vuelta para meterse dentro de la comisaría. Pero los periodistas tienen más hambre de información, no paran de levantar las manos para ser tomados en consideración y lanzar preguntas al aire, sin nadie que les responda. Parece mentira lo insistentes que pueden llegar a ser.

Bueno, ya está hecho. Ahora a cundir el pánico. No creo que alarmar a la población sea la mejor opción, pero el que manda, manda. Hasta ahora había salido alguna información filtrada a los medios, pero en ningún caso

confirmada. Quizás sirva para que el asesino se sienta más controlado y desista en su empeño, quién sabe. Esperemos que así sea.

Estoy en mi mesa mirando unos datos por ordenador. La tecnología y yo, tenemos una relación de amor y odio. Cuando pongo mis dedos encima de un teclado, noto como se convierten en gruesas salchichas que hacen que mis movimientos se ralenticen, como si cada dedo se viera incordiado por su semejante. Todo un patoso de la mecanografía. Me han hablado de los sistemas de control por voz, quizás algún día pido a alguien que eche un cable.

Mientras estoy concentrado apaleando al teclado, se me acerca por detrás Chloe sigilosamente y me susurra al oído.

—El Teniente nos llama.

—¡Joder! Me pillaste desprevenido.

—Vaya salto de la silla que has dado. Eso no tiene precio. — dice entre risas.

—Qué mala que eres, por Dios.

—Venga, vamos. Que ya sabes que no le gusta que le hagan esperar.

Entramos en el despacho del Teniente Williams y no indica que nos sentemos. Si te hace sentar, nunca es para nada agradable.

—He recibido una llamada de los de arriba en la que me han informado que, si no presentamos avances en el caso del asesino del patinete, nos lo quitarán y pasará a manos del FBI. — nos informa.

—¡¿Cómo?! — exclamo.

—Eso mismo les dije yo. Parece que no creen que podamos resolver el caso. Y quieren evitar que pueda ir creciendo y que se convierta en todo un problema de orden público en toda regla.

—Ni que los del FBI tuvieran una varita mágica. ¡Vaya mierda! — contesto.

—¿Y cuándo se harán cargo del caso? — pregunta Chloe.

—Aún no lo sé. Pero estoy intentando que sea lo más tarde posible. Por

eso debemos mirar de acelerar la investigación para poder demostrar que podemos ocuparnos nosotros solos.

—Genial. Ahora nos pondrán una canguro para sacarnos los mocos.

—Ya os avisaré cuando tenga más información.

—Ok. — contesta Chloe.

Me giro bruscamente para hacer visible mi cabreo. Sólo nos faltaba tener que aguantar a uno del FBI, se creen que lo saben todo y actúan con prepotencia, como si fueran los salvadores de la patria. Me jode que tengan nula confianza en nuestro trabajo y cuando hay un caso importante, rápidamente a llamar a los estirados del FBI.

Me voy a poner un café para ver si un poco de cafeína sirve para despejarme. Noto como mi móvil empieza a vibrar dentro del bolsillo del pantalón donde lo llevo, lo tenía puesto en silencio. Estoy sacando el móvil, cuando de repente se me resbala la taza y se cae el café que llevaba en la otra mano. ¡Joder! Si es que no se pueden hacer dos cosas a la vez. Todo el café tirado por el suelo, una gran mancha negra se está cachondeando de mí. Con unas servilletas de papel que encuentro, miro de limpiar los restos de café. Al menos he tenido suerte por no haberme manchado, que hubiera sido más que probable por cómo se me ha caído la taza. Miro el móvil y veo que me había llamado mi hermana. No estoy de humor para hablar y me pongo a escribirle un mensaje.

Yo: “Hola Sophie, he visto que me has llamado.”

Sophie: “Quería hablarte acerca de la herencia. Tenemos que tomar decisiones cuanto antes.”

Yo: “Mañana podría quedar.”

Sophie: “Perfecto. Voy a llamar a Landon también. ¿Te parece bien que quedemos en mi casa a las 11h?”

Yo: “Sin problemas.”

Sophie: “Perfecto. Hasta mañana.”

Todo el espectáculo de la herencia me tiene superado, pero está claro que hay

concretar qué debemos hacer entre los diferentes hermanos.

No sé nada de Caroline desde ayer. Por suerte, su ex novio sigue en el calabozo a la espera que el juez dictamine si debe seguir entre rejas o bien lo pone en libertad, es un peligro público y más aún para mi querida Caroline, así que espero que el juez no sea indulgente con él.

Voy a llamarla para saber cómo está. El teléfono suena, suena, suena y sigue sonando, pero no me lo coge. Quizás esté trabajando hoy, espero que así sea, sin duda eso sería una buena señal.

Me escaparé hasta la cafetería donde trabaja, necesito saber de ella. Llego corriendo y no me paro a mirar desde afuera. Entro de golpe sin pensármelo y mi mundo se ilumina de golpe al verla allí, la noto un poco decaída, pero después del espectáculo de ayer, es comprensible. Está atendiendo una mesa, por lo que me acerco hasta la barra y me siento a esperarla.

—Hola, preciosa.

—Hola, Andy.

—¿Qué tal te encuentras?

—Bien.

—Te pido mil disculpas por el numerito de ayer, pero tu ex novio no me dejó otra opción.

—Juego de gallitos. Ya sé cómo funciona todo esto.

—No es eso. De lejos vi que te estaba molestando y peor aun cuando me fijé en los moratones que tenías. ¿Qué querías que hiciera? ¿Irme como si no hubiera visto nada?

—Quizás sí. Sé defenderme solita.

—No lo dudo, pero los tipos violentos como ese, se les debe parar los pies, de lo contrario se crecen y se pueden convertir en una peligrosa amenaza.

—Sé que lo hiciste con toda tu buena intención, pero debes entender que no me gusta que otros me saquen las castañas del fuego.

—Tomo nota. Pero espero que no me lo tomes en cuenta. Estoy empezando

a conocerte.

—Ok.

Me regala una breve sonrisa que me derrite por completo.

—¿Te gustaría que fuéramos al cine en cuando salgas de trabajar?

—No estoy yo para películas.

—Podemos ver alguna comedia. La risa es la mejor de las medicinas.

—No sé.

—¡Venga mujer! Ya verás cómo nos lo pasaremos genial y así podrás desconectar de los malos rollos.

—Creo que prefiero relajarme sola en casa.

—Encerrarse en casa no soluciona nada, es peor.

—Es posible.

—¿Quedamos, entonces?

—Bueeeeno.

—Genial. Te esperaré fuera cuando acabes tu turno.

¡Objetivo conseguido! Mi poder de persuasión continúa intacto.

Me quedo esperando al lado de la puerta de la cafetería, apoyado en la pared, mientras mi pie derecho ha cobrado vida propia y se mueve al ritmo de una melodía que se me ha quedado grabada en la cabeza por una canción que he escuchado en la radio.

Parece que sale alguien del local, giro la cabeza y veo a la hermosa Caroline. Abandono mi posición de apuntalamiento del edificio y me acerco a ella.

—Hola, preciosa.

—Perdona, pero me he demorado porque no me cuadraba la caja.

—¿Todo bien?

—Me faltaban veinte dólares y no ha habido manera de encontrar el descuadre. Esta vez me los perdonan, pero ya me han dicho que la siguiente

los tendré que poner de mi bolsillo.

—Con tanto movimiento de clientes, supongo que es normal que pueda haber cualquier error al cobrar.

—Así es.

—Bueno, son cosas del trabajo. Pero ahora, nos olvidamos de todo y nos centramos en pasar un buen rato. ¿Te parece?

—Lo intentaré.

—Muy bien. He pensado que podríamos ir andando a los cines que hay en el Centro Comercial de Northgate. Es una media hora andando, pero como hace un buen día, puede ser un paseo muy agradable.

—Me parece bien.

Empezamos a andar, a paso lento, tampoco tenemos ninguna prisa. Pongo mi brazo encima de sus hombros, es toda una prueba de fuego de si vamos por buen camino. No me hace ningún gesto para que abandone mi intento de acercamiento, vamos bien.

—He visto por las noticias, la rueda de prensa que habéis dado en la policía. ¿Todo lo que han dicho es verdad?

—Me temo que sí. Pero no hay que alarmarse, porque estoy convencido que pronto capturaremos al asesino.

—No podemos estar nunca tranquilos. Cuando no es una cosa, es otra.

—Pues sí. Pero en toda sociedad siempre hay manzanas podridas, por eso debemos ser capaces no sólo de detectarlas, sino también de ponerlas fuera de circulación por el bien de todos.

—Sabiendo el peligro que hay en la calle... ¿crees que es buena idea que vayamos andando, en lugar de ir en coche?

—No podemos limitar nuestros movimientos por el hecho de que haya un loco suelto por la ciudad. Por otro lado, debes tener presente que estás acompañada de un policía armado, dispuesto a defenderte de cualquier peligro.

—Esperemos que no tengas que sacar tu pistola.

—No te preocupes.

El trayecto ha sido tranquilo y relajado, lo que ambos necesitábamos. Al llegar al cine, toca la complicada tarea de escoger una película. La verdad, a mí me da igual, sólo es una excusa para estar con ella, así que dejo que escoja.

—¿Vemos esta película de terror? — me pregunta.

—Sí. Dudo que ninguna película pueda superar las cosas que he llegado a ver por las calles.

—Nunca se sabe. Te sorprenderías de la imaginación que tienen algunos guionistas. ¿Eres de los que chillan cuando se asusta? — me pregunta acompañado de una sonrisa pícaro.

—Si te digo que sí, estaré atacando mi virilidad. Si te digo que no, parecerá que soy un estirado. Así que mejor me abstengo de contestar.

—Pronto sabremos la respuesta.

Lo bueno de esta elección es que quizás sirva para que se agarre fuerte a mí, mientras grita porque aparece un bicho raro.

—Va a empezar en quince minutos, compro las entradas y entramos.

—Perfecto.

Por suerte no hay mucha gente comprando entradas y eso también se ve reflejado dentro de la sala, está bastante vacía. Mejor, así estaremos más tranquilos.

—Nos sentamos en las butacas de atrás. ¿Sí? — le comento.

—Demasiado lejos. Mejor en las del centro, así veremos mejor la película.

—Como quieras.

Preferiría las de atrás, siempre hay más intimidad. Nos sentamos en las butacas que ha escogido y justo en ese momento, me dice.

—¿Podrías ir a comprar palomitas?

—Ya podrías habérmelo dicho antes.

—Sí, pero se me pasó. Al sentarme, me ha venido un olor a palomitas que

me ha hecho entrar el antojo.

—Bueeeeno. Ahora voy. ¿Alguna bebida?

—Un refresco de cola.

—¡Oído cocina!

Me levanto un poquito molesto. Ya estaba sentado y la mar de tranquilo. Mientras voy por el pasillo que hay entre las butacas, hasta la puerta de salida situada en la parte posterior de la sala, me parece ver a mi hermano en la última fila de butacas. Acelero mi paso para ver si es él, cuando de repente, se levanta y sale corriendo de la sala. Qué extraño, quizás tuvo una urgencia y se fue rápidamente al baño. Salgo de la sala, pero no lo veo, tampoco en los servicios. Es posible que no lo viera bien, estaba bastante oscura esa zona de butacas.

Tengo que ir a comprar los caprichos de Caroline y evitar tener que entrar en la sala cuando ya haya empezado la película. Una larga cola para comprar cosas con las que entretener el estómago durante la proyección de la película. Parece mentira la manía que tiene la gente de comprar tonterías que no son precisamente baratas y tirar el dinero de una manera tan absurda. La espera en la cola se está haciendo muy pesada, pero consigo comprar lo que me había pedido mi chica y entrar en la sala antes de que empiece la película. ¡Objetivo conseguido!

La película ha sido un tremendo aburrimiento, no paraba de mirar la hora en el reloj. No era terror ni nada que se le pareciera. Un argumento de pena, sin contar que a los actores seguro que les dieron el título en una feria. Una pura bazofia.

—Ya no saben hacer películas de terror como las de antes. ¿No crees?

—A mí me ha gustado.

—Quizás no hayas visto películas que son todo un referente en el género de terror, como, por ejemplo, Poltergeist. Ahora que pienso... ¿No te has preguntado nunca, si quizás tus padres te pusieron tu nombre por la niña de la película Poltergeist? “Caroline, corre hacia la luz”.

—Esa broma no es nada original. En el colegio no paraban de molestarme con eso. Tanto... que le cogí manía a esa película y nunca quise verla.

—Pues es una de las mejores películas de terror de todos los tiempos.

—Si tú lo dices.

—Bueno... ¿Te apetece que vayamos a comer a un restaurante tailandés que hay aquí al lado? — le comento.

—Hmmm. No he probado nunca ese tipo de comida.

—Siempre hay una primera vez.

—Bien. Vamos, entonces.

El restaurante está a cinco pasos del cine. No hay demasiada gente, por lo que nos dan una mesa rápidamente. El hecho que no haya muchos clientes, siendo la hora que es, no es muy buen augurio. Nos traen la carta y está llena de platos con nombres extraños.

—Yo tampoco tengo mucha hambre. Me pediré un Pad Thai, que veo que son fideos fritos con verduras.

—Muy bien. Yo me pido el pato asado con arroz. ¿Para beber qué te apetece?

—Probaré un Thai Tea.

—¿Quieres un té?

—Sí, puede estar bien.

—Ok. Yo me pediré una cerveza normal.

Se acerca una camarera asiática para tomarnos nota, va vestida con lo que supongo debe ser un traje típico de Tailandia. No habla demasiado bien nuestro idioma y tenemos que repetirle varias veces lo que queremos. Espero que finalmente lo haya entendido.

—Es un sitio bien curioso este restaurante. ¿Verdad? — le comento a Caroline.

—Pues sí. Me da la sensación de que hubiéramos viajado a Tailandia.

—Quién sabe si algún día tenemos la oportunidad de viajar allí los dos.

—Todo es posible.

Nos traen la comida en un abrir y cerrar de ojos. No acabo de entender cómo en algunos sitios pueden llegar a cocinar tan rápido.

El pato que he pedido está bastante bueno.

—¿Qué tal tu plato? — le pregunto.

—Tiene un gusto curioso, pero no está mal. Será cosa de la cocina exótica.

—Mi plato está muy bueno. ¿Quieres probar?

—No, gracias.

Acabamos de comer y pedimos la cuenta. Estoy viendo cómo se va empalideciendo el rostro de Caroline. Espero que sea sólo cosa de mi imaginación.

Al salir del restaurante, me coge del brazo y me dice.

—No me encuentro bien.

—¿Qué te pasa?

—Creo que no me sentó bien lo que comí.

—O quizás fue el té que te pediste.

—No lo sé.

—¿Quieres que te acompañe al médico?

—Tampoco estoy para que me ingresen. Quiero ir a mi casa y descansar.

—Ok. Miro de parar un taxi.

Tenemos suerte y el primer taxi que pasa por la calle, se detiene. Le indico la dirección de la casa de Caroline. El taxista no parece que haya tenido un buen día, está con un humor de perros, así que mejor no hacerle demasiado caso.

—¿Quieres que vaya contigo a tu casa? — le pregunto a Caroline.

—No. Prefiero estar sola. Me tomaré algo y me acostaré.

—Bueno, como quieras.

Al llegar hasta la dirección en donde vive, le doy un beso y la voy siguiendo con la mirada, mientras va andando hasta la entrada de su casa. En

cuando cierra la puerta, le doy las indicaciones al taxista para que me lleve hasta mi morada.

Esta noche no ha salido como esperaba. La próxima vez evitaré pisar sitios exóticos, pueden ser como una bomba de relojería para los estómagos poco acostumbrados, como los nuestros.



CAPÍTULO 6. HEREDEROS

Sábado, 8 de diciembre

Como era de esperar, la rueda de prensa de ayer se ha convertido en la comidilla de toda la ciudad, no se habla de otra cosa. No paran de llegarme informaciones de comisaría acerca del aluvión de llamadas que están recibiendo, con gente informando de posibles sospechosos que coinciden con la descripción que se dio a los medios. Los agentes deben revisar una a una las informaciones que nos llegan, para sacar en claro si puede ser un dato valioso para tener en cuenta para una posible investigación.

Hoy me toca atender unos asuntos personales. He quedado esta mañana con mi hermana Sophie, quiere que hablemos acerca de los temas de la herencia, tras la muerte de nuestra madre. Mi padre falleció hace dos años y eso dejó muy tocada a mi madre, ya que era un pilar fundamental en su vida. Se habían conocido en la universidad, como siempre decían ellos, fue amor a primera vista. ¡Qué envidia! En cuando murió mi padre, mi madre se fue apagando poco a poco, ella no lo verbalizó, pero parecía que estuviera esperando con ansias el poder volver a encontrarse con el amor de su vida en el más allá.

Nos vemos en casa de Sophia. Está casada y tiene dos hijos que son un puro incordio, por suerte no tendré que aguantarlos hoy.

—¿Dónde están tus hijos?

—Han ido a pescar con su padre.

—Mejor, así estaremos tranquilos.

—Parece mentira la manía que les tienes a tus sobrinos.

—Nunca hemos tenido feeling mutuo.

—¡Si son niños! No te puedes poner a su nivel. Ya me gustará ver cuando tengas hijos.

—Dios proveerá.

—Son un poco revoltosos, pero tienen buen corazón.

—Eres su madre y es lógico que los veas con buenos ojos, hagan lo que hagan.

—O quizás, tú tienes alergia a los niños.

—Todo es posible. Por cierto... ¿Aún no ha llegado Landon? — le pregunto.

—No. Lo estuve llamando ayer, pero no hubo manera de encontrarlo. Ya le he dejado varios mensajes en su móvil, pero no parece que los haya visto.

—Tampoco es que Landon sea el adalid de la sociabilización, pero es extraño que no dé señales de vida.

—Deberíamos mirar de localizarlo.

—Sí. Luego me pasaré por su casa.

—Ok.

—Vamos al tema que nos toca. Igualmente, ya sabemos que Landon no está muy receptivo a hablar de todo esto. ¿Qué vamos a hacer con la casa de nuestros padres? — le pregunto a mi hermana.

—No podemos mantenerla, por eso creo que lo mejor sería vender la casa cuanto antes. Sería lo más fácil para todos. Además, de esta manera nos podríamos repartir un dinero que nos puede ir genial. — dice Sophie.

—Eso lo dirás por ti, yo con lo que gano, ya me doy por satisfecho, porque tampoco soy demasiado de lujos y gastos innecesarios.

—Se nota que no tienes hijos. Además, tenemos que ir ahorrando dinero para cuando vayan a la universidad.

—Qué vida más dura la de los padres entregados que quieren darle lo mejor a sus hijos, aun cuando no se lo pueden permitir. En lugar de hacerles que valoren las cosas consiguiéndolas con su propio esfuerzo.

—¡Es muy fácil hablar sin conocimiento de causa!

—Es sólo mi opinión. Siempre he creído que, pagando todos los caprichos a los hijos, no les hacemos ningún favor.

—Desde la barrera, todo se ve con otros ojos.

—Bueno. Relativo a la casa, tengo que reconocer que me da pena venderla, pero está claro que tampoco la podemos tener vacía. — le contesto.

—Exacto. Y alquilarla no es una opción viable. Sólo nos comportaría que problemas.

—Bien. Pues la vendemos y listos. ¿Y con todo lo que hay dentro de la casa, qué hacemos?

—Lo que queramos, lo ponemos en una lista y si el resto de los hermanos está de acuerdo, se asigna.

—Me parece bien. Yo lo tengo fácil, sólo quiero cosas que tengo en la habitación de cuando era pequeño.

—Mi lista será un poco más larga, pero ya en su momento lo vemos.

—Ok.

—Entonces... sólo queda saber la opinión de Landon.

—Me iré a su casa a ver si consigo hablar con él.

—Perfecto. Ya me cuentas qué te comenta.

Salgo de casa de mi hermana sin pensármelo dos veces, no vaya a ser que vuelvan mis sobrinos. Me subo a mi coche en dirección a la casa de Landon, para saber si está bien.

Al entrar en su edificio, veo que tiene el buzón lleno de cartas, parece que hace semanas que no se digna ni a vaciarlo. Llego a su puerta y empiezo a llamar al timbre, pero parece que no hay nadie. Insisto picando la puerta con los nudillos de la mano, pero nada de nada.

Ya estoy a punto de irme, cuando de repente escucho un ruido dentro del piso. Quizás pueda tener problemas. Sin pensármelo dos veces, doy una patada a la puerta para abrirla, pero no hay suerte, se me resiste. Vuelvo a coger impulso, mientras visualizo cómo toda mi energía se concentra en mi pie, es un truco que me enseñó un antiguo compañero, al principio me pareció una tontería, pero hay que reconocer que funciona. En el segundo intento, logro que la puerta ceda y me deje paso.

Al entrar, no veo a mi hermano por ningún sitio. Voy revisando cada rincón. Me quedo extrañado cuando llego a su habitación y observo que hay un patinete eléctrico. No sabía que Landon tenía uno y menos aún que lo usara. Se nota que las ruedas están bastante desgastadas. Este hermano mío no para de sorprenderme, es todo un pozo de sorpresas.

De repente entra Landon por la puerta. No lo he oído entrar, siempre ha sido muy sigiloso.

—¿Pero qué coño haces en mi piso?

—Hola Landon. Sophie y yo estábamos preocupados por ti porque no nos cogías el teléfono. He venido a tu piso para ver si estabas bien, entonces he escuchado un ruido dentro de tu piso, he creído que quizás tendrías problemas y por eso he forzado la puerta.

—Estás como una cabra, Andy. Por favor, vete de mi casa ahora mismo.

—Sophie y yo queremos comentarte algo acerca de la casa de nuestros padres.

—No es el momento. No quiero tomar ningún tipo de decisión de ese tipo, ni ahora, ni nunca.

—Pero no podemos mantenerla. Hay que venderla cuanto antes.

—Pues yo no quiero venderla. No hay nada más que hablar. Fin de la discusión.

—Landon, piénsalo bien.

—No hay nada que pensar. Por favor, tengo cosas que hacer, déjame tranquilo.

—Ok. Me alegro de ver que estás bien.

Salgo de casa de mi hermano tras ver cómo me echaba a patadas. Entiendo que pueda estar cabreado por haberle reventado la puerta, pero ese tipo de reacción tampoco creo que sea la más apropiada.

Todo apunta a que la venta de la casa de nuestros padres deberá esperar. Bajo hasta la calle y recuerdo que había quedado con mi hermana que la avisaría si conseguía hablar con Landon. Saco mi móvil del bolsillo, busco su número y pulso la tecla de llamada.

—Sophie. Me he encontrado a Landon en su casa.

—¿Qué te ha dicho?

—No quiere vender. Se niega en rotundo.

—Ufff. Vamos a tener un problema bien gordo.

—Esperemos unos días y vamos viendo si podemos conseguir que cambie de opinión.

—Ok. Pero si no quiere, deberemos tomar medidas drásticas para obligarlo a vender.

—Esperemos no tener que llegar a ello. Ya sabes cómo es nuestro hermano. Creo que, si le damos algo de tiempo, podemos llegar a hacerlo recapacitar. Por otro lado, si nos ponemos a las malas... eso nos llevará a acabar perdiendo cualquier tipo de contacto con Landon para siempre. No debe ser nada agradable ver como tus hermanos se ponen en tu contra.

—Lo sé. Pero no podemos estar eternamente a merced de sus excentricidades.

—Tranquila... todo tiene solución. Simplemente debemos ser pacientes y comprensivos.

Estos líos entre hermanos me tienen frito. Con lo fácil que sería llevarse bien y lo difícil que a veces lo hacemos. Ya poco puedo hacer con este tema, la verdad.

Al otro lado de la calle, me fijo que hay una cafetería, que hace que me venga como un flash la imagen de Caroline. Ayer la dejé con malestar en el cuerpo y debería llamarla para saber si ya está mejor.

—Hola guapa. ¿Qué tal te encuentras?

—Totalmente recuperada, gracias. Me tomé una infusión y me limpió por completo. En cuando me he despertado, ya estaba como nueva.

—Una infusión milagrosa, ya me dirás que llevaba. Me alegro escucharte tan animada. ¿Te apetece que quedemos para ir a tomar algo?

—Claro que sí.

—Genial. Voy para allá.

—Muy bien, aquí te espero.

Me ha tranquilizado escuchar que mi chica ya está mejor. Estoy harto de malos rollos, necesito un poco de alegría. Sin perder ni un minuto, me voy a buscar mi coche. Al verlo, recuerdo que tengo que llevarlo al mecánico, aún no he arreglado la puerta lateral que está toda hundida.

El trayecto hasta la casa de Caroline es perturbado por una especie de desfile de la comunidad china de la ciudad. Cientos de personas disfrazadas con trajes típicos de China. Destaca por encima de todos, un gran dragón que llevan unas veinte personas en sus hombros y que van moviendo como si de una montaña rusa se tratara. Nos obligan a detenernos, hasta que toda la rúa de gente acaba de pasar por la calle perpendicular. Hay que reconocer que el colorido espectáculo, es bonito de ver. No tengo muy claro qué estarán celebrando, pero siempre es un buen momento para salir a la calle y pasárselo bien.

He tardado más de la cuenta, pero por fin consigo llegar a casa de mi chica. Llamo a su puerta y la abre de un golpe, en plan... ¡Aquí estoy! Me la encuentro ligera de ropa. Sin lugar a duda, me ha dejado sorprendido, no me lo esperaba.

—¡Vaya! Me has hecho un recibimiento de película. Si por mí fuera, te daba un Óscar.

Empieza a sonreír, mi ingenioso comentario ha surtido el efecto deseado.

—Te veo muy ligerita de ropa. ¿Te me estás insinuando?

—Aún no me he vestido, así me desperté.

—Se te ve muy bien.

—No me apetece salir hoy. ¿Quieres que nos quedemos aquí?

—¡Por supuesto!

—¿Una cervecita?

—No me lo digas dos veces.

Está de muy buen humor. ¡Qué bueno!

Empezamos a beber una cerveza tras otra y a reír de tonterías. El alcohol nos está inundando las venas, pero se siente bien. Cualquier inhibición se anula con el alcohol y nos permite mostrarnos como somos. Una noche loca en todos los sentidos.



CAPÍTULO 7. PREMONICIÓN

Domingo, 9 de diciembre

Abro los ojos y lo primero que veo, es una lámpara en el techo que parece que se mueve en modo hipnótico, dando vueltas y vueltas. No es ningún terremoto, creo que ayer me pasé un poco con el alcohol y el mareo viene acompañado de un dolor de cabeza bien molesto. Me giro y veo a Caroline con los ojos cerrados, podría congelar este momento y reproducirlo en bucle hasta la eternidad. Le doy un beso en los labios y eso la despierta de su letargo, como si de un cuento se tratara. Parece que tiene buen despertar, porque me mira y me regala una sonrisa. ¡Qué más se puede pedir!

Mi móvil está protestando en el bolsillo de mi pantalón donde lo dejé anoche. Si continúa vibrando, creo que será capaz de salir por su propio pie y lanzarse al vacío hasta el duro suelo. Tengo que apresurarme a coger el teléfono, no quiero que se me suicide. Me levanto de la cama y voy rápidamente hasta la silla donde dejé mis pantalones.

—Andy. Me han avisado desde comisaría, que una mujer que dice ser vidente quiere hablar con nosotros para darnos información acerca de los asesinatos. — me explica Chloe.

—¿Una vidente? Será una charlatana. Que la atienda otro. No estoy para que me hagan perder el tiempo.

—Piensa que ha pedido expresamente hablar contigo y conmigo.

—Nos habrá visto por televisión.

—Creo que es importante que nos sentemos con ella. No me parece que sea una vendedora de humo.

—¿En qué te basas?

—Lo primero que me ha dicho en cuando la he llamado, ha sido algo que me ocurrió de pequeña que no había contado nunca a nadie.

—¿Qué te dijo?

—Prefiero que quede entre ella y yo.

—Vaya secretismo, por favor.

—¿Te vienes?

—¿Dónde habría que ir?

—Me ha dado la dirección de su casa. Ahora te la envío a tu móvil.

—Ok. Que conste que lo hago porque confío en tu criterio. Si por mi fuera, haría oídos sordos.

—Se agradece el voto de confianza.

—Salgo para allí.

Caroline ha estado sentada en la cama, mirándome fijamente, mientras yo hablaba por teléfono. Tengo que explicarle que el deber me llama. Frase que, de tanto repetirla, ya empieza hasta a cansarme a mí mismo.

—Tengo que irme. Hay un testigo que puede aportarnos información.

—¿Pero si es domingo?

—Mi trabajo no sabe de días de la semana, ni de horarios.

—Eso no es vida. ¿No puede esperar a mañana lo que tengas que hacer?

—Lo siento. Me encantaría poder quedarme aquí contigo. Pero tengo que ir a hablar con un posible informador.

—Tú sabrás cuáles son tus prioridades.

—Es injusto que me hagas escoger entre mi trabajo y tú. Hay momentos para todo en esta vida.

—Para nada. Ya veo que tu trabajo es lo primero.

No se ha tomado demasiado bien que tenga que irme de manera tan repentina. Pero no puedo obviar mis responsabilidades. Me despide con una muestra clara de no aprobación, girando la cabeza en cuando me acerco para darle un beso. Ya se le pasará.

—Luego te llamo. — le digo.

El silencio por respuesta, sin ni molestarse en dirigirme la mirada. Salgo de su casa un poco tocado por cómo ha reaccionado ella. Supongo que los dos tenemos que ir amoldándonos a las correspondientes realidades de cada uno.

Me monto en mi coche, mientras miro la dirección que me ha pasado Chloe de la vidente. A ver qué me encuentro. Siempre he creído que son puros charlatanes que se dedican a robarle el dinero a los pobres ilusos que creen que conseguirán obtener respuestas a todo aquello que les quita el sueño.

Me toca ir al distrito de Capitol Hill. Al llegar a la dirección, me encuentro una casa de dos plantas que parece que tiene habilitada la planta baja como negocio y la superior como vivienda. En la puerta tiene un cartel publicitario: “Lydia Star. Tarotista Vidente Médium.”, toda una declaración de intenciones. Veo que está el coche de Chloe, así que entiendo que ya habrá entrado. Llamo al timbre y escucho cómo resuena un sonido de campanilla al puro estilo de película de terror, será una estrategia para ir preparando a los clientes. Me abre la puerta una señora de mediana edad, vestida con ropas que me hacen recordar las videntes gitanas de feria. En lo primero que me fijo es en el pañuelo rojo que le cubre la cabeza, con unas estrellas doradas que le cuelgan en la frente. Sigo bajando la mirada y veo que lleva un vestido negro muy largo, con una falda ancha que le llega hasta los pies. En las manos, no queda ni un dedo libre de anillos de todo tipo y en las muñecas varias pulseras doradas. Hay que reconocer que el atuendo está muy bien conseguido. Un aprobado en caracterización.

—¿En qué puedo ayudarte? — me dice en una voz suave y calmada.

—Soy el Detective Morales. Creo que mi compañera ya está aquí.

—Así es. Pase, por favor.

—Gracias.

—¿Es usted la vidente?

—Correcto. Lydia Star, para servirle.

—Mucho gusto.

Entro y me encuentro una habitación habilitada como sala de espera, muy bien decorada para el tipo de negocio que regenta. Tiene una luz muy tenue, generada por decenas de velas de diferentes tamaños. Los muebles parecen sacados de una casa de antigüedades. Tengo que reconocer que el ambiente transmite unas sensaciones extrañas, difíciles de describir. Veo que me hace unas indicaciones con la mano.

—Acompáñeme hasta mi despacho.

La voy siguiendo por un pasillo estrecho, todo forrado de madera oscura y sin ninguna luz, sólo la que se puede ver al fondo, tras una puerta. Está claro que sabe cómo mantener el misterio. Al llegar hasta la puerta entreabierta del final del pasillo, veo sentada a mi compañera.

—Hola Andy. Te estábamos esperando. — me dice Chloe.

—Pero tampoco he tardado tanto.

—Te lo has tomado con calma, pero bueno. He aprovechado para poder charlar un poco con Lydia. Es un encanto de mujer.

—¿Habéis comentado algo sobre el caso?

—Aún no.

—Ok.

Me siento al lado de Chloe y la vidente se sienta en una silla de grandes dimensiones detrás de la mesa que nos separa. El ambiente en esa habitación es aún más inquietante. Toda cubierta con unas cortinas negras y rojas, que entiendo que buscan crear un ambiente más acogedor e íntimo.

—Bueno. Usted nos ha citado, porque quería facilitarnos información sobre el caso que ha salido en los medios del asesino del patinete. ¿Es así?

—Correcto.

—Lo que no entiendo es porqué ha solicitado vernos a nosotros dos. ¿Nos conoce de algo?

—Sí. Os he visto en una de mis visiones.

—Tengo que informarle que soy muy escéptico con todos aquellos que afirman tener poderes sobrenaturales.

—El mundo está ciego, pero, por otro lado, hay gente que puede conservar esa la luz que permite acceder a cotas que van más allá de lo terrenal.

—El discurso está muy bien estudiado. Eso no se lo puedo negar.

—¡Andy, por favor! Guárdate la ironía para ti. — me increpa Chloe.

—Ya veo que te ha comido bien el coco. Pero bueno, vamos al tema que nos trae. Díganos qué información tiene para nosotros.

—He visto al asesino. — dice la vidente.

—¿Quién es? — le pregunta Chloe.

—No sé su nombre. Pero es alguien que está muy cerca y a la vez muy lejos.

—Eso y nada es lo mismo. — comento yo en tono incrédulo.

—Es un alma torturada, que graba su nombre ensangrentado en hojas de papel.

—Como no sea un poco más concreta, difícilmente nos servirá para nada lo que nos está diciendo.

—Ha sufrido una gran pérdida recientemente. Eso ha sido el detonante para despertar su furia y dejar libre al oscuro pasajero que llevaba dentro, dormido, pero presente.

—¿A quién ha perdido? — pregunta Chloe.

—A un familiar, la única persona del mundo que logró comprenderlo, o al menos eso cree él.

—¿Por qué mata?

—Para que otras personas puedan conocer el dolor que supone la muerte de un ser querido.

—¿Entonces se trata de una persona perturbada que seguirá matando de manera indiscriminada?

—Seguirá matando hasta que el elegido logre detenerlo.

—¿Quién es el elegido?

—Sólo él lo sabe.

—¿Y sabe al menos quién será la siguiente víctima?

—He visto un coche parado en medio de una carretera y un hombre ahogándose con una bolsa de plástico en la cabeza.

—¿Quién era la víctima? ¿Dónde estaba?

—No lo sé.

—Unas visiones poco concretas, qué extraño. — comento en tono jocoso.

—Y al asesino... ¿Lo pudo ver? — pregunta Chloe preocupada.

—Es todo lo que sé, lo siento. Aunque es posible que a medida que pasen los días, pueda percibir más cosas que quizás puedan serles de ayuda.

—Bien. Le estaremos muy agradecidos.

Chloe se ha tragado toda esta pantomima, pero a mí no me la cuela.

—Antes que os vayáis, tengo que comentaros algo más. Detective Morales, le pido que abra su mente y se libere de los tabúes sociales que no hacen más que limitar nuestros movimientos.

—No sé a qué se refiere, la verdad.

—En una de mis visiones, he visto una pequeña medalla dorada acompañada de una cadena, con la figura de Nuestra Señora de la Caridad del Cobre. ¿Le dice algo?

—Es una medalla que nos dio nuestra madre a los tres hermanos, cuando hicimos la comunión. Pero vamos, la deben tener cientos de miles de personas.

—Por el momento no sé qué relación tiene esta medalla, pero percibo que puede ser un vehículo para llegar a la revelación.

—No lo entiendo, pero bueno. Muchas gracias por su tiempo. — le digo en tono irónico.

—Muchas gracias, Lydia. Ha sido un placer enorme poder conocerte. — la pobre Chloe ha caído en sus redes.

—Gracias a vosotros por venir.

Salimos de la casa y no puedo quitarme de la cabeza lo que ha comentado de la medalla. No entiendo qué relación tiene con el caso, quizás sea simplemente que quería tambalear mi incredulidad. Acompaño a Chloe hasta

su coche y antes que suba, le digo.

—Te he visto totalmente entregada con la vidente.

—Lydia tiene una luz muy particular y no tengo ninguna duda que no es ningún timo. Me ha demostrado que tiene un don espectacular. Tengo que reconocer que hasta ahora era bastante incrédula, pero tras conocerla, creo que hay personas que tienen los sentidos más desarrollados y les permiten ver aquello que al resto de mundanos nos es imposible de percibir.

—Quizás sea que tú estás más predispuesta a creer.

—Quién sabe. Pero negando las evidencias, no conseguirás avanzar.

—Amén, hermana.

—Debes abrir tu mente y alejarte de los estereotipos.

—Pero si tampoco nos ha dicho nada relevante.

—Pues yo creo que sí. Nos ha dado una serie de datos que estoy convencida que nos ayudarán a poder capturar al loco que está suelto por la ciudad.

—El tiempo lo dirá.



CAPÍTULO 8.

SOSPECHAS

Lunes, 10 de diciembre

Me estoy preparando un café en comisaría, mientras mi cabeza va loca con los mil líos que llevo encima. Oigo una voz ronca detrás de mí.

—¡Vuelve al mundo de los vivos!

Me giro sobresaltado y veo que es el Teniente Williams.

—Buenos días, Teniente.

—Venía a servirme un café.

—¿Cómo va todo?

—He tenido días mejores. No sé si te había comentado que me presentaré a las pruebas para Capitán.

—No lo sabía. Espero que haya suerte. Tengo entendido que es un proceso duro.

—Me estoy planteando de dejarlo para más adelante, porque ahora no tengo la cabeza para ningún tipo de prueba, ni para promociones profesionales.

—Entonces, no podrías presentarte nunca. Aquí no sabemos qué significa la palabra tranquilidad. Si quieres optar a Capitán, debes hacerlo. Sinceramente, creo que te lo mereces con creces.

—Gracias por el voto de confianza. No lo dirás porque quieres mi puesto... ¿Verdad? — deja vislumbrar una pequeña mueca.

—¡Para nada! Eso no va conmigo. Me gusta ser detective y creo que es donde debo estar.

—Es bueno tener las cosas claras. Por cierto... tengo a un sospechoso de

los asesinatos y os quiero comentar los detalles. Busca a tu compañera y venid a mi despacho.

—¡A sus órdenes, mi Teniente! — mientras me pongo firme y hago el saludo militar, con la mano bien recta en la frente.

—Déjate de tonterías, que no está el horno para bollos.

Hoy aún no he visto a Chloe. Quizás se le hayan pegado las sábanas, aunque no es muy propio en ella. Me dirijo hacia la sala de detectives, con paso tranquilo, cuando de repente la veo salir del baño con actitud de pocos amigos.

—¡Vaya! A ti te estaba buscando.

—Hoy no estoy de humor.

—¿Qué te pasa?

—Me he levantado con mal cuerpo y llevo una hora metida en el baño.

—¿Hiciste algo especial ayer?

—No.

—¿Quieres ir al médico?

—Ya estoy algo mejor. Sólo necesito distraerme y así olvidarme de los ruidos del estómago que no paran de torturarme.

—Pues... me acabo de encontrar con el Teniente y quiere vernos a los dos.

—Ok. Vamos.

El Teniente Williams está en su despacho, hablando por teléfono, por lo que nos tocará esperar. Por suerte ha sido una llamada corta y tocamos a la puerta para que nos permita entrar.

—Adelante. No haces buena cara Chloe. ¿Estás bien?

—Tengo los intestinos revolucionados, pero tampoco me voy a morir.

—Ya sabéis que quiero siempre a mis detectives al cien por cien, de lo contrario, nos podemos encontrar con situaciones desagradables.

—Ya se me pasará. No hay problema.

—Bien. Tal como le he comentado a Andy, debéis investigar a un sospechoso de los asesinatos en serie.

—¿De quién se trata? — le pregunto.

—Una patrulla dio el alto a un sospechoso que había sido visto por la ciudad montado en patinete eléctrico y con actitud extraña. Tras revisar su identidad, determinaron que debería ser valorado con detenimiento por si se tratara del asesino que andamos buscando. Su nombre es Mohamed Bahal, de origen sirio. Al buscarlo en la base de datos nos aparecieron varios arrestos por robo y agresión. Deberíais hacerle una visita.

—La información promete. Nos ponemos a ello.

Salimos del despacho y veo por el aspecto de Chloe, que debe estar pasándolo bastante mal.

—¿Quieres que vaya yo solo y así te puedes ir a casa a descansar?

—Para nada. Estoy bien. Me tomaré una de mis pastillas milagrosas y en nada estará como nueva.

—¿Pastillas milagrosas? A ver si te van a detener los de narcóticos.

—Están hechas de productos naturales.

—La marihuana también es un producto natural, pero es ilegal.

—Eres un exagerado, además de un incrédulo y no tienes fe en las terapias naturales.

—No es un tema de tener fe, sino de la falta de evidencias científicas. Pero bueno, si tú crees que te funcionan, pues adelante. Es tu cuerpo y tu santuario personal. Cada uno decide si lo quiere profanar o no.

—No estoy ahora para una de tus filosofadas de mercadillo.

Subimos a mi coche. Por lo normal siempre prefiero conducir yo, pero tal como veo a Chloe, si se pone al volante, podría ser todo un peligro. Nos dirigimos a la casa donde vive el sospechoso, en el distrito de Beacon Hill. Al

llegar nos encontramos con una casa destartada, una mano de pintura y unos arreglos no le irían nada mal. Picamos a la puerta, pero obtenemos el silencio por respuesta.

—Me ha parecido oír un ruido detrás de la casa, rodéala y vigila la salida posterior. — le digo a Chloe.

—Bien.

Sigo dando golpes a la puerta, ahora más insistentes, pero sin resultado. De repente escucho a mi compañera gritar un “¡Alto, policía!”. Me voy corriendo, rodeando la casa y me encuentro a Chloe al lado de la puerta posterior que da al patio, poniendo las manillas a un hombre que está estirado en el suelo.

—¿Cuál es tú nombre? — le pregunto.

Ni se inmuta. Le miro la cara, tiene la mirada perdida, como si estuviera navegando en su mundo interior.

—¿Eres Mohamed Bahal?

—Sí. — un breve monosílabo sale de su boca, sin dejar su estado de atontamiento.

—¿Por qué te querías escapar?

—No soy muy amigo de la policía.

—Pero eso no es motivo para echar a correr. Por el momento, te llevaremos a comisaría y ya veremos qué hacemos contigo.

Sin lugar a duda, parece que su introspección no tiene límites. Me cabrea que me ignoren de esta manera, pero seguro que es simplemente una pose.

Veo que salen dos hombres de la casa, con cara de pocos amigos.

—¿Qué hacen con nuestro amigo? — nos dice uno de ellos.

—Somos de la Policía de Seattle. ¿Quiénes sois?

—Vivimos aquí.

—Ok. Si no queréis buscaros problemas, nos dejareis pasar para llevarnos a vuestro amigo a comisaría para hacerle unas preguntas.

—Los musulmanes siempre estamos en el punto de mira. Somos los culpables de todos los males. — me increpa el otro hombre.

—Fuera victimismos, por favor. Nos vamos a ir y vamos a tener la fiesta en paz. ¿De acuerdo?

Se apartan, mientras van murmurando palabras en árabe que seguro no significarán nada bonito. Salimos pasando por donde hemos venido, prefiero no entrar en la casa. Desde fuera el olor es bastante desagradable, a saber, cuánto tiempo llevan sin hacer limpieza.

Llevamos al sospechoso hasta comisaría y lo metemos en una de las salas de interrogatorio para ver si está dispuesto a responder nuestras preguntas.

—¿Dónde estabas el 3 de diciembre a las 8:00h, el 5 de diciembre a las 12:00h y el 6 de diciembre a las 19:30h? — le pregunto.

—No me acuerdo.

—Vaya, sí que tienes mala memoria. ¿Prefieres pasar esta noche en un calabozo?

—No me podéis acusar de nada.

—Por supuesto que sí. Para empezar, has intentado huir cuando hemos ido a tú casa para hacerte unas preguntas. No me negarás que es una actitud bien sospechosa.

El silencio por respuesta, mientras fija su mirada al suelo, intentando parpadear lo mínimo posible.

—¡Contéstame, joder! — ya me está empezando a cansar tanta tontería.

—¿Qué?

—¿Dónde estabas esos días?

—Tengo que pensarlo...

—Tampoco te estoy pidiendo que te remontes a tiempos de Mahoma.

—Seguramente estaba en la mezquita.

—¿Seguramente? — comenta Chloe.

—Bueno... sí. Estaba en la mezquita.

—¿A horas tan diferentes? ¿Acaso no trabajas?

—Me despidieron del trabajo hace tres semanas.

—¿De qué trabajabas?

—En un sitio de lavado de coches.

—¿Cuál fue el motivo del despido?

—Según ellos, que había menos trabajo y tenían que desprenderse de parte del personal.

—Entonces... ¿Pasas todo el día en la mezquita?

—Todo el día, no. Depende de si hay reuniones o cosas que hacer. Por eso, a veces voy por la mañana y otras por la tarde.

—¿Hay testigos que puedan corroborar que tú estabas en la mezquita?

—Por supuesto. Entre ellos, el Imam.

—Bien. Iremos a hacerle una visita y saldremos de dudas de si tú versión es cierta. ¿La mezquita a la que vas periódicamente, es conocida por el nombre de Abubakar?

—Correcto.

—Muy bien. Estarás por el momento en el calabozo, hasta que podamos confirmar tu coartada.

—Quiero irme a mi casa.

—Tranquilo, no hay prisa. Si todo lo que nos has dicho es verdad, te dejaremos libre. Aunque creo que no has sido sincero con nosotros.

Llamo a un agente para que se lleve al sospechoso a un calabozo, para así tenerlo bien controlado, no vaya a ser que se escape de nuevo. Puede llegar a ser muy escurridizo cuando se lo propone.

La Mezquita Abubakar a la que asiste, está a sólo tres calles de donde vive el sospechoso. En cuanto llegamos, nos encontramos con una casa de una sola planta. Nadie diría que es un recinto religioso, desde fuera no hay ningún elemento representativo, está claro que quieren pasar desapercibidos. Tiene un espacio muy amplio en el que poder aparcar, seguramente que, en determinados días, aquí se junten muchos musulmanes de la zona. Entramos y

nos encontramos con un espacio totalmente diáfano, con el suelo cubierto con una moqueta de color morado. Al fondo se puede ver un gran mueble de madera lleno de libros y un atril que no se eleva demasiado del suelo, acompañado de un micro, en el que supongo predicará el Imam su mensaje. Se acerca a nosotros un señor con una prominente barba manchada de canas.

—¿Qué querían?

—Somos los Detectives Smith y Morales de la Policía de Seattle. ¿Es usted el Imam de esta Mezquita?

—Así es.

—Queremos hacerle unas preguntas sobre una de las personas que asisten asiduamente a este centro de culto.

—Bien. Acompañenme.

Nos guía hasta una puerta que hay al fondo de esta sala, en donde se encuentra lo que parece ser su despacho, bastante austero, por cierto. Nos pide que nos sentemos.

—Adelante. ¿Qué quieren saber?

—Estamos investigando a Mohamed Bahal. ¿Lo conoce? — le informa Chloe.

—No lo sé. Por aquí pasa mucha gente.

—Pero él es asiduo de esta mezquita.

—¿Por qué están preguntando por uno de los nuestros?

—Vamos a ver... ¿Lo conoce o no? — me toca entrar en juego y ponerme duro, porque se quiere ir por la tangente.

—Quizás sí.

Saco del bolsillo una fotografía del sospechoso y se la enseño.

—Este es Mohamed Bahal. ¿Lo conoce?

—Sí.

—Los días, 3 de diciembre a las 8:00h, el 5 de diciembre a las 12:00h y el 6 de diciembre a las 19:30h. ¿Mohamed, estuvo en esta mezquita?

—De memoria no sabría decirles. Dejen que mire en mi agenda.

—¿A caso apunta quién viene cada día y a qué horas?

—No. Pero sí que tomo nota de las actividades que hacemos y sé en las que el señor Bahal asistió.

Abre un cajón de su escritorio y saca una agenda. Parece sacada del antiguo Egipto. La va consultando con extrema tranquilidad, como si el tiempo se hubiera detenido para él.

—Por favor, no tenemos todo el día.

—Sí, disculpen. Efectivamente el señor Bahal estuvo aquí en la mezquita los días y horas que me han comentado.

—¿Está completamente seguro?

—Sí, seguro.

—¿Hay más testigos que podrían corroborar que vieron a Mohamed Bahal aquí en la mezquita?

—Por supuesto.

—Bien, no le molestamos más. Si tuviéramos que hablar con otras personas ya volveremos.

Salimos junto con Chloe de la mezquita, sin necesidad de que nos digamos nada, tengo muy claro que ella tiene la misma percepción que yo. En cuando nos alejamos del centro de culto, aprovecho para intercambiar impresiones.

—¿Qué te pareció? — le pregunto.

—No me huele bien. Creo que el Imam está tapando al sospechoso.

—Pienso lo mismo. Y hablar con otros de los asiduos a la mezquita no hubiera servido de nada.

—Pero, tiene coartada y tampoco tenemos ninguna prueba que nos lleve a asegurar que fue él quien perpetró los asesinatos.

—Deberemos tenerlo controlado. Por el momento lo podemos mantener encerrado hasta cuarenta y ocho horas, pero deberemos comentarlo con el Teniente.

—Ok. Creo que me voy a ir a casa a intentar descansar, porque sigo con el

estómago revuelto.

—Me parece bien. Descansa y ya mañana me cuentas cómo te encuentras.

—Gracias.

Volvemos a comisaría y la acompaño hasta la plaza de aparcamiento donde tiene su coche, para que pueda irse a casa. De camino hasta mi mesa, me encuentro al Teniente más cabreado de lo normal. Prefiero esquivar la tormenta y decido esquivarlo, pero no tengo escapatoria y me intercepta en el pasillo por el que se accede a las salas de interrogatorio.

—Andy, no te me escapes. ¿Dónde está Chloe?

—Se ha ido a casa. Seguía encontrándose mal y ha preferido ir a descansar.

—Ok. Vamos a mi despacho, tengo que hablar contigo.

Me abre la puerta del despacho y me invita a entrar.

—Antes de nada. ¿Cómo ha ido con el Imam de la Mezquita?

—Nos ha corroborado la coartada del sospechoso. Pero mi intuición me dice que lo está tapando. Hay algo bien extraño en esa mezquita, se puede respirar en el aire.

—Relativo al sospechoso, después que os fuerais a hacer la visita al Imam, he recibido una llamada del FBI. Les saltó un aviso en cuando lo fichamos.

—¿Qué quieren?

—Me llamaron de una unidad antiterrorista del FBI. Según informes suyos, tiene conexiones con ISIS, también conocido como Estado Islámico. Están siguiendo la pista a diferentes personas asiduas a la Mezquita Abubakar, porque creen que pueden estar preparando un ataque terrorista en suelo estadounidense.

—Quizás el atentado ya lo han perpetrado, asesinando indiscriminadamente personas para hacer cundir el pánico.

—Lo dudo. De lo contrario ya lo habrían reivindicado y no ha sido así.

—¿Acaso los del FBI nos van a limitar nuestros movimientos?

—Me temo que sí.

—¡Joder!

—Me han dado indicaciones que dejemos en libertad al sospechoso, para que así ellos puedan seguir con sus indagaciones, de lo contrario se pondría a venir abajo toda su investigación. Por otro lado, Mohamed tiene coartada y tampoco podemos tenerlo encerrado sin unas pruebas sólidas.

—¿Lo soltamos y nos olvidamos?

—Voy a demorar su puesta en libertad, es lo más que puedo hacer. Antes de medianoche lo dejaremos libre. Pero los de la unidad del FBI, me han asegurado que, si se percatan de cualquier información que pueda ser de interés en nuestro caso, nos lo harán saber.

—Ok, pues nada, a resignarse que no queda otra.



CAPÍTULO 9.

LA PRUEBA

Martes, 11 de diciembre

Me despierto con un ruido de goteo lento pero constante de agua. Miro en el suelo y está todo mojado. Me levanto de la cama y voy chapoteando hasta el baño. ¡Mierda! No para de salir agua del inodoro. Cierro la llave de paso para que no continúe saliendo más agua y acabe teniendo que ir en barca, con la poca gracia que tengo para remar. Ahora a llamar a un fontanero para que revise la instalación.

Oigo mi móvil que empieza a sonar. Está en la mesilla de al lado de la cama y me toca caminar por encima del agua, tal como hizo Jesús. Veo que es Caroline, me extraña que me llame a estas horas.

—Andy. Quiero hablar contigo.

—¿Estás bien?

—Sí. Tengo que contarte algo.

—Dime. Soy todo oídos.

—Mejor en persona.

—No me dejes con las ansias.

—Luego, luego.

—¿Cuándo te va bien?

—Vente a la cafetería en una hora que hay menos trabajo.

—Ok. Allí estaré.

Me ha dejado con la incógnita de lo que tiene que decirme y me quedo nadando en la incertidumbre, nunca mejor dicho. Espero que no quiera que cortemos, creo que estamos bien, pero nunca se sabe.

Tengo que intentar quitar el agua antes que suba el vecino a quejarse de humedades. No me tiene mucha estima y sólo me faltaría eso. El mocho y un cubo centrífugo son mis aliados para esta tarea. No es que tenga mucho arte fregando, pero no me queda otra. Llenar cubo, vaciar cubo. Me viene a la mente la famosa escena de la película Karate Kid. Una tarea que tengo que ir repitiendo si quiero lidiar con mi problema. No estoy muy acostumbrado a fregar, tengo que reconocer que el cubo y la fregona están bastante nuevos, casi tal como los traje cuando los compré.

Parece que he logrado secar el pantano fortuito. Miro el reloj y veo que ya toca ir a encontrarme con mi chica para ver qué me tiene que contar. Bajo hasta la cafetería y antes que pueda ni abrir boca, me hace una señal para que me siente en la mesa que está más alejada, en un tranquilo rincón. Tomo asiento y ella me sigue para sentarse a mi lado.

—Buenos días, mujer misteriosa.

—Buenos días. ¿Todo bien?

—He tenido un pequeño contratiempo en casa con el inodoro y se me ha llenado todo el suelo de agua.

—Vaya. Lo siento.

—Nada que un mocho y un fontanero puedan solucionar. Bueno... ¿Qué es eso que tenías que contarme?

—Le he estado dado muchas vueltas, a si tenía que contártelo.

—¿El qué?

—No te lo quería decir por miedo a tu reacción.

—¿Pero de qué se trata?

—Ayer me hice una prueba de embarazo y... salió positivo. Repetí la prueba dos veces más, con el mismo resultado.

—¿Cómo?! Me has dejado helado.

—Pues sí. Vas a ser padre.

—Pero... ¿Cómo puede ser?

—Es lo que pasa cuando no se usa protección en una noche loca.

—Vaya, es una gran noticia, sin duda. Pero entenderás que algo así hay que poderlo digerir.

—Parece que no te hace mucha ilusión.

—En absoluto. Todo lo contrario. Es solo que no estaba en mis planes el hecho de ser padre en estos momentos. Pero me alegro de que la divina providencia nos haya brindado este regalo.

—En cuanto vi el resultado de la prueba, mi primera reacción fue de puro pánico, por no saber si sería capaz de tirar adelante a un bebé. Pero al pasar las horas, tengo claro que sea como sea, lo voy a tener y haré lo que sea necesario para darle una vida digna, aunque tenga que hacerlo sola.

—No deberás hacerlo sola. Quiero estar contigo y ayudarte a llevar al mundo a nuestro hijo.

—Me alegro de oír eso. La verdad, pensaba que te lo tomarías mucho peor y que huirías de tus responsabilidades.

—Eso nunca. Un hijo es toda una bendición.

Veo que se está emocionando y las lágrimas empiezan a empañar sus ojos. La abrazo fuertemente mientras le digo.

—Ya verás como todo saldrá bien.

—Gracias, Andy. Significa mucho para mí. Tengo que volver al trabajo. Ya vamos hablando.

—Perfecto, guapa.

¡Vaya noticia! Tengo que reconocer que me ha dejado perplejo, pero la ilusión puede más. El simple hecho de poder traer al mundo a una nueva vida no tiene precio. Un poco de luz en medio de la oscuridad en la que estoy inmerso, siempre va bien.

Les envió un mensaje al móvil con la buena nueva, a mis hermanos Sophie y Landon. A los del trabajo ya se lo diré en persona.

Recibo rápidamente una respuesta de Sophie.

Sophie: “¿De verdad?”

Yo: “Tan verdad como la vida misma.”

Sophie: “¿Pero desde cuándo tienes novia?”

Yo: “Es largo de explicar. Nos conocemos hace poco y la dicha ha querido que nos regale con un bebé.”

Sophie: “Eres todo un pozo de sorpresas. ¡Muchas felicidades!”

Yo: “Gracias.”

Sophie: “La verdad, no me esperaba poder llegar a tener sobrinos. Por parte de Landon sería algo imposible de imaginar, por su falta de sociabilización. Y por tu parte, con el ajetreo que llevas en tu trabajo, creía que no tenías tiempo para intimar con nadie.”

Yo: “Pues ya ves que las apariencias engañan.”

Sophie: “Me alegro. A ver cuando me presentas a la madre.”

Yo: “Ok. Ya quedaremos un día.”

Sophie: “Genial.”

Por parte de Landon, veo que no parece que lo haya leído, tampoco es que me extrañe. Miro la hora y me levanto de un salto. Tengo que ir a mi apartamento porque ya habrá llegado el fontanero. No quisiera que se fuera y me dejara con todo el problema del escape de agua.

Voy corriendo hasta el apartamento y al llegar, veo que me está esperando el fontanero en la puerta.

—¿Hace mucho que te esperas?

—Un rato. Estaba a punto de irme.

—Disculpa, se me ha ido el santo al cielo. Pasa y te enseño el problema.

Entramos en el apartamento y vamos hasta el baño.

—Esta mañana, al levantarme, me he encontrado todo lleno de agua. Salía del inodoro y he cerrado la llave de paso del agua.

—Déjame ver.

—Ok. Estaré en la habitación. Ya me avisas.

Le dejo tranquilo para que pueda indagar dónde puede estar el problema.

Me estiro en la cama y se me pasa por la cabeza pensar cuándo se concibió al bebé. Está claro que sólo puede ser la noche en los baños del bar. No es que sea el mejor sitio para recordar en el futuro y aún menos para contárselo a tus hijos. Pero la vida es así de caprichosa. Para hacer tiempo, aprovecho para llamar a Chloe.

—Hola Andy. ¿Cómo vas?

—Estoy en mi casa, he tenido un escape de agua y estoy esperando a que el fontanero mire si puede arreglarlo.

—Vigila, que las humedades son malas para los huesos.

—Ni que yo fuera un viejo.

—Ya empiezas a tener una edad. — me dice Chloe, acompañado de una sonrisa irónica.

—Esta mañana me han dado una noticia que me ha cogido totalmente de improviso.

—¿Cuál?

—Voy a ser padre.

—¿Qué?!

—Sí, sí. Eso mismo he dicho yo.

—Estás hecho todo un semental.

—Bueno, el destino así lo ha querido.

—Muchas felicidades, compañero. Me alegro por ti.

—Gracias.

—Eso habrá que celebrarlo. ¡Eh!

—Claro que sí.

Oigo que me llama el fontanero.

—Chloe, tengo que dejarte. Ya hablaremos.

—Ok. Hasta luego.

Me acerco hasta el baño.

—Dime. Qué has visto.

—Parece que se ha reventado una tubería que está justo detrás del inodoro.

—¿No lo puedes arreglar?

—Sí, pero tendré que hacer un agujero en la pared y me llevará un tiempo.

—¡Ufff! Bueno, si no hay más remedio. Te dejo aquí y ya me avisas cuando acabes. Aquí tienes mi tarjeta.

—Bien. No te aseguro que pueda acabar hoy.

—Esperemos que haya suerte y lo puedas dejar listo cuanto antes.

Salgo de mi apartamento y veo que el cielo se ha ennegrecido de repente. El sol nos ha abandonado, para dejar paso a unas nubes negras que amenazan con lluvia inminente. El tiempo está loco, cada vez tengo más claro que lo del cambio climático no es ninguna tontería.

De camino a comisaría, me encuentro un atasco de los buenos. Parece que un camión de la basura ha tenido un accidente y se ha quedado atravesado, bloqueando todos los carriles. No puedo ir para adelante, ni para atrás. No me queda otra que esperar.

Recibo una llamada de comisaría.

—¡Andy! ¿Dónde andas?

—Hola Teniente. Estoy de camino a comisaría, pero me he quedado atrapado en un atasco.

—Debes ir al norte de la ciudad, a la carretera que hay al lado del campo de golf de Jackson Park.

—¿Qué ha pasado?

—Parece que el condenado asesino del patinete ha vuelto a sus andadas.

—¡Mierda!

—Ya he avisado a Chloe y está de camino. Así que no te demores en llegar.

—Ok. Intentaré llegar cuanto antes.

Qué impotencia tener que estar aquí atrapado sin salida. Tras una larga media hora, consiguen apartar el camión de la basura para dejar paso libre a los coches. Pongo la sirena para poder llegar cuanto antes a la escena del crimen.

Ya hay varias patrullas acostadas para evitar los mirones y periodistas indiscretos. Veo que hay un coche en la cuneta con el capó abierto y al lado está mi compañera Chloe.

—¿Qué ha pasado? — le pregunto.

—Hombre, blanco, de unos 51 años. Se llama Logan Davis. Parece que ha tenido algún problema con su coche y estaba mirando cómo solucionarlo. Lo hemos encontrado tirado en el suelo, justo al lado de la puerta del conductor. Tiene una bolsa en su cabeza, parece que lo cogió desprevenido por detrás, le puso una bolsa de plástico totalmente blanca y sujetándola fuertemente, para crear una atmósfera carente de oxígeno, le provocó la muerte. La víctima deja tras de sí, una mujer y cinco hijos. Era propietario de un taller de pintura de coches.

—¿Pero sabemos si ha sido el asesino del patinete?

—Creo que sí. Hay bastantes huellas de ruedas de patinete. Una mucho más visible, que supongo que fue cuando frenó bruscamente para atacar a su víctima.

—¿Alguna huella o rastro de algún tipo?

—Los de la oficina forense no han encontrado nada por el momento.

—Vamos a ver a la mujer del señor Davis, a ver si nos puede decir algo.

—Bien.

Nos vamos hasta la residencia de la víctima. Una gran casa, necesaria por el volumen de su familia. Llamamos a la puerta y nos abre su mujer.

—¿Señora Davis?

—Sí.

—Somos los detectives Smith y Morales de la Policía de Seattle.

—¿Qué ha pasado?

—¿Podemos entrar, por favor?

—Por supuesto.

Nos acompaña hasta el salón y nos indica unos sofás donde poder sentarnos.

—Tenemos una mala noticia. Su marido, Logan Davis ha sido asesinado.

—¿¿Cómo!?! ¿Mi Logan?

—Lo sentimos señora.

—No puede ser. ¡Mi Logan, noooo!

Empieza a llorar desconsoladamente. Estos momentos son una de las peores partes de mi trabajo y no consigo acostumbrarme, me siguen afectando.

Chloe se levanta y se sienta a su lado.

—Señora, puedo imaginarme cómo se debe sentir. Es un golpe muy duro. Tienen cinco hijos. ¿Verdad?

—Sí. ¿Qué va a ser de nosotros, ahora? — contesta con la voz rota.

—Ya verá cómo podrán salir adelante. Ahora es normal que le parezca que el mundo se acaba, pero le puedo asegurar que mañana empezará a ver las cosas con otra perspectiva. Al fin y al cabo, debe hacerlo por sus hijos.

—Pero... ¿cómo se lo voy a decir a mis hijos?

—Si quiere podemos ponerla en contacto con el psicólogo de la policía.

—No lo sé.

—Perdone, señora Davis. Sé que es un momento duro, pero tenemos que hacerle unas preguntas para poder averiguar quién fue el que mató a su marido.
— le comento.

—¿No saben quién fue?

—Aún no. ¿Sabe si tenía algún enemigo?

—Logan era una persona muy reservada, tampoco me explicaba demasiado. Regentaba un pequeño taller de pintura de coches y el negocio no iba mal del todo. Hace un par de semanas tuvo que echar al ayudante que tenía

porque lo pilló robando dinero de la caja.

—¿Cómo se llamaba el ayudante?

—Hmmm... Harry.... pero no consigo acordarme del apellido, lo tengo en la punta de la lengua.

—¿Usted conoció al tal Harry?

—Sí, estuvo trabajando con mi marido unos seis meses. Y siempre que iba al taller lo veía. ¡Harry Young! Ahora me he acordado.

—Bien.

—Yo siempre le dije a Logan que ese chico no me parecía trigo limpio. Pero nunca me hacía caso.

—¿Alguien más que crea que pudiera tener algo en contra de su marido?

—Ahora mismo, no sabría decirles. Creo que no. Tenía algunas discusiones con algún padre en los partidos de béisbol de los niños, pero nada realmente grave, cosas de la emoción del momento.

—Bueno, intentaremos localizar al ayudante de su marido, Harry Young. ¿Sabe dónde vive o su teléfono?

—No. Lo siento.

—No se preocupe. La dejamos para que pueda asentar la noticia y si necesitamos cualquier tipo de información, ya nos pondremos en contacto con usted. — le comenta Chloe.

—Le acompaño en el sentimiento. — le digo.

Salimos de la casa bastante tocados. Dar este tipo de noticias resulta bastante duro. Chloe hace una llamada a comisaría para averiguar la dirección del ayudante del señor Davis. Parece que ha tenido algún que otro problema con las drogas y ha sido arrestado un par de veces. Vamos a ir a su casa, a ver qué nos cuenta.

Nos abre la puerta una señora bastante demacrada, pero no me queda muy claro si por las drogas o por el alcohol.

—¿Qué quieren?

—Buscamos a Harry Young.

—¿Quién le busca?

—Somos los Detectives Smith y Morales de la Policía de Seattle.

—Es mi hijo. ¿Qué ha hecho?

—Sólo le queremos hacer unas preguntas.

—Está en su habitación.

—¿Podemos pasar?

—Sí.

Entramos en la casa, se nota que nadie se cuida de nada, está sucia, las paredes manchadas, la televisión con toda la pantalla rota. Vaya panorama. Nos acompaña hasta la habitación de su hijo. Lo encontramos sentado en una mesa, delante de un ordenador. Al lado de la cama veo un patinete eléctrico, con las ruedas llenas de tierra.

—¿Harry Young? — le pregunto.

—Sí, soy yo.

—Somos detectives de homicidios.

—¿Homicidios? ¿Quién ha muerto?

—Tu ex jefe, Logan Davis.

—Vaya. Qué putada.

—¿Dónde has estado las últimas horas?

—Aquí y allá.

—No nos hagas perder el tiempo. ¿Dónde has estado? — voy subiendo el tono, para evitar que nos tome el pelo.

—He estado dando vueltas por el barrio y después he venido aquí para mirar unas cosas con el ordenador.

—¿Qué cosas?

—Ofertas de empleo.

—¿Has salido acaso con el patinete eléctrico que tienes aquí? — le pregunta Chloe.

—Sí. No me gusta demasiado caminar y es un método de transporte bastante económico.

—¿Has estado cerca del campo de golf de Jackson Park?

—No. Allí no hay nada.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—Piensa que, si nos mientes, es peor.

—No estoy mintiendo.

—¿Es cierto que el señor Davis te despidió por robarle dinero de la caja?

—Ese fue el motivo que me justificó. Pero yo no le robé dinero y tampoco tenía pruebas que fuera yo. Pero claro, lo fácil es culpar al chico que ha cometido algunos errores en el pasado.

—Pareces muy cabreado con él.

—Me molestó bastante, pero poco puedo hacer. Sólo me queda que buscar otro trabajo y esperar tener mejor suerte.

—¿No querías acaso vengarte de él?

—¡En absoluto! No soy tonto.

—Eso habrá que verlo.

—Vamos a llevarte a comisaría y confiscaremos tu patinete para poder hacerle unas pruebas.

—¡No me jodan! Yo no he hecho nada.

—Eso lo dicen todos.

Le indico que se levante y lo hago girar para ponerle las manillas.

—Chloe, coge el patinete y lo llevas a la oficina forense para que comprueben si las ruedas coinciden con las huellas encontradas en la escena del crimen.

Salimos de la habitación y la madre entra en cólera al ver a su hijo enmanillado.

—¡Qué hacen con mi hijo! ¡Déjenlo tranquilo!

—Señora, por favor, no complique más las cosas. Lo llevamos a comisaría como sospechoso del asesinato de Logan Davis.

—¿Quién coño es ese?

—Su ex jefe, en el taller de pintura de coches.

No quiero seguir dando explicaciones y me dispongo a salir de la casa. Chloe me sigue detrás. La madre no desiste en su enfado.

—¡Hijos de puta! ¡Sois lo peor!

Caso omiso, eso es lo mejor que podemos hacer. Tal como le he comentado a Chloe, ella se va en dirección a la oficina forense. Yo meto al chico en la parte trasera de mi coche para llevarlo a comisaría. Por suerte se ha quedado bien calladito, espero que siga así durante todo el trayecto.

En cuando llegamos a comisaría, lo meto en una de las salas de interrogatorio y doy indicaciones a un agente para que se quede controlando la puerta.

Tengo que esperar a que Chloe obtenga los resultados de las pruebas. Me pongo a investigar toda la información que tenemos del sospechoso, no es ninguna joya precisamente.

Se me acercan los Detectives Wright y Carter.

—Nos han dicho que vas a ser padre. ¿Es verdad? — me comenta el Detective Wright.

—Pues sí.

—Mira que bien. Felicidades. Bienvenido al mundo de la paternidad. A partir de ahora te puedo asegurar que todo será diferente.

—Supongo que sí.

—¿Quién es la afortunada? Te tenías muy escondido que tenías novia.

—No hace mucho que salimos juntos. Pero todo esto sin lugar a duda, nos va a unir mucho más.

—Bueno, ya iremos a celebrarlo.

—Claro que sí.

—He visto que has llevado a un sospechoso a la sala de interrogatorios.

—Estoy esperando que en la oficina forense hagan unas comprobaciones para poder acusarlo. Si así fuera, tendríamos al asesino del patinete.

—Vaya. Pues espero que estés en lo cierto. ¡Suerte!

—Gracias.

Pasan dos largas horas antes que reciba noticias de Chloe. Parece mentira como el tiempo puede llegar a pasar tan lentamente, cuando más necesitas que se acelere.

—Andy. Los resultados han salido negativos.

—¿Las ruedas del patinete del chico no coinciden con las huellas encontradas en la escena del crimen?

—No.

—¿Están seguros?

—Sí. Al cien por cien.

—¡Mierda!

—Lo siento.

La suerte no nos acompaña. Creía realmente que el chico era nuestro asesino. Pero está claro que me equivoqué. No me queda otra opción que liberarlo. Entro en la sala de interrogatorios donde está y le doy la noticia.

—Ya te puedes ir a casa.

—Le dije que yo no había sido.

—Ahora ya tenemos la confirmación.

—¿Y mi patinete?

—Ya te llamarán para que vayas a buscarlo.

—¡No me jodas!

—Deberías estar contento por salir airoso. Podrías haberte enfrentado a una acusación por asesinato.

Veo como se levanta de la silla y abandona la habitación. Sin mirarme,

oigo que susurra.

—¡Putos policías!

—No me busques las cosquillas que me vas a encontrar. Vete sin hacer ningún numerito. — le digo en tono firme.

Vaya día de mierda, si no fuera por la gran noticia que me ha dado Caroline que ha conseguido compensarlo, sería para guardarlo cerrado con llave en el baúl del olvido. Me voy para mi mesa para revisar unos papeles, pero me para un agente.

—Detective, perdone. Hemos recibido un aviso de un incidente en una cafetería. La víctima ha preguntado por usted.

—¿Una cafetería? ¿Quién es la víctima?

—Caroline Mitchell.

—¿Ella está bien?

—Está en el hospital, pero no sé cuál es su estado.

—¡Mierda!

—¿Conocía a la víctima?

—Es mi chica.

—Vaya, lo siento.

—¿Sabes lo que ha sucedido?

—Ha recibido un disparo. El agresor ha escapado.

—¿Sabemos quién ha sido el cabrón?

—Creo que no.

—¿A quién han asignado el caso?

—A los Detectives Wright y Carter.

—Gracias por informarme.

—De nada. ¿Quiere que le ayude en algo?

—No. Voy a ir al hospital a ver cómo está.

Sólo me faltaba esto. Me voy corriendo al hospital. Por mi cabeza pasan todo tipo suposiciones, espero que ella esté bien. En cuando llego al hospital, en recepción pregunto por Caroline. Está ya en una habitación. Eso me deja un poco más tranquilo. Subo hasta la habitación. Hay un agente en la puerta, lo tengo visto, pero no recuerdo su nombre.

—Vengo a ver a la víctima.

—Adelante, Detective.

Caroline está despierta. Su mirada se ilumina al verme.

—¡Andy!

—¿Cómo estás guapa?

—Aturdida, pero bien.

—¿Qué ha pasado?

—Malcolm, mi ex novio, se ha vuelto loco. Ha venido a la cafetería a molestar. No sabía cómo sacármelo de encima y le he dicho que estaba embarazada y que se olvidara de mi para siempre. Pero creo que no ha sido una buena idea decirle eso, porque ha entrado en cólera, ha sacado una pistola y por suerte he podido reaccionar y su disparo me ha dado en el brazo.

—¡Yo me lo cargo!

—Por favor, no te busques problemas. Ya han pasado a verme los detectives asignados a este caso. Seguro que lo detendrán y lo encerrarán un largo tiempo.

—Lo importante es que tú estás bien.

—Sí. Podría haber sido mucho peor.

—¿Les has dicho a los detectives que te han visitado cómo poder encontrar a Malcolm?

—Les he explicado que es nacido en Alemania y que es asiduo a un bar dónde se reúnen personas de origen alemán. Su padre se divorció de su madre hace años y se fue a vivir con una mujer más joven a la ciudad de Houston. Les he dado las indicaciones de dónde vive su madre y de dónde trabaja.

—¿De qué trabaja?

—En una empresa de seguros, pero no sé muy bien qué hacía allí.

—Te dejo descansar. Voy a encargarme de encontrar a ese malnacido.

—No hagas ninguna tontería.

—Tranquila.

Salgo de la habitación y cojo mi móvil para hablar con el detective Wright.

—Soy Andy. Te llamaba por la agresión en una cafetería. ¿Lleváis el caso vosotros?

—Así es.

—La víctima es mi chica.

—¡No jodas!

—Sí. ¿Cómo va la búsqueda del cabrón que le ha disparado?

—Es Malcolm Herzog, su ex novio. Tras dispararla, se asustó, dejó la pistola en el suelo de la cafetería y echó a correr. Lo tiene bastante jodido, tenemos muchos testigos y las huellas en el arma. Tranquilo, no se nos escapará.

—¿Qué pistas estáis siguiendo para apresarlo?

—Andy, no te involucres en este caso, estás implicado emocionalmente.

—¿Me estás diciendo que me quede con los brazos cruzados?

—Lo tenemos todo controlado. Déjanos trabajar a nosotros.

—¿Eres consciente que este cabrón ha estado a punto de matar a la mujer que lleva mi hijo en su vientre?

—Lo sé. Precisamente por eso te lo digo. No quiero que hagas nada de lo que te puedas arrepentir.

—¡Joder!

—Te tendré informado en todo momento. No te preocupes.

Tengo muy claro que lo que me ha dicho es lo que indica el manual, pero no me voy a quedar como un mero espectador. Por el momento no tengo ninguna pista que pueda seguir, me quedaré esta noche con Caroline, por si a

su ex novio se le pasa por la cabeza de venir a rematarla. Sería una locura por su parte, pero me ha quedado claro que no es una persona nada cuerda. Mañana ya empezaré mis indagaciones.



CAPÍTULO 10. FERROVIARIO

Miércoles, 12 de diciembre

Me despierto con la espalda destrozada. La butaca que hay al lado de la cama de mi chica, es todo un instrumento de tortura.

—Buenos días preciosa.

—¿Has pasado la noche aquí?

—Pues sí y voy a poner una reclamación para que cambien estas butacas infernales.

—Deberían ser más respetuosos con los acompañantes de los que están hospitalizados.

—La verdad es que, por mi trabajo, estoy acostumbrado a dormir en sitios incómodos. Pero esta butaca está en el ranking de los diez peores sitios donde he dormido.

—Ya me imagino.

—¿Qué tal te encuentras?

—Mejor. Aunque no he dormido muy bien, he tenido pesadillas con Malcolm, en la que se mezclaban diferentes momentos desagradables vividos con él, junto con la repetición en bucle, de cuando sacó la pistola y me disparó.

—Eso es normal. Pero debes estar tranquila, porque yo me voy a asegurar que no vuelva a hacerte daño.

—Precisamente he recordado que una vez lo acompañé a una casa que parecía ser la sede de una organización de ideología nazi, llena de banderas con la esvástica, de fotos de Hitler y de otras personas que no logré reconocer, vestidas con un uniforme militar negro.

—¿Qué hacían allí?

—No lo sé. Estuvimos sólo un momento y después nos fuimos. Le pregunté sobre la gente que había en esa casa, pero Malcolm no me quiso dar detalles, alegando que eran cosas suyas.

—¿Dónde estaba ese sitio?

—Estaba por la zona de Georgetown, en la Avenida Carleton con la calle Willow. Creo que era la única casa completamente blanca de la calle.

—Les daré esta información a los detectives que llevan el caso, por si les sirve en su investigación.

—Bien. Espero que lo puedan arrestar pronto para que pueda estar más tranquila.

—Claro que sí. No lo dudes.

—Me sabe mal que hayas tenido que dormir tan mal.

—Tu seguridad es mucho más importante que mi espalda. Tengo muy claro cuáles son mis prioridades.

—Eres mi caballero montado en un corcel blanco. — me contesta con voz dulce, mientras me regala una sonrisa.

—Y tú, mi damisela a la que tengo que salvar del dragón despiadado.

—Esa ha sido buena.

Noto como mi bolsillo empieza a vibrar. Es mi móvil que lo tenía silenciado. Estando sentado no logro sacarlo del bolsillo, por lo que no me queda otra que levantarme. Miro la pantalla y veo que es Chloe.

—Buenos días compañera. ¿Cómo te encuentras de tus problemas intestinales?

—Ya mucho mejor. Gracias. Te llamaba porque debemos ir a la escena de un nuevo asesinato.

—¿Otro?!

—Por desgracia, sí.

—¿Qué ha pasado?

—Mejor quedamos allí y lo vemos.

—Ok. Envíame al móvil la dirección y nos encontramos allí.

—Bien. Hasta ahora.

Guardó mi móvil y Caroline me pregunta.

—¿Qué ha pasado?

—Otra víctima.

—Por Dios. ¿Cuándo va a parar?

—Espero que pronto podamos detenerlo. Al final cometerá un error y eso será su final.

—¿Te tienes que ir?

—Sí. Tú descansa, ya volveré luego.

Le doy un beso y salgo de la habitación. El agente que está en la puerta, veo que está sentado observando a conciencia todas las personas que circulan por el pasillo.

—Tengo que salir, cuídamela.

—Descuida.

Debo ir hasta el Distrito Industrial, en el sur de Seattle. Una zona llena de naves industriales y vías de tren para uso como transporte de mercancías.

Llego hasta un paso a nivel ferroviario, con semáforos indicativos y barreras automáticas. A los dos lados hay estacionados cuatro coches de policía. Chloe se me ha adelantado y veo que está hablando con uno de los agentes.

—¿Qué tenemos? — le pregunto.

—Hemos encontrado un cuerpo destrozado por un tren que le ha pasado por encima. Su coche está detenido en la barrera, entendemos que estaba esperando a que se pusiera el semáforo en verde y pudiera proseguir su camino. El conductor del tren nos ha indicado que vio como una persona estaba arrastrando un cuerpo hasta la vía por la que circulaba, sin darle tiempo a poder parar. Vio como el presunto asesino se alejaba de la escena del crimen montado en un patinete eléctrico.

—¿Cómo fue arrastrada la víctima hasta la vía del tren?

—Según el forense, tiene un fuerte golpe en la cabeza, seguramente provocado por una piedra. Tras perder el conocimiento el asesino lo sacó del coche y lo arrastró hasta las vías para que fuera brutalmente aplastado.

—¿Hemos encontrado esa piedra u objeto con el que se golpeó a la víctima?

—No. Nada.

—¿Qué sabemos de la víctima?

—Hombre, negro, de unos 35 años, casado y sin hijos. Se llama Dan Johnson. Parece que era un ejecutivo, por el traje que lleva puesto.

—Vamos a su casa para hablar con su mujer y mirar de conseguir más información.

Reside en el distrito de Capitol Hill, cerca del parque Volunteer. Al llegar nos encontramos con una casa digna de gente adinerada, con un aspecto señorial. Parece mentira lo injusto que es el mundo, unos tanto y otros tan poco. Entramos con el coche por la puerta principal y aparcamos delante de la puerta de entrada a la casa. Está rodeada por unos jardines muy bien cuidados.

Mientras subimos las escaleras y antes que podamos llamar, veo que la puerta se abre.

—¿Qué querían? — nos pregunta una señora muy bien vestida y con unos pendientes que destacan por encima de todo por su voluptuosidad.

—¿Señora Johnson?

—Sí.

—Somos los Detectives Smith y Morales de la Policía de Seattle. Es sobre su marido.

—¿Qué le ha pasado?

—Ha sido encontrado sin vida en las vías del tren.

Se ha quedado helada, sin poder mediar palabra, mientras sus ojos empiezan a llenarse de lágrimas.

—Sentimos ser portadores de tan malas noticias. ¿Podríamos pasar y hacerle unas preguntas acerca de su marido? — le comenta Chloe.

Asienta con la cabeza y nos lleva hasta el salón principal de la casa. Para mi gusto está un poco recargado, se nota que les gusta el estilo barroco. Nos sentamos al lado de una enorme chimenea en la que hay una mesa de cristal redonda y a su alrededor un sofá circular.

—¿En qué trabajaba su marido? — le pregunto.

—Era ejecutivo en una empresa de inversiones inmobiliarias.

—¿Sabe a dónde iba esta mañana?

—Volvía de un viaje de negocios a San Francisco.

—¿En coche?

—Sí. No le gustaba demasiado viajar en avión. Tenía pánico a volar.

—¿Sabe si tenía enemigos o gente que lo hubiera amenazado en algún momento?

—En absoluto. Era muy querido por todos, tanto en el trabajo, como aquí en el barrio y en la parroquia. ¿Quién ha sido tan ruin como para quitarle la vida a mi marido?

—Aún no lo sabemos señora, pero pronto lo capturaremos. Se lo puedo asegurar.

Salimos de la casa para continuar con nuestro trabajo. Este asesinato está en el mismo callejón sin salida que el resto, pero en cambio el ex novio de Caroline sigue fugado y tengo que detenerlo.

—Chloe. Podrías ir a la oficina forense para ver si han descubierto cualquier tipo de huella en el cuerpo de la víctima.

—¿Qué vas a hacer tú?

—Tengo que ocuparme de unos asuntos personales.

—¿Qué asuntos?

—Nada. Cosas mías.

—Vaya, vaya... ¿Ahora vamos con secretitos?

—Ya te lo explicaré. Si no te cuento nada es para que estés al margen.

—¡Joder, Andy! Somos compañeros, para lo bueno y para lo malo.

—Esto tengo que hacerlo solo.

—Como quieras. Tú mismo.

Subo a mi coche para seguir la pista que me ha dado Caroline esta mañana. En cuando llego a la dirección que me dio, veo claramente la casa a la que se refería, se distingue del resto por su color blanco nuclear. Por fuera no hay ningún distintivo, ni nada que hiciera pensar que se trata de una organización de ideología nazi. Golpeo la puerta con los nudillos de la mano. Me abre un tipo con la cabeza rapada y un tatuaje de una esvástica en el cuello. Está claro que éste no esconde quién es y lo que piensa. Dentro de la casa se escucha un perro desafiante que no para de ladrar de manera insistente.

—¿Quién eres? — me pregunta en tono claramente cabreado.

—Soy el detective Morales de la policía de Seattle.

—Los morenitos no sois bienvenidos aquí. Ésta es una propiedad privada, así que pírate ahora mismo.

—Sólo quiero haceros unas preguntas.

—Vete antes de que suelte al perro.

—¿Quieres acaso pasar esta noche en el calabozo de comisaría?

—No me das ningún miedo. Los morenitos, negros y asiáticos sois el cáncer de este país.

Aparecen tras de él, tres tipos más, con aspecto amenazante. Con uno podría, pero con cuatro ya sería un suicidio.

—Vaya, vaya. Veo que estáis en familia. Sólo quería saber si sabéis el paradero de Malcolm Herzog.

—No sabemos quién es.

—Lo has dicho muy rápido, si quieres te dejo tiempo para que te lo pienses.

—¡Vuélvete a tu país y déjanos tranquilos!

—Ok. Os dejo tranquilos para que continuéis con vuestros juegucitos o lo

que hagáis allí dentro.

Uno de los que están por detrás, con los ojos ensangrentados, veo que me tiene ganas.

—¡Déjame que le machaque a ostias!

—Lárgate o saldrás de aquí calentito. — me dice el que parece claramente que es el jefe, mientras con la mano hace que se tranquilice su lacayo.

Me alejo y los dejo pensando que han conseguido asustarme, a este tipo de personas les encanta sentirse superiores y sentir que el poder corre por sus venas. Nada más lejos de la realidad, he conseguido lo que quería. Mi intuición me dice que el cabrón de Malcolm está allí dentro, escondido y que, tras mi visita, cambiará de escondite.

Me quedo sentado en mi coche a esperar, vigilando la entrada de la casa. A los pocos minutos veo salir al mismo tipo que me abrió la puerta, llevando atado con una correa a su perro, un Dobermann con cara de muy pocos amigos. Está simulando que está paseando al perro, pero tengo muy claro que está revisando que no haya moros en la costa y asegurarse que el camino está despejado. Da un par de vueltas delante de la casa, veo que se aleja tres casas más allá, para al cabo de poco, volver por el otro lado de la calle. El paseo ha sido bien corto y vuelve a entrar en la casa. Debo estar atento porque creo que en cualquier momento saldrá el que estoy buscando. La suerte me sonríe y a los diez minutos... ¡Bingo! Lo veo salir por la puerta, empieza a mirar de izquierda a derecha y se mete rápidamente en un coche que hay justo delante de la casa. Por el momento me limitaré a seguirle. Intento no acercarme demasiado a su coche para que no se percate que lo están siguiendo. Cruzamos el río Duwamish por un puente basculante desde el que se puede ver todos los embarcaderos, almacenes, contenedores y barcas de todo tipo que manchan el lugar. No es que sea precisamente un sitio bonito, pero es una zona que genera muchos puestos de trabajo. Se mete en dirección al distrito Delridge y lo cruzamos por completo, una zona meramente residencial llena de casas de madera, al más puro estilo estadounidense. Llegamos hasta la parte norte del Parque Lincoln, un sitio espectacular, con un paisaje lleno de frondosos árboles que te permite pensar que estás en un sitio recóndito apartado de la civilización. Veo que se mete por un pequeño camino sin asfaltar y se detiene.

Creo que ha llegado el momento. Dejo mi coche a una distancia que hace imposible que pueda verme, paro el motor y me bajo cerrando la puerta muy despacio. Veo que se dirige a una pequeña cabaña. No hay nada más al alrededor que árboles. Tengo que ver si está solo, voy avanzando, resguardándome por los troncos de los árboles, hasta que consigo llegar a la parte trasera de la cabaña, me agacho y miro por la ventana. Está solo, sentado en una silla y hablando por el móvil. Es mi momento, pero no creo que sea buena idea entrar por la fuerza. Me sitúo en la parte lateral de la cabaña y tiro una piedra bien lejos para conseguir que el ruido lo haga salir. Oigo unos pasos y veo que abre la puerta y se asoma al porche. Doy unos pasos adelante para poder tenerlo a tiro, saco el arma y le digo.

—¡Alto, policía!

Se gira y veo en sus ojos que me ha reconocido, sabe perfectamente quién soy.

—No hagas ningún movimiento brusco. Voy a acercarme para ponerte las manillas y llevarte a comisaría.

Sin mediar palabra, veo que mueve su brazo derecho para intentar coger algo en el bolsillo de su chaqueta. No me puedo arriesgar a que sea un arma. Instintivamente aprieto el gatillo apuntando al corazón. La bala sale del cañón de la pistola con un destino claro, que consigue encontrar satisfactoriamente, entrando por el pecho de Malcolm y provocando que caiga desplomado al suelo. La sangre empieza a crear un pequeño charco que lo va rodeando. Me acerco para cogerle el pulso, definitivamente está muerto. Miro en su chaqueta, sólo tenía su móvil y una navaja. ¿Qué habrá intentado este malnacido? ¿Acaso me quería lanzar su navaja? No entiendo nada, aunque tengo que reconocer que una parte de mi se siente aliviada, al haber dejado fuera de circulación a este desecho de la sociedad.

Tengo que dar el aviso a la central, mucho me temo que me voy a meter en problemas. Pero al menos, he podido poner a salvo a Caroline. Ya nunca más podrá hacerle daño.

Llegan a los pocos minutos un par de patrullas y una ambulancia. Lo que me deja sorprendido es que viene con ellos el Teniente Williams.

—Me he enterado de que has llamado a comisaría para informar de un sospechoso abatido, que casualmente es el que atacó a tu chica. ¿Qué coño ha pasado?

—He seguido una pista que me ha llevado hasta el sospechoso, lo he seguido hasta aquí. Le he apuntado con mi pistola y le he pedido que se quedara quieto para poderle las manillas, cuando de repente ha puesto la mano en el bolsillo y creyendo que iba a sacar una pistola, he querido anticiparme y le he disparado.

—¿Dónde está su pistola?

—No tenía ninguna.

—¡Joder, Andy!

—Sucedió todo en cuestión de segundos y tuve que tomar la iniciativa, si no quería que me sorprendiera.

—¡Mierda! Sabías perfectamente que no te podías entrometer en este caso.

—Lo siento, pero no podía dejar desprotegida a la mujer que lleva mi hijo en su vientre.

—Siempre hay otras alternativas. Bien que os lo enseñan en la Academia.

—Era él o yo.

—A ojos de todos, parecerá que ha sido un ajuste de cuentas. Se te van a tirar encima los de Asuntos Internos.

—Lo sé.

—Vete de aquí ahora mismo y cógete unos días libres hasta que los de Asuntos Internos acaben con su investigación de lo ocurrido. Espero que no me obliguen a tener que suspenderte.

—Ok, Teniente.

Tengo muy claro que todo lo ocurrido me va a comportar bastantes problemas.

Quiero ir al hospital a contarle todo lo ocurrido a Caroline. Entre otras cosas para que ya pueda respirar tranquila. En cuando llega la habitación, le

informo al agente que hay en la puerta.

—El agresor de Caroline ya está fuera de circulación.

—¿Qué ha pasado?

—Se resistió y tuve que dispararle.

—Bueno, uno menos.

—No tardarán mucho en informarte de lo ocurrido y liberarte de la vigilancia.

—Gracias por la información.

Entro en la habitación, por la cara de Caroline, parece que ha estado escuchando mi conversación con el agente.

—¿Malcolm ha muerto?

—Sí, no me dejó otra opción.

—¡Andy! Te dije que no te interpusieras, podrías ser tú en su lugar el que ahora yaciera muerto.

—Lo importante es que ya no volverá a hacerte daño. Tanto tú como el bebé estáis a salvo.

—¿Esto te va a traer problemas?

—Seguramente sí. Los de Asuntos Internos pueden ser muy incisivos y no dejan pasar ni una. Por el momento mi Teniente me ha dicho que me coja unos días libres hasta que se aclare todo.

—Y... ¿Qué vas a hacer?

—Pues no lo sé. De momento, estar a tu lado y esperar a que te recuperes.



CAPÍTULO 11. CAMPOSANTO

Jueves, 13 de diciembre

Tengo que esperar hasta que los de Asuntos Internos hagan su trabajo. Espero que sean indulgentes conmigo, aunque lo dudo, pero siempre puede beneficiarme la ayuda de mis superiores, para que intercedan por mí. Lo que peor llevo es que me tocará pasar por un interrogatorio acusador, que es conocido por todos los integrantes del cuerpo como, La Inquisición. Para ellos todos somos culpables como punto de partida y están desesperados para sacar de circulación al mayor número de policías.

Hace ya un mes de la muerte de mi madre, voy a aprovechar para visitar su tumba en el cementerio de Lake View, está en un espacio de grandes dimensiones, cubierto de un manto de hierba natural, con árboles de diferentes tipos plantados estratégicamente. Podría ir en coche directamente, pero prefiero dejarlo casi en la entrada para ir andando.

Para llegar a la tumba de mi madre, tengo que pasar por la de Bruce Lee, todo un icono de las artes marciales, tengo que reconocer que de pequeño me vi todas sus películas y fue todo un referente para mí, cuando hacía clases de Kung fu, hasta tenía un poster suyo en mi cuarto. Por desgracia murió muy joven, con tan solo 32 años. Su lápida está siempre acompañada de ramos de flores y de algún que otro curioso que se para a hacerse fotos. Justo al lado de su tumba, hay la de su hijo Brandon Lee, actor, no tan conocido como su padre, pero su muerte fue noticia en todo el mundo. Murió durante la filmación de la película El Cuervo, por una bala del calibre 44 que debía ser de fogueo. El destino a veces puede llegar a ser muy cruel, porque también falleció siendo muy joven, con tan solo 28 años, al igual que le ocurrió a su padre.

Hoy veo que ambas lápidas tienen un grupo de turistas apostados, la gente no es capaz ni de dejar descansar a los muertos.

Oigo que suena mi móvil, miro la pantalla y veo que es Chloe. Descuelgo rápidamente el teléfono, no me gusta perturbar la tranquilidad de un sitio como este.

—Andy. Me acabo de enterar. ¿Por qué no me has dicho nada?

—Lo siento. Te iba a llamar hoy. Ayer fue un día jodido y no estaba para hablar con nadie.

—La cosa no pinta bien. Por aquí los de Asuntos Internos están insinuando que no van a dejar que te vayas de rositas.

—Bueno. Que sea, lo que tenga que ser. Yo estoy tranquilo porque sé que actué correctamente.

—¿Seguro que no buscaste una excusa para cargártelo?

—En absoluto. Lo quería llevar a comisaría, pero no puso de su parte.

—La verdad es que no parece eso, pero te creo.

—Lo sé.

—Por cierto... me he enterado de que la madre de Malcolm quiere presentar una denuncia contra ti y ha contratado a la abogada más incisiva de la ciudad.

—¿A quién ha contratado?

—Al bufete de Kaelyn Butler.

—Ufff. A esa, le encanta acusar a policías y hacerles la vida imposible. Tiene una cruzada en contra del cuerpo policial, va a por nosotros.

—Así es. Vete preparándote para el juicio delante de un jurado, al que seguro intentarán poner en tu contra.

—Ya me voy mentalizando.

—Que sepas que en comisaría estamos contigo.

—Eso siempre va bien.

—Pues nada. Si me voy enterando de algo, te tendré informado. Cuídate.

—Gracias, Chloe.

La que me faltaba. Ahora me tocará pisar un juzgado para tener que

defenderme. Eso sí que no me lo esperaba.

Sigo mi camino rodeado de lápidas de todo tipo. Ya estoy llegando a mi destino, el sitio donde enterramos a mi madre. Me encuentro a mi hermano sentado con las piernas cruzadas frente a su lápida, tocándola con su mano derecha y hablando en voz baja, no puedo entender qué le está diciendo. Veo que le ha dejado un ramo de violetas, las flores que más le gustaban a ella.

—Hola Landon. Qué casualidad que coincidamos aquí. ¿Cómo va todo?

—Yo vengo mucho, no como tú. Está claro que mamá te importaba bien poco.

—Vaya recibimiento. Tengo una vida y un trabajo que me absorbe todo mi tiempo. No tengo la suerte que tienes tú de poder trabajar cuando me plazca.

—Si tú lo dices.

—He venido a visitar a mamá y de paso a darle la buena nueva. Es una lástima que no pueda llegar a ver a su nieto, seguro que hubiera sido una abuela genial.

El silencio se hace presente.

—Landon. ¿Viste el mensaje que te envié?

—No.

—Voy a ser padre.

Vuelve a regalarme con su indiferencia.

—¿Me has escuchado?

—Sí. ¿Qué quieres que te diga?

—No lo sé. Quizás que te alegras por mí... o algo parecido.

—Ya. Pero yo no digo lo que no pienso, ni siento.

—Siempre tan agradable. Por cierto... ¿Te has pensado lo de la casa de nuestros padres?

—Te dije que me dejaras tranquilo con ese tema. ¡No quiero venderla! Fin de la discusión.

—Ya veo que te estás presentando a los premios de ciudadano más simpático del año. Tienes todas las papeletas.

—Anda, vete a molestar a otro.

—Landon, Landon... Espero que algún día entres en razón y veas que con esa actitud no llegarás a ninguna parte.

—¿Te crees que por tener una placa de policía ya puedes estar por encima de los demás?

—En absoluto.

—¿No tienes un asesino al que tienes que capturar? No sé qué haces aquí perdiendo el tiempo.

—También era mi madre y la hecho de menos. Aunque tú quieras que parezca que eres al único a la que le importaba.

—Son sólo palabras. Los hechos no demuestran eso que dices.

—Ese rencor que tienes a todos los que te rodean, no te llevará a nada bueno y conseguirás acabar completamente solo.

—Esa es la idea.

—Hermano, de verdad que no te entiendo.

—Nunca quisiste poner de tu parte. Ahora ya es demasiado tarde.

—Está claro que tu perspectiva del mundo dista mucho de la mía.

—Más de lo que crees. El tiempo será el juez que determine el momento adecuado para las revelaciones.

—¿De qué hablas?

—Nada. Cosas mías.

—Bueno, está claro que molesto. Me voy. Ya nos veremos.

Los delirios de mi hermano van de mal en peor, temo que tengamos que llegar al extremo de obligarle a ir a la consulta de un psicólogo. Se lo he dicho muchas veces, pero siempre ha hecho caso omiso. Lo dejo tal como lo encontré, sentado frente a la lápida de nuestra madre. No quiero seguir encarándome con él, tampoco conseguiré nada bueno.

Hoy ya le dan el alta a Caroline, así que me iré a buscarla al hospital para acompañarla a casa. Por otro lado, me servirá para poder entretenerme y no

tener mi cabeza ocupada pensando en los mil líos en los que estoy metido.

Subo hasta la habitación de Caroline en el hospital y veo que ya está vestida.

—Vaya... veo que ya estás lista. Supongo que con ganas de poder salir de aquí. ¿Verdad?

—Por supuesto. Dónde mejor que en casa.

—¿Ya has podido hablar con el Doctor?

—Sí. Me ha dado las indicaciones de lo que tengo que tomarme y de cómo debo limpiarme la herida.

—Perfecto. Podemos irnos, entonces.

Caroline se está despidiendo de una de las enfermeras. Siempre es bueno quedar bien con el equipo médico, nunca sabes cuándo los vas a necesitar de nuevo.

Suena mi móvil, número desconocido, no estoy para atender a nadie ahora y dejo que deje de sonar. Quién sea, no desiste en su empeño y vuelve a llamar, esta vez lo cuelgo directamente. Pero sigue insistiendo y decido coger la llamada, no vaya a ser algo importante.

—¿Detective Morales?

—Sí, soy yo.

—Soy Emma Rogers, de Asuntos Internos. Supongo que ya sabrá que se ha abierto una investigación por la muerte de Malcolm Herzog.

—Estoy informado.

—Deberíamos vernos para que pueda hacerle unas preguntas.

—¿Para qué? Ya presenté mi informe y de nada servirá lo que yo pueda decir.

—Debemos analizar toda la información posible. ¿Puede pasarse por comisaría mañana?

—Sí, podría.

—Ok, anotado. Le estaré esperando en el despacho de su Teniente. Nos vemos allí.

Bueno, definitivamente ya empezó el espectáculo. La cuenta atrás para que determinen si me castigan enviándome un tiempo a casa, o peor aún, que me echen del cuerpo, ha empezado.

Nos vamos con Caroline hasta el coche. Mientras voy conduciendo me pregunta.

—¿Quién te ha llamado antes, Andy?

—Eran los de Asuntos Internos, que me quieren interrogar mañana.

—Espero que vaya todo bien.

—Quien sabe. Puede pasar de todo.

—¿Hay algo que pueda hacer yo?

—No, guapa. Está todo en manos del destino. Pero gracias igualmente.

—Cualquier cosa, ya sabes. Por cierto... ¿Has podido ir al cementerio al final?

—Sí. Y me he encontrado con mi hermano.

—Qué casualidad. ¿Cómo está?

—Más raro de lo normal. Siempre ha sido un tipo muy peculiar, encerrado en su mundo.

—Quizás la muerte de vuestra madre le afectara más que a vosotros.

—Ya, pero eso tampoco es justificación para la manera tosca que tiene que tratarnos.

—Cada uno es como es.

—Cierto. Pero bueno, hablemos de otra cosa. Por ejemplo... de ti, de mí y de nuestro bebé.

—Estoy muy emocionada por lo que está por venir. Pero, por otra parte, aterrada.

—Es normal. Pero ya verás como todo saldrá bien.

—Me ayuda mucho saber que tú estás a mi lado.

—Estaré contigo en todo momento.

—Tendremos que empezar a buscar nombres, tanto si es niño o niña.

—No te negaré que me encantaría que fuera un niño. Sé que suena a cliché.

—Lo entiendo, es comprensible. Ya sé que es anticiparse mucho en el tiempo, pero no me gustaría que nuestro hijo entrara en la policía, siguiendo los pasos de su padre.

—No tiene nada de malo.

—Sabes perfectamente que es un trabajo que conlleva mucho peligro. No quisiera ser de aquellas madres que sufren la maldición de sobrevivir a la muerte de sus hijos. Supongo que debe ser algo difícil de superar.

—Tiempo al tiempo. Tampoco nos anticipemos tanto a los acontecimientos.

En cuando llegamos a la casa de Caroline, la dejo acostada en la cama para que pueda descansar. Aún sigue un poco aturdida y necesita reposo. Prefiero no molestar, así que la dejaré tranquila, pero lo de ir a casa no es una idea que me entusiasme, por lo que me iré a tomar unas cervezas en un bar que está cerca de donde vivo.



CAPÍTULO 12.

ROTO

Viernes, 14 de diciembre

Abro los ojos. La cabeza parece que me va a estallar. ¿Dónde estoy? El suelo está asqueroso, lleno de restos de todo tipo, caídos del contenedor de basura que tengo a mi lado. El olor no es que sea tampoco una compañía muy agradable. Miro a izquierda y derecha, parece que me quedé tirado en un estrecho callejón. No sé cómo llegué hasta aquí. Lo último que recuerdo es que estaba en el bar, conversando con el camarero de la barra y tomando cervezas de manera impulsiva. Nunca me había pasado algo así. ¿Quizás me superó el alcohol? Lo extraño es que me duele todo el cuerpo, como si me hubieran dado una paliza.

Intento incorporarme apoyándome en el contenedor. Un mareo me hace detener en mi empeño, tengo que reposar unos instantes, porque todo me da vueltas. Estoy realmente tocado. Tras un momento sujetándome en el contenedor, consigo acabar de ponerme en pie. Me doy la vuelta y veo que estoy al lado de la puerta de atrás del bar en el que estuve ayer. Me tiene mosqueado no acordarme de nada, tengo que averiguar qué pasó. Miro en mis bolsillos y no parece que me hayan robado nada.

Miraré de preguntar dentro del bar, por si alguien sabe algo. Está la puerta abierta para que pueda airearse un poco el local. Creo que abren al público más tarde, ya que no es un sitio en el que den desayunos. Me encuentro a un chico fregando el suelo. No recuerdo que estuviera ayer en el bar, pero me acerco para hablar con él.

—Buenos días. Perdona que te moleste.

—Estamos cerrados.

—Lo sé. Sólo quería preguntarte algo.

—Dime.

—Ayer por la noche estuve aquí tomando unas cervezas. Me he despertado en el callejón de atrás y no recuerdo absolutamente nada.

—Pues vaya colocón que cogiste, entonces.

—No lo sé.

—Y... ¿Qué quieres?

—Saber qué me pasó para acabar con una laguna mental.

—Tampoco eres el primero al que le pasa. Yo no te puedo ayudar, ayer no estaba.

—¿No puedes contactar con alguno de los que trabajó ayer por la noche?

—Quizás.

—¿Necesitas una motivación?

—Es posible.

Saco mi billetera del bolsillo y alargó el brazo con un billete de 10 dólares en la mano. Lo coge sin pensárselo.

—Creo que deberías ser un poco más generoso. — me comenta, tras guardarse el billete en el bolsillo.

Le doy otro billete de 10 dólares. Pero no le pienso dar ni un centavo más.

—Mucho mejor. — me comenta. — Déjame que haga unas llamadas. Espérame aquí, ahora vuelvo.

—Ok.

Espero que los 20 dólares que me ha costado sirvan para algo. Cada vez hay menos almas caritativas que quieran ayudar al prójimo de manera altruista. Me quedo sentado en una silla, tocado aún por el aturdimiento con el que me he despertado. A los pocos minutos aparece el chico.

—He conseguido hablar con el que estuvo sirviendo en la barra ayer por la noche.

—Recuerdo que estuve hablando él, precisamente.

—Le he dado tu descripción y se acuerda perfectamente de ti.

—¿Le has preguntado si pasó algo?

—Sí. Dice que te pasaste bastante bebiendo, tampoco montaste ningún espectáculo, pero no parabas de caerte del taburete. Repetías insistentemente que eras policía, enseñando tu placa y por eso no quisieron invitarte a salir del bar, como pasa con cualquier cliente que no sabe controlarse.

—Pero... ¿Cómo acabé en el callejón?

—Entraron en el bar un par de tipos con esvásticas tatuadas. Parecía que te conocían. Empezaron a decirte algo y acto seguido te tiraron al suelo y se pusieron a patearte por todas partes. Tuviste suerte que hubo unos cuatro clientes que se interpusieron, de lo contrario ahora estarías en el hospital, o peor aún, muerto. Consiguieron ahuyentar a los que te estaban apaleando y como no sabían qué hacer contigo, te dejaron en el callejón de atrás para que durmieras la mona.

—¡Joder! Y yo sin acordarme de nada.

—Siéntete afortunado, porque podría haber sido mucho peor.

—Sin duda que sí. Muchas gracias por la información.

—A ti, por tu generosa contribución.

Por lo que me ha dicho, supongo que ayer tuve la mala suerte que los amigos de Malcolm Herzog, me pillaron desprevenido y con las defensas bajas. Vieron la oportunidad perfecta para hacerme pagar por la muerte de su amigo. Aunque, parece que hay alguien allí arriba que me tiene en alta estima. Eso me hace venir a la memoria un recuerdo de cuando mi madre me decía, “Dios aprieta, pero no ahoga”.

Estoy hecho unos zorros y no me puedo presentar así en casa de Caroline. Quería poder pasar la mañana con ella, su compañía es toda una bocanada de aire fresco y me ayudaría a prepararme para el interrogatorio de los de Asuntos Internos que tendrá lugar esta tarde. Pero no quiero preocuparla, así que mejor me iré a mi apartamento a meterme en la ducha para sacarme toda la mierda que llevo encima y me acostaré para descansar.

Me he quedado totalmente grogui en mi cama. Está claro que necesitaba descansar. Miro el reloj. ¡Joder, tengo que ir a comisaría cagando leches! Solo faltaría que llegara tarde al interrogatorio con los de Asuntos Internos, no me gustaría darles argumentos para joderme mi carrera.

Es la segunda vez que me toca pasar por las manos de los de Asuntos Internos. La anterior pude salvarme por los pelos de una suspensión. Tuve un percance por culpa de un detective de la Unidad de Narcóticos, habíamos ido juntos a la Academia de Policía. Descubrí que estaba metido en temas sucios, robando parte de los alijos de drogas para después venderlo y sacarse un sobresueldo. No quise denunciarlo, porque me explicó que su mujer estaba gravemente enferma y necesitaba desesperadamente reunir dinero para pagar las caras facturas médicas. Intenté que desistiera en sus acciones y volviera a la senda de lo que marcan las normas. Pero, por desgracia, no lo conseguí, muchas veces la desesperación lleva a las personas a hacer locuras. Finalmente, como era de esperar, lo acabaron pillando y a mí me acusaron de cómplice. Me costó poder demostrar que no estaba para nada involucrado, pero el hecho de no haberlo denunciado en el momento que me enteré me llevó a caminar por peligrosa senda del precipicio de la suspensión.

Sin pensármelo ni un minuto doy un salto de la cama, me visto cómo puedo y bajo cagando leches a buscar mi coche para dirigirme hasta la comisaría.

Entro corriendo a la comisaría, veo que todos se me quedan mirando, como si se estuvieran compadeciendo de mí. Pero no puedo detenerme a hablar con nadie, voy con el tiempo justo. Al llegar al despacho del Teniente Williams, veo que tiene la puerta abierta y frente a su mesa hay sentada una chica relativamente joven, muy bien vestida y con una mirada fría.

—Andy... te estábamos esperando.

—Me lo imagino.

—Detective Morales, soy Emma Rogers. Hemos hablado por teléfono. — me comenta la de Asuntos Internos.

—Ok. Acabemos cuanto antes con esto.

—Por favor, tómatelo con tranquilidad y no pierdas los nervios. Ya verás como todo saldrá bien. Cíñete a contar lo que pasó y nada más. — me comenta

el Teniente.

—Yo no soy tan optimista. — le contesto.

Se levanta la chica y mientras está cogiendo su bolso y una carpeta negra, me dice.

—Nos han dejado una sala de control para que podamos estar tranquilos.

Veremos cómo irá esta vez. Sigo a la de Asuntos Internos hasta la sala que ha reservado. Me hace sentar y empieza el espectáculo. Se sienta frente a mí y coloca encima de la mesa una carpeta negra en la que lleva unos papeles.

—Me han asignado su caso para poder esclarecer qué pasó ayer con la muerte de Malcolm Herzog.

—Adelante.

—Empiece a detallarme los hechos.

—Me llegó una información que no podía ignorar, sobre el posible paradero del agresor.

—¿Cómo le llegó esa información?

—Fue Caroline, la agredida, quién me facilitó esa posible pista un día después de la agresión. No se acordó en su momento de comentárselo a ningún integrante del Cuerpo de Policía.

—Pero usted no estaba asignado a ese caso. ¿Por qué no optó en pasar esa información a los detectives que llevaban el caso?

—No quería que se escapara y pensé que lo mejor sería presentarme en la dirección que me facilitó, para salir de dudas sobre si era el paradero dónde podía estar el agresor.

—¿Acaso se cree mejor que el resto de detectives?

—En absoluto. Pero sé cómo funcionan las cosas y no siempre se pueden seguir las pistas en cuando llegan, por falta de tiempo, claro está.

—Pero usted no puede interponerse en la investigación que llevan otros detectives y menos aun cuando está implicado emocionalmente. A parte, lo curioso es que fue solo y no pidió ayuda a su compañera.

—Chloe estaba enferma en casa. Por ese motivo tuve que ir solo.

—Ok. Explíqueme qué sucedió cuando fue hasta la dirección donde podía estar el agresor.

—Era una casa que parecía ser la sede de una organización de carácter nazi. Observé que los tipos que me recibieron podrían estar escondiéndome información. Por eso esperé fuera de la casa, hasta que finalmente el agresor salió de ella. Lo seguí hasta una cabaña y al ver que estaba solo, lo hice salir. Le apunte con mi arma para que desistiera de cualquier intento de escapar. Fue entonces cuando vi cómo se metía la mano en el bolsillo de su chaqueta, creí que sacaría una pistola y le disparé.

—¿Llegó a ver en algún momento su pistola?

—No, pero pasó todo muy rápido y tuve que tomar una decisión casi sin parpadear.

—Eso no es lo que marca el manual.

—El manual no es aplicable al cien por cien de los casos, siempre hay situaciones que se escapan de lo que pueda estar estipulado.

—Entenderá que todos los indicios llevan a interpretar que su actuación fue un ajuste de cuentas en toda regla.

—Yo no lo veo así. Asumo mi error de haber seguido una pista en un caso que no era mío, pero en absoluto creo que me equivocara al dispararle. En esas situaciones es o él o yo.

—Ok. Eso es todo. La resolución de esta investigación será notificada a su Teniente.

—No sé por qué será, pero creo que ya está tomada la decisión, antes y todo de haber hablado conmigo.

—Es libre de creer lo que quiera. Le deseo que tenga un buen día.

No me huele nada bien, creo que van a por mí y al final parece que me suspenderán durante un largo periodo tiempo. Eso sería todo un contratiempo.

Necesito airearme, me gusta pasear por la zona de Lower Queen Anne, allí se encuentra uno de los símbolos más emblemáticos de la ciudad, la Torre Space Needle, una torre de 184 metros de altura con un mirador espectacular y

un restaurante giratorio. La parte superior es bien curiosa, porque parece un platillo volador. Me gusta pasear por los callejones que hay entre los edificios, no son tampoco muy altos, de unos seis pisos aproximadamente. El sol ya nos ha abandonado por hoy, los callejones están inundados de oscuridad, sólo rota por alguna luz perdida. Reconozco que no es que sea un paisaje idílico, pero me relaja.

Oigo un ruido extraño tras un contenedor de basura. Me acerco y veo a un tipo con una chaqueta oscura y con la capucha que le cubre la cabeza. Apoyado en el contenedor hay un patinete eléctrico. Tiene un bate de béisbol en la mano derecha y no para de golpear a una mujer que está estirada en el suelo, parece ser una indigente. La mujer no para de gritar de dolor con una voz totalmente rota de pasar tanto tiempo durmiendo en la calle. Mientras voy desenfundando mi pisto, grito para intentar que pare con su agresión.

—¡Alto, policía!

Está claro que me ha escuchado, apenas se gira para mirarme de refilón, suelta el bate y empieza correr.

—¡Detente!

No puedo distraerme viendo si está bien la mujer agredida, no debo perder ni un segundo. Lo empiezo a perseguir por el callejón, mientras hago una llamada a la central para avisar del incidente y así pueda venir una ambulancia a atender a la mujer. En cuando llega a un cruce, gira a la izquierda y empieza a subir por la escalera de emergencia de un edificio. Va subiendo planta por planta, pero no hay ninguna ventana accesible y no le queda otra que seguir subiendo hasta que llega a la azotea.

No tiene escapatoria. Esta vez no se irá de rositas. En cuando llego hasta arriba, veo que está intentando abrir la puerta que da acceso al interior del edificio, no para de golpearla, pero está cerrada. Desenfundo la pistola y me dirijo a él.

—No tienes escapatoria. Ponte de rodillas con las manos detrás de la cabeza.

Se queda totalmente inmóvil, sin mover ni un músculo. Me sigo acercando, poco a poco, con cautela, por si tiene alguna arma. Está de espaldas a mí.

—No te lo repetiré. ¡Ponte de rodillas!

Levanta los brazos para quitarse la capucha, mientras se va girando lentamente. Su rostro ha quedado al descubierto, no puedo creerme lo que estoy viendo, me deja completamente helado.

—¡Joder! ¿Landon?

Me está mirando fijamente, veo odio reprimido en sus ojos ensangrentados.

—¿Todo este tiempo has sido tú el perturbado que ha estado cometiendo los asesinatos?

—Sí.

La verdad es que Landon siempre ha sido un chico un poco raro, en muchos sentidos un inadaptado, pero para nada hubiera pensado nunca que sería alguien capaz de algo tan horrible y cruel.

—¡Landon! ¡Estás enfermo!

—En absoluto. Veo con mucha más claridad que el resto de los seres mundanos.

—¿Cómo has podido hacerlo?

—Mi madre siempre ha sido mi guía y mi soporte emocional. Ella siempre supo que estaba roto por dentro, pero tuvo claro que podía ayudarme estando a mi lado. Su muerte ha sido un duro golpe, me dejó un vacío por dentro que tuve que buscar cómo llenarlo. Mi oscuro pasajero me llamaba a salir a la calle y poner en práctica todo lo que hasta el momento había sólo plasmado en mis libros. De esta manera, poder probar en mis propias carnes lo que supone matar a una persona. Y tengo que decir que ha sido muy reconfortante.

—Tienes una mente enferma.

—Quizás los enfermos sois vosotros.

—¿Nosotros?

—Sí. Todos los que no sois capaces de ver que la oscuridad recorre las venas de cada una de las personas que pisan este planeta. Yo simplemente, he decidido no seguir reprimiendo mis instintos y dejarme llevar. Ha sido muy gratificante.

—No sé quién eres. Tú no eres mi hermano.

—Ahora ya sabes quién soy en realidad. Siempre te quisiste poner una venda cuando me mirabas, ahora has podido quitártela para verme con total claridad.

—¿Y ahora qué tengo que hacer contigo?

—Eso no está en tus manos. Yo tengo el control de los acontecimientos. Siempre lo he tenido y eso no cambiará hoy tampoco.

—¿Qué piensas hacer?

—Irme.

—¿Dónde quieres irte?

—Con mamá. Ya ha llegado mi hora.

—¡No hagas ninguna tontería!

Se gira y empieza a correr hasta la cornisa del edificio. Enfundo mi pistola y me dispongo a seguirlo. Se detiene un segundo en la cornisa. Quiero evitar que se tire, mis dedos consiguen rozar su chaqueta, pero no logro agarrarlo con fuerza. Da un paso adelante y salta al vacío.

—Landon... ¡Noooooo!

Escucho un fuerte estruendo que empieza a resonar por mi cerebro. Miro hacia abajo y veo el cuerpo de mi hermano encima del parabrisas de un coche, rodeado de cristales tintados de sangre. Varias personas se acercan para saber qué ha pasado, murmurando y mirando hacia arriba. Los gritos de una mujer histérica por el momento vivido me hacen despertar de mi aturdimiento. Se oye a lo lejos las sirenas de una ambulancia y de dos coches de policía.

Me he quedado petrificado. El asesino estaba tan cerca y a la vez tan lejos. No entiendo cómo no pude verlo antes. Landon me dio muchas señales y no supe verlas a tiempo. Me cabrea no haber podido percatarme de lo que le estaba carcomiendo por dentro y mirar de buscar la manera de poder ayudarlo. Ahora ya es tarde, se ha ido para siempre. Ha dejado tras de sí, un largo rastro de sangre y muerte. Ha tenido el control de los acontecimientos en todo momento, hasta cuándo ha decidido pasar a mejor vida. Ya nada volverá a ser igual.



ACERCA DEL AUTOR

OLAF SERRA

Escritor reflexivo, descriptor de universos cercanos, apasionado de la dispersión controlada, de la ironía despistada, de las voluntades ocultas y de las realidades desconocidas.

Olaf, es un nombre de origen escandinavo, cuyo significado es “la herencia de los antepasados”.

La mirada al pasado es una buena medicina para afrontar y entender el presente, así como para mejorar en lo posible nuestro futuro.



BLOG

<https://olafserra.home.blog>

CONTACTAR

<https://olafserra.home.blog/contacto/>